

*Si la música es el alimento del amor,
nos faltaron canciones*

13

Aiko se levantó con un dolor de riñones imposible. Sonaba una canción de La Oreja de Van Gogh a todo volumen.

Se notaba que Mio había preferido no volver al nido de víboras, donde su madre seguramente seguiría lamentando su mala suerte con los hombres, porque ella no es que fuera muy fanática del grupo musical... y menos después de que Amaia Montero iniciara su carrera en solitario. Siguiendo las últimas notas del estribillo de un título que no recordaba, llegó a la cocina arrastrando los pies. Allí se encontró a su hermana dejando dos platos con tortitas en la mesa.

Sonrió en cuanto la vio.

—Ya te has despertado. Genial, no quería ser yo la que tuviera que zarandearte. Siéntate, he hecho zumo del que te gusta.

Aiko obedeció con un suspiro de enamorada. No se acordaba de la última vez que la mimaron, aunque reconocía que, si sus seres queridos no andaban encima de ella, era porque lo llevaba pidiendo desde la tierna infancia. De todos modos, a veces se echaban de menos unos mimos como esos. Tampoco costaba tanto, ¿no? Ni siquiera dinero, porque había usado ingredientes de su cocina.

—¿Cómo estás hoy? —le preguntó, sentándose frente a ella. Le entregó los cubiertos y le pasó la mermelada antes de que se la tuviera que pedir—. ¿Te tomaste la medicación?

—Sí, claro. De la cabeza estoy mejor, pero en general no me encuentro muy bien. Ya se me pasará... Por lo pronto tengo que llamar a Cal para decirle que no me espere hoy.

—Es fin de semana, no tienes que ir a trabajar, ¿no?

—No siempre, depende del trabajo que haya. Le dije el lunes que me iba a quedar hoy ayudándole con unas cosas, pero no creo que esté en condiciones de pensar. Hoy estoy un poco... espesa.

Mio alcanzó el teléfono fijo haciendo malabarismos y se lo entregó mientras masticaba.

—¿Qué vas a hacer tú hoy?

—Pues he quedado para estudiar con Frank, un amigo de la carrera que también se va a presentar al BAR —explicó, cruzando las piernas sobre el asiento. Sonrió con la boca llena—. Y si hay suerte, pues luego estudiaremos... otras cosas.

Aiko levantó la mirada de la marcación.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Estáis liados?

—No, pero casi. —Encogió un hombro y pinchó una frambuesa con el tenedor—. Me gusta mucho. Es muy alto y tiene los ojos verdes. Y es tan gracioso... Me duele la barriga de tanto reír cuando estoy con él.

Aiko sonrió. Eso respondía a su pregunta al aire de la noche anterior. No estaba enamorada de Caleb, o por lo menos, no pensaba en él como creía. Saberlo la alivió. Si al final resultaba ser cierto lo que todo el mundo pensaba sobre los sentimientos de su mejor amigo, sería preferible que Mio no sintiera nada. No quería ni imaginarse lo doloroso que podría ser para ella.

—Pues a ver si me lo presentas un día de estos.

—Pues a ver —repitió distraída, encogiéndose de hombros.

Aiko terminó de marcar y se pegó el teléfono a la oreja. Podría enviarle un mensaje, pero necesitaba escuchar su voz para saber si estaba mosqueado. Si la noche anterior se había encontrado con Marc en su casa, desde luego muy contento no estaría, y era imposible tener una discusión en condiciones con Caleb vía WhatsApp.

Contestó al cuarto pitido.

—¿Qué pasa?

—Buenos días para ti también —ironizó—. ¿Estás trabajando?

—*Como siempre. Veo que tú no.*

—Vaya, directo a la yugular. Para eso te llamaba. No me encuentro muy bien y preferiría no ir hoy. Espero que no te importe. Nunca he faltado y técnicamente los domingos no entran en mi horario, así que...

—¿En serio, Kiko? ¿A eso llegas?

Arrugó la frente y miró a Mio, que atendía a la conversación con los cinco sentidos. Cualquiera principio de irritación se le pasó al fijarse en que le había salido un cuerno en la cabeza, de esos difíciles de suavizar solo con un cepillo. Le hizo un gesto con la mano para que se lo peinase.

—¿Cómo que «a eso llego»?

—*No me trates como si fuera gilipollas. Ayer fui a verte y estabas con Marc, casi a la una de la madrugada. Es caer muy bajo utilizar tu enfermedad para excusarte por no venir hoy, cuando en realidad es porque estás con él..., o pasaste la noche demasiado entretenida para descansar.*

Aiko se quedó de una pieza.

—Nadie ha usado mi enfermedad para nada: solo tú, ahora, y para echarme en cara algo que no es de tu incumbencia. Y para tu información, Marc se fue anoche. Además de que cuando viniste, yo estaba durmiendo, no esperándolo desnuda en la cama... Pero no tengo que darte ningunas explicaciones sobre eso.

—*Claro que me tienes que dar explicaciones si trabajamos juntos y vas a faltar un día.*

—¡Y te la he dado! ¡No me encuentro bien!

—*¿Eso lo arrastras del día anterior? Porque lo que yo vi fue que te ibas del bufete para subirte al coche de Marc, y luego se quedó en tu casa hasta las tantas. Si esa es la lealtad que sientes hacia tu empleo...*

—¿Cómo sabes que Marc me recogió? ¿Ahora me espías?

—*Desde mi despacho se ve la calle, y de todos modos, no es como si hubiera secretos en el bufete. Lo estuvieron comentando toda la tarde: el romance entre Marc Miranda y Aiko Sandoval* —pronunció, venenoso.

—¿Y qué pasa? Te lo conté desde que me di cuenta de que me atraía. Fuiste el primero en saberlo. ¿Qué es lo que me recriminas? Y no empieces con que Marc es gilipollas, porque tú estás siendo mucho peor...

—Kiko... —murmuró Mio, mordiéndose el labio—. Tranquila, ¿vale?

—No, no me voy a tranquilizar —espetó. Se puso de pie y plantó la mano libre sobre el respaldo de la silla y dejó allí el peso de su cuerpo.

—*¿Con quién estás hablando? ¿No se supone que Marc se había ido?*

—¡Es Mio, Caleb! ¡Mio! ¿Se puede saber qué te pasa? No paras de comportarte como el novio celoso y que yo sepa hace bastante tiempo que no necesito que vayas de protector. ¿Vas a decirme cuál es tu problema y dejarte de tantas vueltas?

—*Yo no tengo ningún problema. Eres tú la que los va a tener, e intento avisarte...*

—No empieces con eso otra vez, porque ya no cuela. Te estás guardando algo que no me quieres decir —soltó al final—. ¿Vas a ser sincero de una vez?

Caleb no respondió, lo que la estresó aún más.

—Tienes ya una maldita edad para agobiarme con tonterías de adolescentes, «que si te conviene o no te conviene». Sabré yo lo que me conviene. Así que si tienes algo que decirme, algo con sentido, dilo de una vez.

—*No quiero decirlo por teléfono.*

Su corazón se saltó un latido. No supo qué contestar, porque si la verdad era lo que estaba pensando, lo que Jesse y Marc creían, lo que Mio aseguraba... No la quería escuchar. Evitaría conocerla de sus labios.

Caleb era su amigo, su mejor amigo; el hermano mayor que nunca tuvo. No soportaría que las cosas cambiaran para ellos.

—*¿Kiko? ¿Sigues ahí?*

Aiko lanzó una mirada nerviosa al techo.

—Tengo una llamada por la otra línea —mintió—. Hablaremos el lunes.

Colgó y soltó el teléfono como si le hubiera dado una descarga. Se pasó las manos por la cara. Solo faltaba que volviera el dolor de cabeza, que en este caso personificaba la Mio curiosa que quería saberlo todo.

—¿Qué ha pasado? Está celoso, ¿verdad?

Aiko se dejó caer de nuevo en la silla con actitud derrotista.

—Eso creo —suspiró—. ¿Qué hago si lo está? Es mi amigo. No quiero que sea nada más.

—¿Por qué no? —preguntó Mio. Estiró los brazos hacia ella y la cogió de las manos, como cuando era pequeña y quería jugar—.

Es verdad que Marc es... perfecto, pero ¿no preferirías estar con alguien que te conoce y te quiere con tus defectos?

—Mio, no siento nada por él.

—¿Y por Marc sí?

—Sí —respondió sin pensar. Al caer en lo que acababa de decir, volvió a abrir la boca. Quiso corregirse, pero acabó repitiéndolo en tono cansado—. Sí, creo que sí. Ya sé que me vas a decir que lo conozco desde hace muy poco, o que ni siquiera sería coherente decir que lo conozco porque no me ha dado tiempo, pero lo que sé... Me gusta.

Como si lo hubiera invocado, el móvil de Aiko se encendió avisando de un nuevo mensaje. Mio se asomó a la pantalla y soltó una risita al ver cómo lo tenía agendado. Le habría gustado explicarle que era una travesura de Jesse Miranda, pero no lo conocía en persona y nadie se creería que pudiera existir un abogado dado a ese tipo de travesuras. Lo que hizo en su lugar fue cambiarle el nombre, dejando un simple «Marc».

Marc: ¿Estás mejor hoy?

Aiko: Mejor de la cabeza, peor de ánimos. ¿Sabes cuando nada más despertarte, tienes que encajar gritos? Yo no lo llevo muy bien.

A saber por qué le estaba contando su vida, pero después de pulsar «enviar» no había vuelta atrás. Marc respondió tan rápido que no le dio tiempo a aprovechar para mirar su foto de perfil.

Mirar, admirar, babear... Lo mismo era.

Marc: ¿Tus padres otra vez?

Aiko: No. Hoy era el turno de Caleb.

Marc: No sé a qué esperas para mandarlo a la mierda.

Aiko levantó las cejas.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Mio.

—*Sh*, come y calla, esto son cosas de mayores.

Aiko: ¿Estás intentando ponerme en contra de mi mejor amigo?

Marc: De eso ya se encarga él solito con sus actitudes, no creo que necesite mi ayuda.

Aiko: Tampoco la aceptaría. Y siento decirte que no lo voy a mandar a ninguna parte, al menos no por mucho tiempo. Lo quiero, aunque sea un cascarrabias.

Marc: Debe ser porque padeces el síndrome de la lectora compulsiva. Os pirran los traumatizados, los estúpidos o ambos a la vez.

Aiko: Vaya por Dios, tú también te has levantado hoy de mal humor.

Marc: Será porque anoche una ninfa me arruinó los planes de cortejo con su hermana. No me dejó pensar mucho en ello entre leyes y códigos, pero esta mañana me he acordado de lo que pude haber tenido y no me ha hecho gracia.

Sonrió para sus adentros.

Aiko: Seguro que tendrás más oportunidades.

Marc: No sé si estaré vivo para entonces. Soy terriblemente impaciente.

—¿Me ha llamado ninfa? —exclamó Mio, detrás de ella—. Pero qué mono... ¿Y en serio os jodí los planes? ¿Por qué no me dijiste que me fuera?

—Te lo iba a decir, pero Marc se me adelantó, y... ¿Qué haces leyendo la conversación? ¿Tú también? Por Dios, aquí nadie puede tener ni un poquito de privacidad.

—Entonces, ¿todavía no os habéis acostado? —preguntó Mio, ignorando por completo su pulla.

—No. Quiero ir despacio. Pero él es bueno convenciendo...

—*Des-pa-cito, quiero respirar tu fuego despacito...* —canturreó Mio, apartando el plato vacío de su desayuno y llevándolo al fregadero—. No, mejor... Como canción te pega más la de Julieta Venegas, esa que dice: «si quieres un poco de mí, me deberías esperar y caminar a paso lento, muy lento, y poco a poco olvidar el tiempo y su velocidad... Frenar el ritmo, ir muy lento, más *lentoooooo*. *Seeeeeeeeer* delicado y *esperaaaar...*» Aunque yo no esperaría con Marc, la verdad.

Le hizo gracia la equivalencia musical, tanto que se metió rápidamente en YouTube, mientras Mio fregaba lo suyo, y buscó la canción. Leyó la letra antes de escucharla completa, y en un impulso, copió el enlace y se la envió a Marc a modo de respuesta audiovisual. Después se la descargó para tenerla en el móvil.

—¿De dónde te has sacado esa canción? No sabía que te gustara Julieta Venegas.

—Y no me gusta, pero esa me la grabó Otto en uno de sus discos y de tanto escucharla, se me acabó pegando. *Dame tiempo para darteeee todo lo que tengooo* —continuó cantando, esta vez al ritmo de la música—. Hablando de tiempo, tengo que ir vistiéndome o se me va a echar encima. Ya voy a llegar tarde...

La luz del teléfono volvió a parpadear unos minutos después, cuando Aiko estaba terminando de comer y Mío ya se había ido corriendo a ponerse algo de un armario que no era el suyo. Le sorprendió que Marc hubiera respondido con otra canción, una que no conocía de uno de esos cantantes que le encantaban a su abuela paterna. No se pudo aguantar la risa al darle al *play* y escuchar la introducción, pero esas carcajadas se fueron apagando, siendo sustituidas por un nudo en el estómago cuando comenzó la letra.

*Quiero ser tu canción desde principio a fin
Quiero rozarme en tus labios y ser tu carmín
Ser el jabón que te suaviza, el baño que te baña
La toalla que deslizas por tu piel mojada
Yo quiero ser tu almohada, tu edredón de seda
Besarte mientras sueñas y verte dormir
Yo quiero ser el sol que entra y da sobre tu cama
Despertarte poco a poco, hacerte sonreír¹.*

Aiko terminó suspirando, con el pecho encogido, y mirando la barrita blanca sin saber qué teclear. No era tan estúpida como para tomárselo como una declaración de amor, pero le hizo tanta ilusión su elección que acabó fantaseando con que se la estaba dedicando.

Aiko: ¿No eres muy joven para escuchar a Roberto Carlos?

Marc: Puede. Y también un fanático de los clásicos.

Aiko: Junto a Luis Miguel, imagino.

Marc: Y a Tom Jones. Creo que él es el que mejor plasma la eterna contradicción de Aiko Sandoval, con *Sexbomb* y *She's a Lady*. ¿Esa va a ser o ha sido toda tu respuesta?

Aiko: ¿Qué más quieres que te responda?

Marc: Lo que sea, pero mirándome a la cara.

¹ *Cama y mesa*, Roberto Carlos.

Aiko: ¿Cuándo?

Marc: Ahora.

Aiko: ¿Ahora? ¿No tienes que trabajar?

Marc: No, mi adjunto ha conseguido resolver satisfactoriamente todo lo que le encargué, lo que significa que puedo tomarme otro día libre.

Aiko: Eso no suena a algo que haría Marc Miranda.

Marc: Entonces cámbiame el nombre para no defraudar a la leyenda. Puedo jugar a ser otra persona.

Aiko: ¿Cómo te gustaría que te llame?

Marc: Entre gemidos.

Cruzó las piernas con disimulo y exhaló.

Aiko: Vale, encantada, señor Entre Gemidos.

Marc: Jajaja. Voy a tu casa.

Aiko: ¿Qué? Ni se te ocurra. Estoy sin vestir.

Marc: Mejor.

Aiko: Y tengo la casa desarreglada.

Marc: Suerte que no voy a ver la casa, sino a ti. Pero si no puedes soportarlo, la playa te vendrá bien para los dolores. Me apetece tomar el sol.

Aiko estaba tecleando que sería mejor que se quedara en el sofá, por su salud y porque Caleb había conseguido chafarle los ánimos al insinuar que aprovechaba la migraña para escaquearse con Marc. No le faltaría razón si asentía, pero... ¿Qué más daba lo que pensara? Se suponía que era su amigo, y la amistad conllevaba querer lo mejor para el otro. Debería alegrarse porque hubiera superado la desidia amorosa, consiguiendo colarse por alguien. Y si no, la idea de Marc tumbado al sol con los ojos cerrados era lo bastante seductora para pasarse por el forro su cabreo.

Aiko: No tengo bañadores. Nunca he estado en una playa de por aquí, así que los guardo todos en la casa de Barcelona.

Marc: Menudo sacrilegio. Menos mal que con que lleves ropa interior conjuntada es suficiente.

Aiko: ¿Qué dices? Si me baño en bragas se me acabará transparentando todo.

Marc: Así estamos todos contentos. Llego en tres minutos.

Aiko se levantó de un salto.

Aiko: ¿Tres minutos? ¿Exactos?

Marc: *Sip.* He salido a correr y el destino me ha llevado a tu barrio. Qué cosas.

No le quedó otro remedio que echarse a reír como una tonta. Y obedecer, también obedecer: sorteó el pasillo, con las pastillas diarias en la mano derecha, y se metió en la habitación para ponerse unos *shorts* básicos y una camiseta de tirantes. Mío lo había dejado todo revuelto y tirado, pero estaba tan acostumbrada a sus desastres que ni se le pasó por la cabeza mandarle un mensaje. Se preparó en tiempo récord, y aunque la acechó la sombra del enfado de Caleb durante todo el proceso de acicalamiento, no dudó de lo que estaba haciendo. Un conjunto interior negro, un par de pastillas y unas chanclas después, estaba bajando en ascensor.

Le dolía el estómago de las ganas de verlo y no hacía ni quince horas desde la última vez. ¿Así se sentía la obsesión... o era algo peor? Rezaba porque no, hasta que lo vio a través del cristal del portal y dedujo que rogar a los dioses no serviría para nada.

Marc esperaba apoyado en la pared, con una camiseta blanca y un pantalón deportivo, tal y como lo había visto cuando coincidieron en la puerta del supermercado. Desde entonces parecía que hubieran pasado años.

Al acercarse la invadió la timidez, sobre todo al recordar la letra de la canción que había escuchado en bucle mientras respondía sus mensajes. ¿De verdad aquel hombre le había dedicado esas palabras a ella? ¿Acaso había hecho algo para merecerlas? Dios, se sentía incluso mal por ser la protagonista de un tema de Roberto Carlos cuando solo le había dado largas. Tal vez iba siendo hora de tomar la iniciativa, pero... Le daba miedo hacerlo mal. Él sabía más de esas cosas. Ella solo era una principiante. Era normal sentirse amenazada, ¿no?

Silenció todas las dudas y llamó su atención empujando la pesada puerta. Se asomó con una sonrisa nerviosa.

Madre mía, ¿se suponía que eso era una cita?

—Hola... —murmuró ella, conteniéndose para no esconder las manos a la espalda.

Marc respiraba con dificultad por la carrera. Estaba sudando y muy despeinado, y sus ojos brillaban más celestes que nunca por el deporte. Al posarse sobre ella cambiaron de expresión, alentados también por una repentina y brusca inspiración. Lo siguiente que Aiko vio, fue cómo se acercaba, metiéndose el móvil en el pantalón, para cogerla por la nuca y besarla en los labios.

No era un beso de buenos días, sino de noches inolvidables y llenas de pecado. Aiko se derritió entre los brazos que la sostuvieron. Se agarró a sus bíceps y entreabrió la boca para hacer su propia aportación, pero él la invadió antes de que pudiera darse cuenta, tomándola con tal ferocidad que la dejó inmovilizada. Todo su cuerpo reaccionó tensándose de pura emoción, y en cuanto asimiló el lujurioso arrebato, pudo devolverle las precisas y ansiosas caricias con la misma intensidad. Marc la encajó en la puerta del portal, paralizándola mientras exploraba su boca con besos donde el principio y el final se sentían difusos; besos fieros con dientes y ganas que significaban un desesperado «te necesito *ahora*».

Marc se separó solo para coger aire y encajar su respiración temblorosa en el cuello femenino. Aiko apreció con mariposas en el estómago que Marc temblaba sutilmente.

—Lo siento —jadeó él sin voz—. He salido de casa sin desayunar.

Aiko se echó a reír todo cuanto el aliento se lo permitió.

—Todo sea por saciar el hambre de un deportista.

—No me doy por saciado. Pero por ahora se acepta —acotó con voz queda. Aiko sintió la caricia de sus dedos en la mano antes de que se la cogiera con seguridad—. Vamos.



Llevaba con un nudo en el estómago desde que se había despertado esa mañana, y lo había intentado todo para deshacerlo. Desayunar el doble, creyendo que era hambre; hacer ejercicio, pensando que era la necesidad de mover el cuerpo, e incluso se le ocurrió tomarse un

protector de estómago por si acaso le había caído algo mal de la cena del día anterior. Pero no. Hasta que no la vio, no se dio cuenta de que lo que tenía instalado en el ombligo, era una bomba con la cuenta atrás ya puesta en marcha. Tuvo que explotar en cuanto bajó al portal, preparada y perfecta, habiéndola avisado con solo unos minutos de antelación.

El dolor de estómago se acentuó cuando le cogió la mano en un impulso. Debería haberla soltado, porque eso habría significado comodidad. Pero no quiso. No se estrenaba tomando de la mano a una mujer, ni era nada nuevo que se la agarrase a ella, y sin embargo, Aiko tenía algo especial. Recordaba que Jesse le habló de que cada mujer poseía un encanto sobrenatural y era el trabajo de su pareja encontrarlo, aprovecharse de él. Unas conmovían con una mirada y otras convencían con tres palabras bien dichas. Las había que, llorando, cambiaban la composición de un hombre y lo hacían mejor. Aiko tenía todas esas cualidades y las que quisiera imaginar, pero la que encerraban sus dedos era la más espectacular. Que apaciguara sus guerras internas dándole la mano era algo que le maravillaba, y también le confundía.

Le preocupaba haberse dejado llevar por las ganas de verla. Marc no era de los que faltaban al trabajo para pasar el tiempo con mujeres. Necesitaba comprometerse con la rutina para eludir los desbarajustes emocionales que le asolaban demasiado a menudo. Tampoco le entusiasmaba la ilusión de encontrarse con ella. Pero tenía suerte, porque había dado con una mujer por la que merecía la pena volverse loco... Aunque seguía sin querer cruzar la línea de la cordura. Y no se había dado cuenta de que estaba tonteando con los límites hasta esa mañana, hasta ese impulso irrefrenable de besarla. Marc era conocido por su sereno autocontrol. Apagaba cualquier amago irascible y lo transformaba en éxito y progreso. Podía contener la rabia, el dolor, la tristeza, la frustración... Y, por ende, también el ardor sexual. Entonces, ¿a qué coño había venido eso?

Estuvo un rato en silencio, martirizándose mentalmente. Eso no estaba bien. Se estaba columpiando hacia la pérdida del dominio de sí mismo y no podía permitírselo. Lo que procedía era poner distancia entre los dos de inmediato, antes de que pudiera convertirse en alguien importante. Incluso imprescindible. Pero solo de pensar en

soltar su mano y decirle que ya no la quería, le entraban los sudores fríos. Tendría que decepcionar a su lado dictatorial y necesario, al que aún intentaba convencer de que después del polvo todo volvería a la normalidad.

No obstante, y aunque se le diera bien el autoengaño, con ella no funcionaba. Con ella no funcionaba nada, y a la vez, todo andaba a la perfección.

—¿Te pasa algo? —preguntó Aiko, mirándolo con fijeza—. Estás muy callado... y raro.

—Yo también lo he notado.

Ella reaccionó arqueando una ceja. Siempre le pasaba: cuando era muy honesto, sonaba irónico y nadie le creía. Era su cruz.

—Supongo que han sido unas semanas difíciles y aún no puedo creerme que haya sobrevivido. No suelo darme cuenta de lo mucho que trabajo y estos días ha sido como abrir los ojos después de diez años en coma.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? ¿Demandar a Moore por explotarte?

—Por lo pronto me rebelo faltando al trabajo para ir con una chica guapa a la playa.

Ella se ruborizó como ya tenía por acostumbrado, y él se tuvo que morir un poco más. A veces se sentía muy joven a su lado, un adolescente histérico y desesperado por toquetearla sin destreza y con mucho egoísmo. Otras, le daba la impresión de que envejecía a la velocidad de la luz. Con sus gestos involuntarios, Aiko le hacía ver como un muerto; como un hombre cansado de su obligación de sacar provecho a una vida que no había pedido.

Era tan gris a su lado. Tan poca cosa. Estaba tan vacío... Y no podía dejar que lo llenara. No sabría cómo gestionarlo.

—¿Cómo es posible que no tuvieras o tengas novia? Con todas esas cosas que dices... Cuando no sabía nada de ti pensaba que preferías la vida del mujeriego, pero ahora no lo tengo tan claro. Creo que eres la clase de hombre romántico que quiere a una mujer para toda la vida.

Marc sonrió con disimulo.

—¿Crees que soy esa clase de hombre, o *quieres creer* que lo soy?

—Supongo que... las dos cosas.

La miró sin decir nada, dando gracias en silencio por su sinceridad, y maldiciéndola por otra parte. Si fuera una maldita mentirosa compulsiva, una mala persona; si se reservara algo para ella, no se habría rendido con tanta facilidad.

—Ya te dije que esperaba a alguien especial, pero no llegaba y me convencí de que no podía aparecer a iluminar mi vida una mujer que no existía.

—¿Nunca has tenido a nadie especial, entonces? ¿Nunca le has dedicado canciones a nadie, ni la has invitado a salir, ni le has escrito mensajes cursis...?

—Lo de las canciones no, nunca lo he hecho. Me frustra pensar en regalar a alguien uno de mis temas preferidos, y que después de decepcionarme no lo pueda volver a escuchar. Además de que todo lo relacionado con la música tiene un significado especial para mí porque me recuerda a mi madre. Es sagrado. Pero lo demás es posible que lo haya hecho. Tengo algunos vagos recuerdos de haber sentido algo por una mujer.

Marc se paró al comienzo del paseo marítimo para quitarse las zapatillas de deporte. Descalzo, se dirigió a la orilla. Adoraba las cosquillas que la arena le hacía en los pies y la densidad del aire en las cercanías al agua, cómo el salitre iba recubriendo su piel.

Aiko lo imitó cogiendo las chanclas con la mano. Por curiosidad se fijó en sus pies, recordando el desprecio con el que hablaba de ellos. Efectivamente, debía calzar solo un par de tallas menos que él, midiendo veinte centímetros menos.

—¿Cuándo fue eso? —inquirió ella.

—¿Por qué preguntas?

—¿Es un delito querer saber algo de ti?

—Depende de lo que quieras saber —replicó misteriosamente. Volvió a tenderle la mano, sintiéndose desamparado durante el breve instante que ella demoró en aceptarla—. Por suerte, mi historia con Sabina no es de las peores que podría contarte.

—Sabina... Si escribiera novelas románticas, llamaría así a la exnovia que se interpone entre la pareja principal. La describiría con las uñas muy largas y el alisado japonés.

Marc se rio muy flojito.

—Eres buena. Tenía el pelo liso y las uñas largas, solo que no se interpuso entre nadie y yo. Pero supongo que se la podría llamar villana. Es el único relato que me incluye y no me tiene como el malo malísimo —señaló, sonriendo.

—¿Qué pasó? ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos? ¿Te enamoraste de ella? ¿Llegasteis a comprometeros de alguna forma? ¿Cómo era...?

Aiko hizo una mueca al recibir una mirada entretenida por su parte.

—Lo siento, es que siento mucha curiosidad.

—Ahora mismo me quiero quitar el sudor; si no puedes soportar la espera, ven conmigo al agua. Si no, quédate aquí y resolveré tus dudas cuando no me dé asco.

La respuesta de Aiko fue quitarse la camiseta. Marc medio sonrió por la claridad de su decisión, una sonrisa que le tembló ante el espectáculo. La había tocado, había sentido sus pezones duros, tenía memorizada la curva de su cadera y sabría señalar a qué altura tenía el ombligo con los ojos cerrados. Pero no la había visto en ropa interior aún. Y tendría que esperar, porque llevaba una especie de *maillot* oscuro que actuaba como bañador.

—¿Decepcionado? —bromeó ella.

—Nunca he tenido tantas ganas de llorar.

Aiko se rio e hizo un movimiento torpe con las caderas para quitarse el pantalón. A continuación, le tendió la mano para que la acompañara a la orilla. Le convenció de una sola mirada. Los suyos no eran unos ojos negros opacos, sino chispeantes; el encierro de las estrellas en una de esas noches silenciosas de invierno. Imitó su sencillo *striptease* y la siguió. Procuró no prestar mucha atención al vistazo de cuerpo entero con el que ella se recreó.

Por Dios, no luchaba tanto por contenerse desde que estaba en el instituto y la polla le traicionaba, poniéndose dura en medio de clase.

Hacía un día de playa horrible para los surfistas y los que querían broncearse, pero perfecto para los perezosos. Podrían tumbarse en la arena y no preocuparse por si se quemaban, y el agua estaba a la temperatura perfecta para pasar el día flotando. Marc se adelantó a Aiko y se sumergió para salir a los pocos segundos, pasándose las manos por el pelo. Tuvo que ir a por ella para animarla a meter algo más que los pies.

—Eres friolera, ¿eh?

—No... Es que me da mucho respeto el mar. Nunca he venido a la playa de Miami porque el Atlántico está lleno de bichos y he leído noticias que me han puesto la piel de gallina. Solo me baño en el Mediterráneo cuando no hay medusas. Allí se encuentran un tiburón cada veinte años.

Marc reprimió una carcajada al verla con los ojos clavados en el agua, buscando algún monstruo que pudiera suponer una amenaza.

—Tranquila. Si me encuentro un tiburón, te avisaré.

—A lo mejor es demasiado tarde... No importa. Me habías prometido una historia.

Una historia y todo lo que ella quisiera. Qué cara más bonita. Qué pelo más bonito. Qué tetas más bonitas. Gracias al cielo que el agua le cubría por debajo del ombligo y si se ponía contento no tenía que responder ante miradas interrogantes, ofendidas o burlonas.

—Me habías preguntado... si me enamoré de ella, creo. —Movié los morros de un lado a otro, siguiendo con la mirada los dibujos que Aiko hacía con los dedos sobre el agua—. No, no lo hice. Pero estaba dispuesto.

—¿Estabas *dispuesto*? ¿Qué se supone que significa eso?

—Hace un tiempo tuve una especie de retorno a mi yo optimista de los siete años. La época en la que te disfrazas de animales para el carnaval, le das tu bocadillo en el patio al que te lo pida y sin reservas, y le dices al profesor de turno que de mayor quieres ser superhéroe.

Encogió un hombro y se acercó a ella. Sacó la mano del agua y dejó que las gotas de sus dedos cayeran por el escote del *body*, poniéndole toda la piel de gallina... a ambos.

—Recuperé toda esa ilusión, rebelándome contra la responsabilidad de ser un miserable para siempre, y busqué con quien compartir mis nuevos objetivos. Hay ciertas épocas en tu vida en las que estás abierto al amor, a conocer gente nueva y a viajar; normalmente, son las que siguen a la etapa en la que te sientes perdido, follas con cualquiera e intentas dormirte pronto para no pensar en lo mal que te va. El caso es... que estaba en plena iluminación positiva, y en cuanto coincidí con Sabina, quise plantarme ahí. Tener una relación eterna con ella, como la gente corriente, como siempre había querido.

—¿Tan fácil fue encontrar a la indicada entre mares de amantes?

—No, claro que no. No fue mirarla y saberlo. Suelo invitar a las mujeres a mi casa, a cenar y a bailar antes de tirármelas; no soy un bute ni un aprovechado, ni siquiera lo fui en mis peores días —se defendió, molesto porque lo hubiera insinuado—. Y no tengo mares de amantes. Suelo ver a la misma mujer varias veces. Solo que no dejo que cuaje la relación. En cuanto se interesan por mí, corto y a otra cosa.

—¿En serio? ¿Tan poco te cuesta echar a alguien de tu vida?

—La verdad es que suelo tener remordimientos. Lo típico de... Si le hubiera hablado de mí, tal vez me hubiese entendido y de ahí habría surgido una bonita relación. Pero se me pasa rápido porque si me tengo que obligar a hablar de algo que no quiero, es porque no estoy con alguien que deba mantener en mi vida.

—¿Y con Sabina te salía hablar de lo que nunca quieres hablar?

—Sí y no. Con Sabina todo era esencialmente pasional. Nos pasábamos el día en la cama y por eso llegué a pensar que estaba bien, que esa era la relación perfecta. Dicho de otra manera, como distracción era titánica. Ni siquiera recordaba que había cosas que no quería recordar.

Dejó de hablar al darse cuenta de que Aiko agachaba la mirada y volvía a buscar entre las ondas del agua, esta vez sin ninguna intención de hallar algo terrible. Marc deslizó un dedo resbaladizo por su hombro, captando su atención.

—Yo que tú, no sentiría celos de Sabina —dijo con suavidad—. No le di a ella nada que no pretenda darte a ti.

Aiko abrió la boca, quizá para decir que no estaba celosa o cualquier otra falacia estúpida, pero debió recordar sobre la marcha que nunca mentía, porque la volvió a cerrar.

—¿Y qué pasó, si era todo tan perfecto?

—Que tenía novio formal a mis espaldas, y ni era abogada ni se llamaba Sabina.

Le divirtió la reacción de Aiko.

—¿Qué?! ¿En serio?

—Sí. Una mentirosa patológica diagnosticada. Es una enfermedad real. Se llama mitomanía o pseudología fantástica. O eso me dijo

cuando la pillé... O cuando nos pilló el novio, más bien. Eso suponiendo que lo de la mitomanía no fuese también una mentira, pero lo dudo porque la conocí en la consulta del psicólogo.

—Qué fuerte —musitó—. ¿En qué consiste eso de la mitomanía?

—En mentir compulsivamente para ganarse la admiración de los demás. No lo hacen por maldad, sino por necesidad, como vía de escape para darse más importancia de la que tienen en la vida real. De ahí viene la composición del término: se convierten en mitos a sí mismos para deslumbrar.

»Por supuesto, es un trastorno tratable y no por ello iba a disculparla. Una cosa es ser mentiroso y otra es ser infiel. Y, menos aún, iba a mantener el contacto cuando me consta que al novio lo tuvo engañado hasta el final, sin que pudiera saber que tenía un problema. A diferencia de lo que el tipo cree, no me la tiré en su cama para joderle.

—¿Qué? ¿En la cama del novio?

Marc hizo un mohín.

—¿Y yo qué iba a saber que era la cama del novio? Ella tenía un apartamento, esa era toda la información de la que yo disponía. No me imaginaba que las escrituras estarían a nombre de otro. Sí es verdad que la decoración era prototípicamente masculina, pero con la que está cayendo no se me habría ocurrido decir nada. Además de que el minimalismo es *unisex* —apostilló—, por mucho que predomine en espacios masculinos.

Aiko se echó a reír hasta que se dio cuenta de que no habría sido muy divertido para el tercero en discordia. Entonces se cubrió la boca con la mano y lo miró arrepentida.

—Pobrecito.

«Y tanto. Ahora ve y lo abrazas», estuvo a punto de contestar. No lo hizo porque no supo cómo se tomaría descubrir que el susodicho era su mejor amigo Caleb. Desde luego la conocía lo suficiente para imaginar que no armaría un escándalo, ni lo odiaría por haber protagonizado semejante historia. Menos sabiendo la verdad; que él no era culpable. Pero si Caleb Leighton quería odiarle cuando más de una vez intentó ponerse en contacto con él, no iba a dar explicaciones ahora. Y usando a Aiko de mediadora, menos aún. Era agua pasada.

Y tampoco es que le hiciera ningún daño su inofensiva rabia de niño. Si algo le hacía, era gracia. Sobre todo porque siempre acababan fijándose en la misma mujer. Cuando ambos empezaron como jóvenes con Delfino, antes de que Marc se largara al bufete de Moore, también se pirraron por la misma auxiliar, la misma socia minoritaria y las mismas monadas de prácticas. Cabe decir que Marc se las levantó a todas. Quizá, visto así, mereciera todo el odio del mundo, pero no tenía ninguna culpa de que las mujeres prefiriesen un rato divertido con un romántico frustrado que con un frustrado a secas... y que para colmo estaba enamorado de su mejor amiga. Aquel bulo era de dominio público incluso entonces.

—Sí, pobre hombre.

—No, digo pobrecito tú. O sea, él también, pero... ¿Te dolió?

—Si me dolió, no me acuerdo. Me dio una lección, eso desde luego —apreció, rascándose distraídamente el cuello—, y sentí algo de rabia. Pero más porque había perdido el espacio donde olvidarme de todo y pasarlo bien, que porque ella me importara de verdad. También reconozco que después de Sabina estuve un tiempo con paranoias. Pensaba que todas las mujeres eran lunáticas y mentirosas infieles.

—Entonces te dolió, solo que no te diste cuenta.

—No soy la clase de hombre que no se da cuenta de que las cosas le hacen daño. Si algo me jode, soy muy consciente. Otra cosa es que me haga el tonto con los demás. Pero me estoy hartando de esta estúpida conversación sobre mí... —Estiró el brazo y la trajo hacia sí. *Qué suave. Qué femenina. Qué manejable*—. Háblame de tu miedo irracional a los tiburones del Atlántico.

Aiko suspiró y apoyó la barbilla en su hombro.

—No debería haberte dicho eso.

—Sabes que yo me cago encima cuando veo una aguja. No tienes nada de lo que avergonzarte. Peor es un depredador con quince filas de dientes en cada mandíbula.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Quince filas de dientes? —repitió tartamudeando—. Tengo que salir de aquí.

Marc soltó una carcajada ruidosa y la abrazó para que no se moviera.

—Venga, ¿cuáles son las probabilidades de que nos encontremos a un tiburón?

—Pues precisamente en Florida hay muchas probabilidades de encontrarse cualquier cosa. Más de una vez se han encontrado cocodrilos caminando por la calle, tan tranquilos. O reptando. O lo que hagan esos bichos... —Se abrazó a sí misma, reteniendo un escalofrío—. He visto suficientes documentales de *National Geographic* gracias a mi hermana, para saber que una muerte a manos de uno de esos animales podría ser horrible.

—No lo dudo, pero las probabilidades de que coincidamos con un depredador son escasas, y hay que fiarse de los números. Vamos, relájate —insistió Marc, entrelazando los dedos sobre la curva de su trasero—. En mis brazos estás a salvo de todo lo malo.

—¿Porque tú eres todo lo malo? —probó ella, arqueando una ceja.

—Y me tengo *toooooo* controlado —concluyó, con una sonrisa ladina.

—Creía que esa era tu mentira preferida.

—Y yo creo... —murmuró, remolón. Pegó la mejilla a la de ella—, que si es mentira, es por tu culpa.

Ella tembló como una hoja. Le volvía loco cómo reaccionaba a cualquiera de sus gestos, de sus caricias, de sus simples palabras. No se consideraba ningún tipo carismático. Lo suyo era ganar en el estrado, no ganarse a una mujer; si lo conseguía era por su aspecto físico, por su dinero, por su fama, y a lo mejor... por respondón. Pero ella lo hacía quedar como un galán de primera clase, le daba sentido a su fachada y lo convencía de que era mucho mejor ser la mejor versión de su verdadero yo, relajado y sereno, que el arrogante seductor que le aislaba de sí mismo.

Ni ella tenía idea de lo peligrosa que era, como para haberlo visto venir él.

—Quiero que me cuentes todas las historias que te hacen malo —dijo Aiko de pronto.

Marc levantó las cejas.

—Para eso tendrás que tenerme muy contento.

—¿Y cómo se contenta al demonio exactamente?

—¿No es evidente? Haciendo perversidades.

—¿Tan narcisista es el demonio, que quiere que sean y se porten como él para sentirse satisfecho?

—No quiere sentirse satisfecho, quiere sentirse menos solo. Pretende que lo acompañes en sus travesuras, no que cambies tu esencia volviéndote pérfida.

—¿Y qué travesura podría compartir yo con un demonio?

—La de un beso, por ejemplo.

—¿Un beso y me das una historia? —propuso—. ¿O un secreto?

—Un beso y te entrego mi vida entera.

No tenía precio verle la cara cuando soltaba por fin lo que tenía atascado en lo más profundo del corazón. Lo miraba como si llevara toda la vida esperando que le dijeran algo así. No sabía si se debía a su obsesión con el romanticismo o porque él le interesaba, pero no estaba en situación de cuestionarlo o pensar mucho en ello cuando se derretía en sus brazos.

Sí estaba, por otro lado, en la obligación de distanciarse de esos breves instantes en los que lo rescataba del pozo donde vivía. La cruda verdad era que esa mujer inofensiva y sensible le aterraba hasta un punto en que se revolvió en la cama por las noches, preguntándose cómo lo haría para salir del paso. Distraerla de su promesa esa vez fue sencillo. Bastó con utilizar un pie para hacerle cosquillas debajo del agua: ella dio un respingo y soltó un grito.

Marc fue el que la animó a salir del agua y la siguió con una especie de sonrisa amarga. Si le contaba sus secretos, en realidad, no habría vuelta atrás... Y no podía quedarse con Aiko. Podría hacerle mucho daño a una mujer como ella si seguía perdiendo el control.

—¿Por qué te pones así? Seguro que solo era un alga.

—De verdad que no me gusta el mar... Lo siento mucho porque se nota que a ti te encanta, y te sienta de maravilla, pero... —Se frotó los brazos mientras examinaba como una histérica sus piernas pálidas—. Qué susto, joder. Menos mal que me ibas a proteger, ¿eh?

Suspiró, sentándose en su propia camiseta. Se inclinó sobre un costado para darle un beso en el lateral del muslo, que también se quedó el vestigio de una exhalación intranquila.

—No te puedo proteger de todo. Siempre habrá algo que se me escape de las manos.

»Anda, ven. Ayúdame a extender la toalla.



La toalla era una ridiculez, pensada para una sola persona, pero Marc se las arregló para que pudieran tenderse los dos y pasar la primera mitad de la tarde mirando al cielo.

Por tercera vez en el día, Aiko se sintió desorientada por su cambio de humor. Volvía a la meditación, a encerrarse en sí mismo, como había hecho durante el camino a la playa. No le importaba demasiado porque el silencio con él era cómodo, y le gustaba hacer cábalas sobre lo que estaría surcando su mente. Nada le atraía más que la posibilidad de estar en sus pensamientos, saber qué le atormentaba y qué opinaba sobre ella. Ni siquiera la promesa de una noche de pasión la tentaba como la posibilidad de leer su mente. Pero estaba cerrado a cal y canto. Era un candado sin llave. No, peor: era todos los candados del puente de las artes de París, porque guardaba secretos, no un secreto, y ella no sabía cómo sentirse digna de cada uno de estos.

—¿Cuál es tu canción favorita? —preguntó, cansada de devanarse los sesos con cómo abordarlo.

Él ladeó la cabeza hacia ella, con los ojos entornados para proteger, paradójicamente, su azul celeste del brillo del cielo. Aún tenía el pelo húmedo, y la forma en que su pecho subía y bajaba la tenía hipnotizada. Gracias a esa cercanía le fue fácil descubrir que tenía pecas en el torso.

—Antes has dicho que nunca le dedicarías tu canción preferida a nadie, por miedo a que te destrozasen el recuerdo o los buenos sentimientos que te produce escucharla —explicó—. ¿Cuál es?

—No puedo decirte una —respondió, con una voz reacia a hablar después de tanto silencio—. Tengo una canción para cada momento. Una canción para estado de ánimo. Una canción por cada buen género musical.

—¿«Buen» género musical?

—*Rock, jazz, clásica, blues, soul...* No me tengas por un clasista ridículo que odia el reguetón, aunque lo sea. Me he criado con una directora de orquesta; va en contra de mis sentimientos y mi educación alabar un género manido, repetitivo, sin sentimiento ni técnica. Pero puedo soportar una canción de J Balvin si me van a restregar el culo en el paquete. —Y bostezó como si nada, sonriendo lobuno en el proceso.

—A mí tampoco me gusta mucho —reconoció, carraspeando—. Pero... tendrás una canción especial, ¿no? La que más escuches, o de la que nunca te canses.

Marc se lo pensó un rato.

—*The scientist*, de Coldplay.

—Vaya. —Levantó las cejas—. No me lo esperaba.

—¿Por qué no? Me gusta Coldplay. Hace unos años fui a un concierto suyo. Fue una de las mejores experiencias de mi vida. Aunque no me acuerdo de mucho... —reconoció, con una sonrisa extraña—. Iba puesto.

—¿Puesto?

—Colocado —describió—. Eme, si no recuerdo mal.

—¿Qué dices? Pero ¿tú no fumabas porros y ya está?

—Yo me he metido de todo. —Cruzó los brazos detrás de la cabeza—. Seguro que por eso estoy medio loco ahora.

—Lo raro es que no lo estés.

Marc giró la cabeza hacia ella.

—¿Qué te asegura que no lo estoy? —provocó—. Tú, ¿qué? ¿Nunca te has colocado? ¿Ni con marihuana? ¿Alcohol, al menos...? Qué desastre, *geisha*. Por lo menos ahora podemos celebrar que no me conocieras antes. Te habría llevado al lado oscuro.

—Tengo una voluntad inquebrantable. No me habrías llevado a ninguna parte.

—¿Segura? —inquirió él, en tono juguetón. Descruzó los brazos y echó el peso al costado. Un dedo suyo corrió por el escote de Aiko, quedándose señalando el pezón erecto—. ¿Nunca has sentido curiosidad por las drogas, duras o blandas?

—Por la maría sí, un poco. Y por el alcohol. Lo demás... me da miedo. La droga de diseño puede dejarte colgado de un solo viaje.

—Sí, tienes razón. Si pudiera viajar el tiempo, le cruzaría la cara a mi yo adolescente, que es el que ahora mismo tiene muchas dudas sobre ti. ¿Qué hacías en las fiestas de las fraternidades en la universidad, si no has probado el alcohol?

—No iba. Me quedaba estudiando.

—Joder, nena. ¿Es que tenías prohibido pasártelo bien?

—¿Tú te lo pasabas bien estando colocado?

—No, pero por lo menos no lo pasaba tan mal como estando lúcido.

Aiko le sostuvo la mirada. Cada comentario que hacía de ese estilo la dejaba destrozada por el resto del día. Tenía tan interiorizado lo mal que lo había pasado, que conseguía mencionarlo sin que le temblase la voz. Y eso no le parecía tan admirable como preocupante, porque sonaba como si siguiera viviendo con ello.

—¿Cómo es estar colocado?

—Depende de lo que tomes. A veces te lleva a un estado de evasión total. Otras es un potenciador de felicidad; te pasas el rato descojonado. O un potenciador sexual. Hay veces que te cae mal y no puedes ni moverte, hasta crees que te vas a morir. Pero incluso en esos momentos aprendes algo. Los grandes artistas se drogaban para hacer su magia; encontraron opio en la pipa de Shakespeare, Los Beatles desayunaban LSD, y Amy Winehouse, entre otros, murió de sobredosis. Con esto no pretendo glorificar las drogas, que conste. Faltaría más. Pero con mucha moderación y muy de vez en cuando... No vienen mal para hacer un viaje astral a lo más profundo de uno mismo, o justo al contrario: muy lejos de la realidad.

—Al final me vas a convencer de hacerme un porro.

—No te imagino fumando —reconoció Marc, echándole un brazo por la cintura y cerrando los ojos—. Eres demasiado santa para portarte mal.

—Oye, eso es mentira. Puedo desatarme y hacer maldades.

—Uh, ya me imagino... Aiko Sandoval subiendo sus canciones de Julieta Venegas a las doce de la noche, cuando está prohibido poner

música. O cruzando la calle sin ir por el paso de cebra. O no cediéndole el asiento a una abuela en el transporte público. —Torció la boca—. *Nah*, no serías capaz de hacer eso.

¿Era posible...? Maldito fuera, era mucho más que posible. No había cometido ni una locura en su vida, quizás porque tenía a su madre encima por el asunto de la enfermedad y, de no haber demostrado que era lo bastante responsable para hacer su vida al margen de la dificultad física, la habrían metido en una cajita de cristal. Otra cosa muy distinta era que nunca había sentido la necesidad de perder la cabeza, pero tampoco es que se sintiera muy identificada con la vida que llevaba. Y si le gustaba tanto Marc era porque estar con él era subir a una montaña rusa, así que, tal vez, ser buena estuviera muy sobrevalorado.

Fue a contestar lo primero que le vino a la cabeza, pero al mirarlo a la cara se dio cuenta de que acababa de dormirse. Marc Miranda, dormido con solo unos pantalones, sobre una toalla playera y echándole un brazo por encima. No se habría atrevido a fantasear con algo así en toda su vida, y sin embargo, ahí estaba. Ese debía ser su premio por haber sido un ángel de la caridad; por no fumar, ni beber, ni ser infiel, ni arriesgar su vida o la de otros. Su recompensa por haber tenido un comportamiento cristiano. Lo que se preguntaba era si no tendría que ser algo más pérfida para conservar ese regalo, así como tuvo que cambiar Sandy para quedarse con Danny Zuko². No le disgustaba la idea de plantarse unos pantalones de cuero, ni la de rizarse el pelo, ni la de pintarse los labios de rojo. El *outfit* era increíble...

Pensando en eso, Aiko se incorporó con cuidado de no despertarlo y le dio la espalda para buscar su bolso. Debería haberse quitado el *maillot* mojado en cuanto salió del agua; tener una tela helada pegada al riñón con el dolor que cargaba no era muy recomendable. Pensó en meterse en alguno de los cambiadores de la playa, pero no había casi nadie en la zona porque estaba atardeciendo, y tampoco se avergonzaba de su cuerpo.

Se desabrochó el *body* por delante y se secó el torso antes de ponerse el sujetador. Plantó la toalla de mano sobre su regazo y cambió la prenda húmeda por las bragas oscuras. Después se quedó un rato mirando el cielo anaranjado, su confusión con el océano y el brillo en forma de

² *Grease*.

uve que reflejaba el sol sobre la superficie. Salió de su ensimismamiento cuando notó que Marc se movía a su lado.

—Me he quedado dormido un momento. Perdona —balbuceó, frotándose los ojos. Aiko lo miró por encima del hombro con una sonrisa conciliadora, que él no apreció por enviar una mirada extraña a su baja espalda.

Marc no se movió. Sus ojos volaron veloces a los de ella, interrogantes. Ella se aferró al optimismo, pensando que por lo menos no había hecho una mueca despectiva.

—Ah, esto... —comentó, con aire jovial—. ¿Recuerdas que, cuando te conté la historia de mis padres, mencioné que con ocho años pasé por el hospital? Bueno... Esto son las consecuencias. No son muy estéticas y si no he venido a la playa es, en parte, porque no me gusta cómo las mira la gente, pero podría ser peor. Hay enfermos de insuficiencia renal crónica que deben estar pegados a una máquina todo el día.

Él parpadeó una sola vez.

—Crónica —repitió.

—Sí... No es como un dolor de muelas, intenso y corto; la mayor parte del tiempo se modera y te deja trabajar. Pero te acompaña allá donde vayas, como los remordimientos o tu propia sombra. Por eso hay días que se hace más duro.

—No te lo vas a creer, pero por cómo lo has descrito, podría tener mi propia insuficiencia renal crónica.

No se le ocurrió qué responder. Dejó correr un breve silencio para que decidiera si quería preguntar algo más. No lo hizo. Marc, que se había incorporado muy despacio al ver las cicatrices, volvió a tenderse sobre la toalla con los ojos puestos en ella. Estaba preparada para todo tipo de respuesta. Desde el «pobrecita, lo siento mucho» al denso interrogatorio.

Su reacción fue llevarse una mano a un punto por encima del hueso de la cadera.

—Respecto a las marcas, tampoco te creas la más chula. Yo también tengo una cicatriz —soltó, señalando ese punto. Sonrió muy orgulloso—. Apendicitis, y con la misma edad que tú.

Aiko parpadeó una vez antes de asumir el comentario. Fuera por incredulidad, por puro alivio o por ilusión de que aquello marchara, rompió a reír. Marc se quedó tumbado con una especie de sonrisa.

—Misión cumplida. Te he hecho reír —señaló con suavidad. Levantó la mano—. Chócala, compitruenos.

Debería haber imaginado que aprovecharía el choque de palmas para entrelazar los dedos y tirar de ella. Cayó sobre su pecho sin emitir más sonido que un jadeo divertido. Marc le robó un beso que parecía tonto y juguetón, pero que se convirtió enseguida en una seducción lenta, intensa y sexual, que desató un fuego doloroso en todas sus terminaciones nerviosas. Apoyó las manos a cada lado de su cabeza, mientras él guiaba las suyas al borde de las bragas negras, tirando despacio de los extremos para dejárselas como un tanga.

—Claro que soy la más chula —balbució ella—. Tengo dos, y tú solo una.

—Mentira —respondió entre besos en la boca—. Yo tengo más de dos y de tres, solo que no las puedes ver.

—¿Ni siquiera con unas gafas 3D?

—Ni siquiera con rayos X.

—¿Y cómo las ves tú?

—De ninguna manera, porque no las quiero ver. Nadie querría ver eso. Y ahora calla y deja que te coma.

Marc tiró de su labio inferior hasta que soltó un grito. Le asestó un azote en la nalga, impulsándola hacia delante lo suficiente para que, al incorporarse, pudiera morder la carne de un pecho.

Volvió a besarla con entrega y desesperación. Sobó sus nalgas apretándolas con las yemas y arañándolas con las uñas, y la presionó contra su erección. Aiko evocó un ronroneo con las cuerdas vocales. Los brazos le temblaban al sostener su peso, abierta de piernas sobre un hombre que luchaba por hacerse con ella.

—Aquí n-no... Marc, estamos en... un sitio público. —Gimió cuando volvió a exprimir sus cachetes—. Marc, p-por favor, no quiero que pase... aquí en medio.

Él gruñó dos veces antes de romper el beso. Lanzó la cabeza hacia atrás, quedándose con los ojos cerrados, el ceño fruncido y los labios

enrojecidos. Aiko se sintió tan frustrada y prendida como él, pero debía entenderlo. Ahora que podía, quería ser fiel a sus deseos... Y se moriría de vergüenza si pasaba algo en mitad de la playa, aunque hubiera poca gente.

Esperaba que hiciera alguno de sus comentarios sobre sus ganas de tenerla, pero no llegó. En su lugar, se incorporó y la apartó a un lado con cuidado. Después se puso de pie y buscó, notablemente mareado, la camiseta de deporte. No se la puso. La echó sobre el hombro, silencioso y apocado, y volvió a frotarse los ojos con los nudillos.

—Vamos... Se ha hecho tarde.

No percibió ninguna nota de rencor en su voz, solo cansancio. Aiko recogió su bolso sin dejar de mirarlo con atención, temiendo que en cualquier momento dijera algo respecto a su aparente pasión por dejarlo a medias.

De nuevo volvió a sumirse en el silencio del principio y de media tarde, y no hizo ningún amago de romperlo durante el camino de regreso al apartamento de Aiko, que pasó todo el viaje preguntándose si invitarlo a subir o seguir esperando el momento ideal. Obviamente ese momento no existía, no era estúpida, pero no le gustaría perder la virginidad con el pelo encrespado, el salitre pegado a la piel y un dolor horrible en todo el cuerpo.

—Gracias por acompañarme.

Marc se giró en su dirección y asintió, meditabundo. La miró a la cara sin decir nada. Aiko se esforzó tanto por ver más allá de su inexpresividad que no se dio cuenta de que le estaba tocando la punta de la nariz hasta que lo vio sonreír sin fuerzas.

—Te has quemado un poco por aquí —musitó.

—Eso explica que me arda la cara.

Él sonrió y metió una mano en el bolsillo. Estaba tan hecho polvo que le recordó a un niño pequeño, solo que enorme y perfecto, después de un largo día dando saltos por el parque. A él también se le había pegado el sol en los hombros, en las mejillas y en el pecho. Pero no era eso lo que más llamaba la atención, ni sus mechones despeinados, sino el resplandor insólito en su mirada fatigada.

—¿Te pasa algo? —preguntó ella sin tapujos—. Llevas todo el día... Muy raro.

Él se humedeció los labios.

—Me he dado cuenta de que no puedo hacer esto —respondió, bajando la voz.

—¿El qué?

—Tú y yo. No puede ser.

Aiko no reaccionó porque no lo entendió.

—No estoy segura de haberlo pillado. ¿Qué estás diciendo? Hemos estado bien, ¿no?

—Sí.

—¿Entonces? ¿A qué te referes?

—A que no soy tu hombre, e intentando creérnoslo estamos perdiendo tiempo muy valioso.

Aquello fue como una bofetada a traición.

—¿Te parece que pierdes el tiempo conmigo?

—En absoluto. Solo digo que no vamos a ninguna parte, *geisha*. No puedo ir adonde quieres que vaya, no sé cómo, ni estoy preparado, ni...

Se cortó a sí mismo con un suspiro. La miró a los ojos.

—Será mejor que lo dejemos aquí.

Aiko no respiró por unos segundos. Él le dio un rato de cortesía para que dijese algo, pero ella ni siquiera empezó a poner en orden sus pensamientos. Sacudió la cabeza, negándose en rotundo a asimilar lo que estaba diciendo.

¿A qué venía eso, para empezar?

—No lo entiendo —barbotó, en cuanto recuperó el habla—. Hace unos minutos estabas besándome, y hace unas horas me decías... Decías que darías tu vida por un beso mío. ¿Era mentira?

Marc la miraba de una forma que le era imposible enfadarse o ponerse a llorar de frustración. Sus ojos decían una cosa y se expresaba de una forma radicalmente distinta. Había dos Marc enemistados viviendo en el mismo cuerpo.

—Por raro que suene, cuando quiero mentirte siempre te acabo diciendo la verdad.

—Entonces vas a tener que explicarme qué significa... —Hizo varios aspavientos—, esto. Estábamos bien... Estábamos perfectamente. ¿Has fingido?

—No.

—¿Es porque te he obligado a parar? Porque si es así, estarías siendo un imbécil.

Marc sonrió con tristeza, dándole la razón.

—Sí que lo estaría siendo, pero no, está lejos de tener que ver con eso.

Se le encendió la bombilla sobre la marcha. Aiko sintió cómo el pánico le iba insensibilizando los miembros al exponer sus miedos.

—Las cicatrices, ¿no? No quieres que te relacionen conmigo por...

—Joder, claro que no —espetó. Se acercó a ella y envolvió sus mejillas con las manos—. Es mi problema. Mi único y puto problema, como siempre. Ni cicatrices, ni enfermedades, ni polvos a medias, ni hostias, ¿me entiendes?

Aiko asintió, muda.

—¿He hecho algo mal? No quiero que te vayas sin saber por qué... has cambiado de opinión.

—No has hecho nada mal. Por favor —rogó—, estoy intentando hacerlo bien. Confía en mí. Así tiene que ser.

—Este secretismo...

—Lo sé. Lo siento.

Marc le dio un beso en la esquina de la frente y se separó de ella sin decir nada más. Aiko avanzó, mareada, para agarrarlo del brazo y exigir una explicación en condiciones, pero algo la frenó. Quizá la confianza que había depositado en él, sin ningún sentido. Quizá el *shock*. O quizá que se había quedado congelada junto al portal. Ahí permaneció un buen rato, hasta que el sol terminó de esconderse y no quedaba ni rastro de Marc.

Después, Aiko se movió como un autómatas. Sacó las llaves, abrió la puerta, caminó hasta el ascensor. Marcó el número de su piso.

«No vamos a ninguna parte».

Hizo el camino hasta su apartamento, andando sin ninguna coordinación.

«No soy tu hombre».

Peleó con la cerradura de la entrada a la casa.

«Es mi problema. Mi único y puto problema».

—Tu único problema —repitió, asintiendo—. Tu único y puto problema...

—¡Ya estás aquí! —exclamó Mio.

Aiko chocó con los ojos alegres de su hermana, y después con uno de sus vestidos preferidos, que se había agenciado porque por lo visto podía servirse el contenido de su armario cuando le diera la gana. Lo había combinado con unos taconazos de vértigo.

—Me voy a bailar un poco, con Frank. Recuerda tomarte la medicación, ¿vale?

—Mio... —murmuró.

—Ya, ya, tengo que ponerme algo encima, que por la noche refresca. Llevo una de tus americanas. —Le plantó un beso en la mejilla y salió agitando la mano—. ¡Hasta mañana!

Aiko se giró con la boca abierta, esperando que saliera un «necesito compañía», pero cuando lo balbuceó, Mio ya había cerrado la puerta. Le dolieron los oídos al acoger el eco de sus tacones por las escaleras.

Dejó el bolso en el mismo recibidor, junto con las chanclas sucias. No le importó poner perdida la tarima.

«Será mejor que lo dejemos aquí».

Se sentó en el sofá, sin cambiarse, y se quedó mirando el televisor apagado.

«No puedo hacer esto».

—No puedes hacerlo —repitió en voz baja. Buscó torpemente su móvil, parpadeando deprisa. Le picaban los ojos—. ¿Qué es lo que no puedes hacer? ¿Querermé? A buenas horas te das cuenta. A muy... buenas horas...

Pulsó una tecla y esperó intentando respirar con normalidad.

—*Bienvenido a mi contestador* —dijo la voz grave de Caleb—. *Estoy ocupado, así que deja tu mensaje o llama más tarde.*

Aiko desencajó la mandíbula y se contuvo para no estrellar el teléfono contra la televisión. La encendió por hacerse un poco de compañía.

«Confía en mí. Así tiene que ser».

Miró la hora. Las siete. Eso significaba que en España era la una de la tarde.

Marcó otro número, esta vez con dificultad. Sacudía la cabeza.

Aquello no tenía ningún sentido. Ningún sentido.

—*Hija de perra, ¿qué haces llamándome a estas horas? Que estoy en clase* —siseó una voz femenina—. *He tenido que decirle a la profesora que tengo al abuelo con cáncer hospitalizado y por eso tenía el móvil encendido, vaya que palmara y me pillara a mí comiéndome no sé qué hostias de comercio internacional. Eres más inoportuna que el copón, ¿qué pasa?*

«Tú y yo... No puede ser».

Aiko apretó el móvil e hizo un puchero que no llegó a romper. Cogió aire y lo soltó.

—*¿Hola?* —insistió Otto—. *¿Me llamas para hacerme la respiración artificial? Ya vale con la bromita, ¿no? Que esto no suena como tú, Kiko...*

—Lo... Lo siento —chapurreó, sintiéndose culpable.

—*¿Qué te pasa?* —preguntó enseguida—. *¿Estás bien? ¿Aiko?*

—Ya te llamaré.

—*Aiko, más te vale decirme qué...*

Colgó y dejó el móvil debajo de un cojín. Se levantó muy despacio, como si le pesaran los huesos diez kilos más que cuando se sentó, y se dirigió a la ducha con un amago de sonrisa desamparada. Menuda ridiculez, apelar a sus seres queridos para buscar respuesta... Se le había olvidado que ella era la única que paraba el mundo para echarles una mano cuando se tropezaban.

«Tú y yo... No puede ser». «No puede ser».



Ni tú tan malo, ni yo tan buena

14

Había dormido alrededor de dos horas en toda la noche por culpa de una fiebre intensa —seguramente ocasionada por haberse expuesto al sol durante un día entero sin estar acostumbrada— y por la duda. Sobre todo por la duda.

Dejando a un lado que no quiso amargarse pensando en lo ilocalizable que estaba todo el mundo cuando les necesitaba, había llegado a la conclusión de que no le habría dolido el cambio de Marc si hubiera sabido a qué venía. Si él hubiera dicho que... ya no sentía pasión por ella, que le daba miedo el compromiso o tenía a otra persona esperando, Aiko podría haberlo encajado con dignidad. Pero esa ambigüedad tan extraña, esa repentina necesidad de marcharse a toda prisa... Más que ofendida o destrozada, estaba descolocada. Aún en *shock*. No le cabía en la cabeza que un hombre que la besaba como si fuera la última vez, pudiera decidir al minuto de hacerlo que no estaban hechos el uno para el otro. Sobre esto, ella tenía algo que decir al respecto, ¿no? Podría haber tenido el detalle de permitir que se expresara, de escuchar su desahogo... En el caso de que hubiera podido hacerlo, claro, porque ni siquiera a la mañana siguiente encontraba las palabras.

Lo peor de la situación era que la había pillado con un dolor de cabeza insoportable. De cabeza y de todo lo demás. No se dio cuenta al volver de la playa, ni al llegar a casa, pero después de la ducha se miró al espejo y comprobó que estaba quemada. No de una forma exagerada, como le pasaba a Otto, que nunca aprendía la lección e insistía en embadurnarse con bronceadores cuando nunca podría ser morena... Pero escocía, y no tenía nada a mano para aplicarse porque nunca pensó que le haría falta.

Estaba algo resentida porque Mio no había regresado. Iba a su apartamento para pedirle ayuda con los estudios, meterle mano a su armario, desayunar lo que le gustaba y luego largarse sin especificar que cuando acabara la parranda dormiría en casa de su madre. Después de esa última muestra de egoísmo supino, no le apetecía descolgar el teléfono y llamarla, pero necesitaba que alguien fuera al supermercado y comprase algo que la salvara de parecer una parrilla.

Estiró el brazo hacia la mesilla y la palpó, buscando el móvil. La migraña era tan intensa que estaba mareada y no veía muy bien. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por encontrar la tecla «M» en el buscador y pulsar el contacto de Mio. Tardó casi dos minutos en escribir el mensaje y enviarlo, seguramente con faltas de ortografía. «Mio, estoy hecha polvo y necesito una loción de esas para cuando te quemas. Por favor, compra una en la farmacia y me la traes, siento que me están friendo como a una patata frita. Y de paso ve al súper y pillas hielo. Solo con pastillas no me va a bajar esta fiebre».

Aiko se cubrió la cara con el brazo y suspiró. Esperó a que el móvil vibrara. Gracias al cielo que su hermana era rápida contestando. «¿Necesitas que te lleve al hospital?», fue la respuesta. Sin emoticonos, y con las dos interrogaciones. Eso no sonaba a Mio, que ponía corazoncitos por todas partes. Y no sonaba a ella porque no le había enviado el mensaje a su hermana, sino a la persona que la estaba llamando por teléfono.

Se le aceleró el corazón al ver el nombre de Marc en la pantalla. Estuvo a punto de colgarle, pero su rencor no llegaba a ese grado y sabía que se arrepentiría si lo ignoraba.

—Me he equivocado de contacto —murmuró nada más descolgar—. Tu nombre empieza por eme también.

—Ya.

—Ahora vas a pensar que estaba intentando llamar tu atención. Genial.

—*Creo que eres lo bastante lista para saber que no necesitas llamarla, ya la tienes. Me he hecho una idea al ver qué ponías «Mio», y sé que no eres de esas.*

—¿«De esas»? Olvídalo, no quiero saber la respuesta.

Aiko suspiró y cerró los ojos. Por un momento reinó el silencio en la habitación.

—Pues podrías haber ignorado el mensaje.

—*También lo sé. ¿Qué te pasa?*

—Me he despertado con la piel ardiendo y fiebre muy alta. No creo que me haya dado una insolación, pero no estoy acostumbrada a pasar horas expuesta al sol.

—*La culpa es mía. A veces se me olvida que no todo el mundo puede tirarse en la arena sin protección. Tendría que haberte llevado a otro lado.*

—No sirve de nada que te arrepientas. Al final fue divertido, aunque me lo habría pasado mejor si te hubieras ahorrado el monólogo final.

Le oyó suspirar de fondo.

—*Voy a llevarte el hielo, unas pastillas que vienen bien para estos casos y la pomada. Pero tienes que prometer que no vas a mencionar ese tema.*

—¿Cómo no voy a mencionar el tema? Un minuto estabas bien y al siguiente me soltabas «adiós muy buenas». Creo que merezco saber por qué... ¿O vamos a actuar como si no hubiera pasado nada? —Se frotó la frente—. ¿A qué punto vamos a regresar para estar «más cómodos»? ¿A cuando nos tratábamos de usted o cuando fingíamos que éramos amigos?

—*Llego en quince minutos.*

Aiko bufó, pero él no pudo escucharlo porque ya había colgado. Hombres... ¿Para qué se metía en esos rollos? Tenía un trabajo increíble, buenos compañeros y amigos, miles de novelas por leer y una familia problemática con la que nunca faltaba drama: aburrida no estaba, como para buscar amor, comprensión o lo que fuera en un hombre que ya se veía venir de lejos. Marc no era inofensivo y eso ella llevaba sabiéndolo desde antes de conocerlo en persona. Incluso desde antes de saber que era él, cuando lo confundió con el tipo de la aseguradora.

Ante eso, ¿qué se supone que tenía que hacer? ¿Resignarse y no hacer preguntas? No, no estaba en condiciones de ponerse a interrogarlo. Quería desaparecer bajo las sábanas y pasar el resto del domingo durmiendo. Pero tampoco quería combinar la enfermedad y la incertidumbre. No eran muy buena mezcla, y si estaba en su mano reducir la curiosidad que la estaba ahogando...

Marc apareció diecisiete minutos después. Se tuvo que levantar para abrirle la puerta. Le había dado tiempo a ponerse encima una bata, cepillarse el pelo un poco y lavarse la cara y los dientes, pero no se sintió ni remotamente presentable al verlo al otro lado de la puerta. Solo su imagen encerrada en el círculo de la mirilla tenía el superpoder de encogerle el estómago. Abrió y ahí estaba, tan ideal como siempre. Con su traje azul marino, su corbata lisa, su perfume masculino y su pelo rubio de príncipe encantador.

Era insoportable. Ojalá se cayera por las escaleras al volver a su puñetera casa.

Encima tenía el valor de mirarla de arriba abajo y presionar la mandíbula, como si le doliera estar lejos de su cuerpo..., o como si le jodiera que no se hubiese arreglado para recibirlo. Cualquiera que fuese el caso, podía irse al infierno. O eso se estuvo repitiendo al indicar el camino a su habitación, cuando la verdad era que sus pensamientos eran una amalgama de sollozos ridículos del tipo «¿puedes abrazarme un poquito? Solo hasta que se me pase esta *penamora*..., o hasta que me muera».

Si es que no se le daba bien guardarle rencor a nadie. Y lo que es más y peor: no le faltaban ganas de desintegrarse sobre su regazo mientras él decía alguna de sus frases románticas.

—¿Vienes de trabajar? —preguntó ella, con voz ahogada.

Se sentó en el borde de la cama y se quitó la bata, quedándose con el pijama veraniego de dos piezas: apenas una camiseta de tirantes y un *short* de satén rosa.

—Sí. Pero los domingos solo vamos Moore y yo, así que el bufete podrá vivir sin mí durante una hora. ¿Te molesta el roce con la ropa?

—Mucho. No me he quitado el albornoz porque quiera hacerte un *striptease* —indicó con retintín. Le vio sonreír de lado.

—Te favorece bastante estar mosqueada.

—Pues es una pena, porque no es algo que me pondría otra vez. Ni para estar por casa, ni para salir.

Dejó de hablar cuando Marc le puso una mano en la frente. Murmuró algo que no oyó y chasqueó la lengua. Después se dirigió a la bolsa que había traído y sacó un paquete de hielo y un bote de crema.

—¿Tienes sensación de frío, dolor muscular o alucinaciones? ¿Me ves bien?

—Frío, sí. Dolor muscular no, aunque tengo agujetas. Y de alucinaciones nada. Solo veo a un tío con más cara que espalda y que no sabe lo que quiere.

Marc parecía esforzarse por contener una sonrisa.

—Deberíamos ir al hospital.

—Soy propensa a fiebres así de altas, no es tan preocupante. Conozco mi cuerpo lo suficiente para saber cuándo necesita ayuda de verdad y cuándo solo le hace falta un descanso.

Tragó saliva al verlo acuclillarse delante de ella, con la bolsa de hielo en la mano. Se la dio para que se la colocara en la frente mientras examinaba a conciencia las partes más afectadas por el sol. Se le puso la piel de gallina cuando él comprobó la temperatura de su pierna poniéndole la mano encima.

—Tú también tienes la nariz un poco roja —murmuró ella, intentando distraerle de la reacción de su cuerpo. Se mareó y tuvo que cogerse a su hombro.

Marc la sostuvo tomándola por la muñeca. Qué buenos reflejos tenía el nene. Qué manos más fuertes. Llevaba un reloj de esos carísimos a simple vista.

—No estás bien.

—Eso es obvio, aunque no tiene nada que ver con mi estado físico.

—Me encanta cómo me reprochas, *geisha*, pero intenta dejarlo para más tarde. Esto es lo prioritario.

Ella suspiró.

—No estoy tan mal como para ir a urgencias.

—¿Y quieres llegar a estarlo?

—Mira, no quiero pisar un hospital si no es necesario —espetó, mirándolo con seriedad—, ¿de acuerdo?

Él asintió con solemnidad.

—Pues túmbate. Primero bocabajo.

Siguió la orden sin pensar en cómo se vería la situación desde fuera: en cómo la estaría viviendo ella misma si no tuviera la cabeza en otra

parte. En cuanto puso la mejilla en la almohada, sintió que el sueño la llamaba. Marc lo espantó retirándole los tirantes y el pelo de la espalda.

Suspiró de alivio al primer roce del hielo.

—¿Por qué has venido?

—Porque lo necesitabas.

—Pero no siempre vas donde te necesitan, ¿verdad?

—Sí que lo hago.

—¿Incluso después de haber mandado al carajo a la otra persona?

—Yo no te he mandado al carajo, ni mucho menos.

—No usarías un término tan desagradable, eso está claro, pero lo habría preferido a esas frases codificadas sin sentido.

—Siento que no tuvieran sentido para ti.

Aiko esperó que continuara una explicación que no llegó. En lugar de con palabras, la abordó con las manos embadurnadas de una crema fría y agradable. La esparció sobre sus hombros quemados con lentitud, dejando una buena cantidad que enseguida fue absorbida.

—¿Ya está? ¿No vas a decir nada más? Marc... ¿No puedes hacerte una idea de cómo me siento? Imagino que no quieres hacerme daño. Para evitarlo, no vendría mal que me dieras una razón coherente.

Los dedos húmedos de Marc bajaron por la línea de su espalda, concentrando unas cosquillas irresistibles encima del trasero.

—Creía que eras una clase de persona... y eres otra distinta.

Aiko intentó girar la cabeza hacia él.

—¿Quieres decir que te he decepcionado?

—Todo lo contrario. Eres mejor de lo que pensaba. Si hubieras tenido algún defecto podría permitirme ser egoísta, pero...

—Ya te he dicho que no soy perfecta.

—Para mí sí lo eres, o por lo menos tienes todo lo que quiero, soñaba y necesito.

—¿Entonces? —insistió sin voz—. ¿Cuál es el «pero»?

Apartó las manos de su espalda de repente.

—Aiko, ese es el «pero» —repuso secamente—. No sé cómo quieres que te lo diga. Eres una mujer dulce y buena que no merece estar con

alguien como yo. Soy muy problemático y no querría verte lidiando conmigo.

Aiko apoyó todo el peso en el codo y el costado, girándose para mirarlo a la cara. No había muy buena iluminación en el cuarto: cortinas echadas y día nublado, pero sus ojos azules casi brillaban en la oscuridad.

—¿Te das cuenta de cómo sueñas? Esto lo he visto en cientos de películas, lo he leído en miles de libros. No tienes que presuponer que voy a ser frágil y delicada cuando te portes como un capullo. Sigo siendo una persona sincera con unos límites. Si te intereso, déjalo ser, y cuando llegemos a una crisis ya veremos cómo lo resolvemos.

—No te veo como una persona con límites. Dejas que te usen y te pisen, y no soportaría ver cómo pasas por alto alguno de mis comportamientos de mierda, tal y como lo haces con los demás.

—¿Comportamientos de mierda? ¿Es que tienes pensado ser malo conmigo? —Se frotó los ojos—. Estás dando por hecho que sé de lo que estás hablando, pero ni siquiera me has contado cuál ese gran problema tuyo. ¿Trabajas mucho? Yo también, te aseguro que no me sentiré abandonada. ¿Tienes cambios de humor sin venir a cuento? No es tu mejor cualidad, pero contaba con que no eras perfecto...

Marc le sostenía la mirada sin parpadear, sentado en el borde de la cama, tan tenso como cuando la acompañó en el salón hacía solo unos días. Dedujo que lo que le violentaba era la intimidación de estar en casa ajena. No se identificaba con el lugar en el que se encontraba, pero es que, siendo sinceros, nunca parecía tranquilo del todo. Esa vez, además, la miraba cansado.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó en voz baja—. ¿Quieres que te quiera, que me quede contigo para siempre y te ponga un anillo en el dedo? ¿Qué es?

—¿A qué viene eso? Te he pedido una explicación, no matrimonio.

—Pero además de una explicación, quieres convencerme de seguir con esto. ¿Por qué? ¿Por qué no piensas en toda la gente que hay ahí fuera, esperándote? ¿Por qué me prefieres a mí?

—Porque ya he estado con «toda esa gente que hay ahí fuera esperándome» y no me han removido nada. —Hizo un esfuerzo por sentarse,

y se arrastró hacia él arrugando las sábanas—. No puedes decirme que quieres estar conmigo y que no me convienes, porque a mí lo único que me interesa de esa historia, es la primera parte. Si me convienes o no, ya lo decidiré yo. Todo este paternalismo me parece lamentable, Marcus.

—Y lo es. No digo que seas tú la que tiene miedo, o merezca protección; soy yo el que está tomando las precauciones. Pero tienes muchas estupideces románticas metidas en la cabeza, *geisha*. Solo quieres ver lo conveniente, y cuando pasen los inconvenientes, vas a sufrir, como lo haces con el resto de tus seres queridos. Vas a odiarme. Y estoy preparado para todo, créeme..., pero no para eso.

—Dudo que pudiera odiarte.

—Peor me lo pones.

Aiko lo retuvo echándole los brazos al cuello. Sabía que estaba mal insistir cuando alguien había tomado una decisión y que eso solo empeoraría las cosas, pero no podía dejar que se largara sin más. Les unía una inexplicable atracción física y la complicidad de dos personas que una vez fueron la misma: niños melancólicos y reprimidos, tímidos y soñadores, que querían ser mejor de lo que eran y se prometieron que lo conseguirían. Y mientras tanto, luchaban contra el deseo de desaparecer. Crecieron siguiendo sendas distintas, desarrollando personalidades opuestas, y ahora les unía la ley de la polaridad. Encajaban porque eran diferentes, y también porque fueron iguales. Se sentía en sintonía con él, y no quería que se alejara de su vida.

—Eres la persona que mejor me hace sentir del mundo entero —confesó. Lo obligó a mirarla a los ojos envolviendo sus mejillas—. No me presionas, no me regañas, no me culpabilizas de tus decisiones o por tus días malos, no me utilizas, no me menosprecias, ni directa ni indirectamente... Al contrario. Me haces sentir la más divertida, la más *sexy*, la más inteligente. Siempre me escuchas y siempre respondes de forma que no pueda dolerme, sino dejarme pensando. ¿Y dices que eres malo? ¿Dónde está lo malo? ¿Dónde está ese gran defecto?

—Yo tampoco lo sé. Imagino que se esconde de ti porque te tiene miedo. Pero no soy la mejor persona del mundo por tratarte decentemente, *geisha*. Tienes que metértelo en la cabeza.

—Desde luego que no lo eres. La estás cagando al tratarme como si fuera de porcelana y creyéndote en el derecho de decidir por mí, como todos llevan haciendo desde que soy una cría. Tienes que decirme a qué ha venido ese cambio, porque no lo habías hecho hasta ahora.

Apartó sus manos muy despacio, como si no quisiera que se diera cuenta.

—Vete a dormir. Necesitas descansar.

Aiko suspiró.

—Quédate conmigo.

—¿Para qué? No voy a cambiar de parecer.

Aquella respuesta le dio unas ganas inmensas de ponerse a llorar.

—Quédate de todos modos, aunque solo sea para devolverme el favor que te hice acompañándote a urgencias.

Debió parecerle justo, porque tras una breve vacilación, Marc le hizo un gesto para que se tumbara otra vez. Él se quedó un rato sentado, quizás asimilando su propia decisión. Después giró el reloj que llevaba y lo desabrochó para dejarlo sobre la mesilla. El hecho de que se quitara el reloj y no los zapatos u otra prenda realmente incómoda, llamó la atención de Aiko, que se lo preguntó en cuanto compartieron almohada.

—¿El reloj y no los gemelos o la chaqueta? ¿Por qué?

—El reloj es un recordatorio de que pasa el tiempo. Lo llevo siempre porque me obsesiona ese discurrir inevitable. Pero cuando estoy contigo es como si se parase, como si el momento quedara congelado. Y no quiero que el segundero me distraiga del milagro que haces.

—¿Qué milagro es ese? —musitó, con el corazón encogido—. ¿Parar el tiempo?

—Hacer que me distancie del pasado y del futuro. Un gesto de pura misericordia hacia un niño que se pasó años mirando las horas pasar, con miedo y con rabia, porque no podía avanzar ni retroceder en el tiempo.

—¿Por qué querría un niño avanzar o retroceder?

—Para evitar algo... O para ir directamente al momento en que todo vuelve a ir bien.

—¿Esa era tu obsesión de pequeño?

—Lo sigue siendo. Hasta ahora solo una ha conseguido equipararse a la original.

Aiko no necesitó preguntar a qué se refería. Se acercó a él, encajando la cabeza entre su barbilla y su pecho.

—Si me lo pides, puedo quitar todos los relojes de casa. Puedo no volver a llevar reloj, nunca —propuso. Tragó saliva y añadió—: Es injusto distanciar a la gente de lo que le hace bien, ¿sabes?

—Lo que es injusto para uno, puede ser justo para el resto. Eso es lo importante. Rousseau decía que hay que someter la opinión personal a la voluntad general. Es la única manera de que se haga lo correcto.

—¿Y desde cuándo un demonio quiere hacer lo correcto?

Marc suspiró y apoyó la barbilla sobre su coronilla.

—Desde que un ángel vestido de Adidas, le confundió con uno de los suyos.

No es porno, es literatura erótica

2

Marc no entendía el concepto de «arreglarse», quizá por las implicaciones negativas que conllevaba. Daba a entender que antes de hacerlo era inservible, estaba desgastado o era inútil: que necesitaba emplear alguna fuerza externa o añadirse encantos, ponerse tiritas o decorarse, para resultar mejor. Para dejar de dar asco; como si fuera un coche averiado o las cañerías del baño.

Para *arreglarse*, pensaba, necesitaría mucho más que su mejor corbata y una americana de marca. Sabía bien que su aspecto no era lo que debía ser potenciado. La falsa humildad le tocaba demasiado los huevos para no admitir que era un tío bien plantado. Al menos el envoltorio relucía. Lo que había debajo quizá sí debiera... *arreglarse*. Pero por lo pronto, y si salía bien el plan A, Aiko Sandoval no necesitaría conocer su bajeza. Tenía en mente averiguar si su físico le interesaba como para picar el anzuelo, y para eso, gracias al cielo, no tenía que arreglar nada de lo jodido de veras.

Marc salió de casa con la reflexión formulándose detrás de los pensamientos normales de un tipo a las seis y media de la mañana, aquellos que podía afrontar a corto plazo. Repasó su agenda, los compromisos programados para el día, las reuniones, incluso los descansos ocupados para adelantar trabajo. Así no podría parar a meditar ni un segundo. Le siguió la rutina de siempre. Activar la alarma del apartamento, contar los pisos que iba bajando en el ascensor, medir la distancia entre sus pasos hasta la entrada y saludar con un «buenos días» a su chófer, que esperaba con la paciencia de un santo.

—¿Qué tal, Yasin? —preguntó antes de abrir la portezuela trasera.

El hombre sonrió como si guardara un secreto, y en cuanto Marc puso su trasero en unas pantorrillas ajenas, comprendió la ilusión del indio porque entrara en el coche.

El bulto bajo él gruñó por lo bajo. Vaqueros, botas militares y sudadera con capucha... Lo reconoció gracias a la exclamación latina —«ay, *dio mío*»—. Por si le cabían dudas, su hermano dio la vuelta como una sardinilla y lo enfrentó con ojos soñolientos.

Marc intentó no irritarse con su deprimente aspecto.

—Yasin —llamó a su chófer intentando guardar la calma—, ¿qué hace el señor Miranda en el coche?

—No lo sé, jefe —aseguró, con su marcado acento habitual. Le echó una mirada entretenida por el retrovisor—. Me he dado cuenta justo al aparcar. No suelo asegurarme de que no haya hombres camuflados con la tapicería al arrancar.

Dirigió la vista al encapuchado, que se frotaba los párpados intentando dar pena.

—Jesse... ¿Has dormido en el Mercedes?

—No tengo casa propia, ¿qué quieres que haga? —se quejó mientras se incorporaba hasta quedar sentado—. Tori me pidió que me fuera y no se me ocurrió otro lugar donde descansar mis huesos.

—Veamos... Existen los hoteles; moteles, si no quieres gastar mucho. La casa de Wentworth, la mía, la de tu madre en Puerto Rico... Y eliges mi coche. —Marc hizo una mueca—. ¿Eso que huelo es *Jägermeister*? ¿Has estado bebiendo aquí dentro?

Inspiró hondo e intentó no alterarse, como siempre a base de mucha, muchísima fuerza de voluntad. No hace falta que permanezcamos en el camino de la rectitud, humanidad y corrección evitando señalar que Marc a veces estrangularía a su hermano, ¿verdad? ¿Quién no ha sentido alguna vez la implacable necesidad de acabar con la vida de alguien con su mismo apellido? De acuerdo, quizá la pasión por los ahogamientos de Marc a veces sobrepasaba lo común, pero no se puede decir que no fuese típico, ni que llevara arrastrándose como una lacra social desde, por ejemplo, el Imperio otomano. Yasin estudiaba Historia cuando no conducía y le había contado a Marc, no sabía aún si para alentar o apaciguar sus ánimos de derramamiento de sangre,

que los herederos a la corona solían pasar a cuchillo a sus hermanos para evitar que les arrebatasen el trono.

Aquí no había trono que valiese, pero Marc se pensó lo del acuchillamiento al sospechar que Jesse podría haberse meado encima. En su tapicería de cuero negro.

—Haz el favor de salir —pidió con toda esa educación que enmascaraba un fuerte deseo homicida—. Tengo que ir a trabajar.

Jesse arrugó la frente.

—¿Perdón? ¿Mi mujer me echa de mi casa y ahora mi hermano me echa del coche?

—Poniéndonos técnicos, la casa es de tu mujer y el coche es de mi propiedad, así que tenemos todo el derecho a vernos libres de tus escenas.

Su hermano desencajó la mandíbula y miró para otro lado. Se sacó la capucha de un tirón, acción que reveló una serie de mechones pelirrojos con vida propia que apuntaron en todas direcciones. Marc se desinfló un tanto al verle con la espalda encorvada, frotándose la incipiente barba con impaciencia y desesperación. Casi se le olvidó que había pensado en cuchillos, matanzas y tronos otomanos.

No pretendía ser duro con él, pero no le quedaba otro remedio si quería que espabilase de una vez. Estaba cubriendo a Victoria en el caso de los Campbell no solo porque le interesara especialmente destruir al marido de su cliente —y es que Marc nunca hacía nada si no podía beneficiarse un poco—, sino porque ella no estaba en condiciones de afrontar un solo caso a causa del divorcio con su hermano.

Marc supo desde el principio que era una pésima idea salir con alguien del trabajo. Luego pasaba lo que pasaba. Jesse llevaba sin poner un pie en el bufete casi un mes, lo que ya le habría valido el despido si Marc no hubiese movido hilos, y Victoria había pedido una baja aprovechando la acumulación de periodos vacacionales en su historial. Si eso fuera todo lo que Jesse estaba haciendo mal al no lidiar con su separación, Marc podría interceder por él —lo que llevaba haciendo desde el primer día—, pero no dejaba de darle motivos para pegar una voz y poner orden.

Había cedido a cada una de sus súplicas. Intentó hablar con Victoria para hacerla entrar en razón, sin ningún éxito. Incluso hizo algunas averiguaciones a espaldas de ambos para asegurarse de que los motivos que la mujer dio para justificar el divorcio eran ciertos y no estaba engañándolo con otro, pensando que de ser así podría hacerle más llevadero el proceso. Pero no, Tal y como se figuraba, Victoria estaba siendo legal. Incluso sufría por la decisión tomada, razón por la que Marc dejó de intervenir.

Esto Jesse se lo tomó como algo personal y decidió llamar la atención de todas las formas posibles. Emborrachándose cada noche, haciendo comentarios desagradables, persiguiendo a Victoria por todas partes aun cuando ella había pedido espacio... La guinda del pastel había sido conducir borracho para luego estamparse con el coche en la interestatal, cuando pudo haber muerto en el acto. Marc ya no solo estaba preocupado, sino también cansado y cabreado por la incapacidad que tenía su hermano para ponerle solución a sus problemas... O para verlos, en general. Era evidente que no quería ni oír hablar de ellos. Se negaba rotundamente a buscarse otro apartamento, pues creía que tarde o temprano, Victoria lo llamaría con una disculpa en la boca.

Marc intentó hacerle ver que eso no sucedería. Pero para no variar, Jesse no escuchó. El muy capullo vivía en Hollywood, creyendo que la vida real era como un musical cuando en realidad solía acabar peor que los triunfos taquilleros de Clint Eastwood: como el rosario de la aurora.

Ya era hora de que abriese los ojos, porque no tenía ningún don musical para permitirse quedar ciego toda la vida y aun así ganársela, como el Stevie Wonder que cantaba su mayor éxito en la radio del Mercedes. ¿Cómo podía un hombre estar cabreado cuando sonaba *For Once In My Life*? Que no era en absoluto su estilo, pero hasta a él le daban ganas de afrontar el día con una sonrisa, como esos estúpidos *hippies* que leían libros de autoayuda.

—Podrías ser un poco más agradable —se quejaba Jesse, mirándolo con rencor. Tenía los ojos inyectados en sangre y, en serio, apestaba a estercolero. Si le hubieran dicho que había pasado la noche entre los restos residuales de una tumba profanada, se lo hubiese creído—. Habría que verte a ti si estuvieras en mi situación. Y no me digas que tú no habrías dado lugar a esto, porque tengo suficiente de superioridad

moral en todos los hombros a los que me acerco a llorar para que me lo repitas.

—Si estuviera en tu situación, intentaría ser razonable y no sabotearme a diario. Jesse, es el momento de que te des cuenta de lo que está pasando. Tu vida ha cambiado. Debes hacerte a la idea y seguir adelante.

Su hermano permaneció en silencio un buen rato, lo que ya era extraño en una personalidad extravertida y dicharachera. No estaba viviendo sus mejores tiempos y Marc trataba de comprenderlo, pero había una gran diferencia entre entender la frustración ajena y permitir que la vertiera sobre los demás, haciéndolos cómplices de su ineptitud. Y tenía ya una edad, por Dios. Si no se concienciaba entonces, ¿cuándo?

Durante esa breve meditación que tuvo consigo mismo, Marc hizo un gesto a Yasin para que arrancase. Entonces, Jesse se giró hacia él con un semblante más o menos seguro de sí mismo.

Cuando habló le tembló la voz, pero fue latente que había tomado una decisión.

—No estoy en tu coche porque no tenga donde dormir... Estaba viviendo en la cochera hasta anoche que busqué por Internet una casa en un barrio más o menos barato. Pretendía venir a verte a primera hora, pero me lie bebiendo y... Aquí me tienes, medio *amotetao*, medio *ajumao*.¹ Pensé que sería más rápido colarme y tendría antes tu atención que esperando en el mostrador de Nick a que decidieras recibirme. Quería pedirte un favor sobre eso de avanzar.

—Claro. Dime.

—Necesito que llesves mi divorcio —anunció mirándolo muy serio—. No quiero a ningún tío que no conozca metiendo sus manos codiciosas en mi relación, o en lo que queda de ella. Quiero un divorcio amistoso en el que el abogado nos conozca a los dos.

Eso era exactamente en lo que Marc estaba pensando y con lo que llevaba soñando desde su boda. Léase con ironía.

—Jesse, esa parte del Derecho no es lo mío. Lo sabes.

1 *Amotetao*, triste. *Ajumao*, borracho. Es jerga puertorriqueña.

—Me he enterado de que estás llevando el que probablemente sea el divorcio más escandaloso, difícil y mediático de todos los tiempos. Si puedes con eso, podrás hacerte cargo de nuestra separación, que no tiene ninguna complejidad.

—¿Seguro que no la tendrá? —inquirió Marc, arqueando una ceja.

Intercambió una mirada con Yasin a través del espejo, que le devolvió el gesto. «No se lo cree ni él», pareció decir. «Armará una escena en cada reunión y se pondrá a llorar, a agarrarla de las piernas y a anunciar que será su esclavo».

Marc asintió, dando fe.

—No. Ya me estoy concienciando. Por favor. Necesito que lo llesves tú. Conoces las leyes mejor que nadie...

—Y se las salta mejor que nadie —apostilló Yasin sin apartar los ojos de la carretera. Aprovechó que entraba en la caravana del centro para guiñarle un ojo a Marc, quien rodó los suyos.

Ladeó la cabeza hacia Jesse.

—Puedo conseguirte un mediador mucho mejor —propuso lleno de ideas—, más experimentado, y lo bastante cercano para que ni te des cuenta de que le estás pagando. Hace que parezca que lo hace por gusto, pero sin perder la profesionalidad.

Para ser fieles a la verdad, no estaba mintiendo al dar su opinión de Aiko Sandoval. Como siempre, se reservaba información, como que justo por eso debía destruirla o que le encantaría ponerla en posición horizontal, pero eso eran sutilezas que no cabían en el asunto. Obviamente, tampoco la alababa porque sí. Era un movimiento estratégico disfrazado de moralidad.

Si tenía a Jesse cerca de Aiko, un tipo muy simpático, amistoso, y encima con un graduado en Psicología que le servía mucho más de lo que él imaginaba —comprender y conocer a fondo a los demás—, averiguaría sus puntos débiles sin esfuerzo. Jesse era incapaz de mantener una relación profesional con alguien, al menos estricta. Acabaría yéndose por las ramas y engaliando a Sandoval para que fuese su mejor amiga, su compañera de aventuras, su aliada del póker... En fin, su estrategia servía para poco más que infiltrar a alguien en su vida... y encima ayudaría a Jesse. Dos pájaros de un tiro.

Qué manipulador y desgraciado era. A veces se encontraba especialmente repulsivo, pero ese desprecio hacia sí mismo solía quedar eclipsado por los maravillosos resultados. Bendito fuera Maquiavelo por trazar *El Príncipe* y darle en quien fundamentar sus políticas agresivas a favor de la conservación del poder.

Jesse vaciló.

—Puedes presentármelo, pero en cualquier caso te preferiré a ti. —Apoyó la cabeza en el respaldo y suspiró—. Sabes que yo nunca pido favores. Solo este, Marc. Apenas hay que repartir bienes, firmamos la separación porque soy un despilfarrador, y no tenemos hijos... Solo es cuestión de negociar la custodia del perro. Y si me quiere poner una orden de alejamiento —añadió.

Marc se envaró.

—¿Cómo que una orden de alejamiento? ¿Qué has hecho ya?

—Nada... Solo fui a verla anoche, y no le hizo mucha ilusión.

Marc suspiró. Bueno, en la mayoría de divorcios se necesitaban dos abogados, uno que representara a cada uno de los implicados. Podría colaborar con Tori si tanto le preocupaba.

Al final tendría que echarle ese cable que pedía, y no porque tuviese tiempo de sobra para encargarse de otro caso, sino por puro aprecio. Aunque los Miranda fueran tres hermanos en total, y tres mujeres distintas hubiesen llevado el apellido, Jesse era el único pariente al que sentía de su familia, además de Camila, que fue como su madre adoptiva. La primera esposa del «gran» Miranda falleció sin que la conociera y la suya también había muerto. De los otros, su hermano mayor y su padre, prefería no comentar nada. Era muy temprano para que lo ingresaran por obstrucción arterial, y tenía demasiados enemigos para darles el gusto de morir joven.

—Como tu asesor, te pido, por favor, que no vuelvas a hacer eso. Si te pide espacio dáselo, se lo merece. Además de que si no se lo concedes... Es abogada: no le costará enumerarte las faltas penables del Código para recordarte lo mal parado que puedes salir si te pasas de la raya.

En cuanto Jesse asumió, entre tanta amenaza, que Marc iba a colaborar, esbozó una enorme sonrisa de alegría y se echó a sus brazos.

Marc toleró como pudo su muestra de contacto físico, y lo que era peor... Su insoportable olor corporal. Estaba claro por qué Victoria no le había dejado cruzar las puertas de su casa. Los pesticidas no eran muy baratos y habría necesitado a todo un equipo de rescate para respirar en su compañía.

—No estás muy ocupado, ¿verdad? Puedes permitirte perder el tiempo con tu hermano.

Marc hizo un esquema mental de su programación por el próximo mes. Se acercaba una de las épocas de mayor inversión en las empresas que asesoraba, además de que uno de sus clientes más importantes se había metido en un problema legal gordo; si a eso se le sumaba la historia de los Campbell, todo lo que debía averiguar de Sandoval para quitarla del medio, los numerosos casos que Jesse había dejado colgados y le tocó cubrir a él, más el hecho de que iba siendo hora de buscarse un adjunto, pasando por decenas de entrevistas personales a repeinados de universidades de renombre... Podía permitirse dormir tres horas al día, y ahí estaba siendo generoso.

—No, apenas tengo unas pocas cosas que hacer. —No le pasó desapercibida la ceja arqueada de Yasin, que se sabía su horario mejor que él—. Tú, en cambio... Si quieres que sea tu abogado, vas a tener que encargarte de unas cuantas cosas.

Jesse cambió de postura y lo miró con ilusión, como si le hubiese prometido el último número de la revista *Playboy* en lugar de un asesoramiento legal. Sí, a su hermano le iba el entretenimiento para adultos.

—Soy todo oídos.

—Mientras encuentras un apartamento, te voy a dejar las llaves de la casa de mi madre. —Sacó del bolsillo el manajo, y sacó una que tenía marcada con un tinte azul. Se la puso en la mano—. Hace mucho tiempo que está cerrada, así que tendrás que airearla un poco abriendo ventanas y limpiando en general. Pero puedes usar la ducha... *Vas a usar la ducha* —corrigió—, y vas a trasladar tus cosas allí mientras se firma el divorcio. Y con «trasladar tus cosas» no me refiero a que metas el alcohol en la despensa del piso. Como me pase por allí y vea algo que no sea agua o zumo, te vas a enterar de por qué me llaman demonio.

—De acuerdo, nada de alcohol en la despensa... Lo meteré en el frigorífico —acordó, sonriendo. De repente, como si hubiera pulsado

un botón, ese gesto divertido se deshizo—. Espera, espera, espera... ¿Has dicho «la casa de mi madre»? ¿Quieres meterme en serio en el apartamento de *tu madre*? ¿*Tu madre*?

Que lo repitiera tantas veces estuvo a punto de sacarle de quicio. A Marc se le daba muy bien tener paciencia de puertas para fuera, pero por dentro se removían toda clase de instintos agresivos cuando pronunciaban alguna de las palabras prohibidas de su lista. Esa en la que Jesse no dejaba de hacer hincapié era una de ellas.

Lo miró con una mezcla de amenaza e indiferencia.

—Sí, la casa de mi madre. ¿Tienes algún problema con eso?

—*No, no, no, no*, todo lo contrario, solo... Me sorprende. No es nada malo, eh, te lo juro. No es que me dé miedo, o vergüenza, ni nada por el estilo. Me da respeto.

—¿Se te ocurre algún sitio mejor mientras ahorras para afrontar un alquiler?

—Pues... Podría vivir contigo.

—No. —Lo que le faltaba: sacrificar sus escasos momentos de relación y silencio, o peor... Su orden y concierto—. Sabes que ni me gusta ni puedo vivir con gente. Si lo dices porque necesitas compañía, yo no te la podría ofrecer. Casi nunca estoy allí. Llama a Wentworth, si no.

—Ah, no, nada de eso. Tengo una reputación. No voy a permitir que mi mejor amigo descubra que estoy tan sensible.

Marc no insistió, de acuerdo con que no molestara a Went. Era un amigo que tenían en común, y si bien Jesse insistía en que era su amistad preferida, había muchas cosas que se le escapaban respecto a sus sentimientos y de las que, Marc, en cambio, estaba al tanto. No convendría que Jesse revoloteara en pleno divorcio alrededor del hombre que aún soñaba con su exmujer. Si no fueran los dos muy hijos de su madre, uno un infantil y otro un mentiroso compulsivo, Marc les propondría levantar un club de superación a las diosas de ébano como Victoria Palermo. Pero en torno a aquella historia giraba tal secretismo que prefería no intervenir, aunque ya estuviera manchado hasta las cejas. Ni sabía cómo lo hizo para acabar metido por lealtad en semejante lío de rabos.

—Pero el piso de tu madre... —seguía negando Jesse—. No se siente correcto.

Marc se volvió a tensar. Le dirigió una mirada ya sin filtros, cargada de resentimiento. Raras veces se ponía a la defensiva, e incluso cuando lo hacía era poco apreciable, pero sus insinuaciones eran peores que un rodillazo en los huevos.

Y no se pasaba con la comparación.

—Mira, si lo dices porque...

—No, claro que no lo digo por eso —cortó enseguida, agobiado—, sino porque quizás no sería conveniente que estuviera en un sitio lleno de tantos recuerdos para ti... Sobre todo cuando con esto del divorcio nos veremos más y tal vez tengas que pasarte por allí.

Marc sonrió sin sentirlo.

—No soy ningún nostálgico. Te aseguro que no me pondré a llorar porque vea unos cuantos retratos.

—Lo que me preocupa es justamente que no llores. Deberías llorar alguna vez, Piolín. —*Joder, Piolín*. Tenía que sacar a colación el apodo que le puso Camila para despejar el ambiente—. Seguro que te sienta bien.

—No tan bien como te sentará a ti redescubrir el jabón. Apesta, Jesse.

El hermano frunció el ceño como si no supiera a qué se refería. La mayoría de las veces, su actitud era solo desesperante, pero otras resultaba cómica la visión tan distorsionada que tenía de las cosas. ¿Cómo diablos podía ser psicólogo y a la vez, tan poco consciente de sí mismo? En su defensa diría que, siempre que prestara atención, se percataba del estado de ánimo de los demás. Por eso era un excelente hermano.

—Yasin, para aquí. —Le hizo un gesto al cochero—. Hay que coger el desvío para ir al apartamento y prefiero que dejes a este tipo allí. Yo puedo buscarme la vida. ¿Recuerdas la dirección?

Yasin se detuvo en un semáforo en rojo y se giró para decir:

—¿Está seguro de que quieres que lleve allí a tu hermano, jefe? Ese lugar contiene reliquias y podría romper algo. Es meter a un elefante en una cristalería.

—Hay que darle un voto de confianza —terció Marc, abriendo la puerta del coche—. Llamaré esta noche al fijo de la casa para asegurarme de que estás allí y no bebiendo.

Jesse hizo un saludo militar, ya de mejor humor.

En cuanto salió, se incorporó al cruce peatonal, respirando hondo: respirando todo lo que no lo había hecho en el Mercedes, y no solo para no morir intoxicado. En realidad, no le hacía ninguna gracia meter a Jesse en casa de su madre.

Pasó entre la fila de coches para alcanzar el taxi que creyó ocupado. Agarró el asa de una puerta trasera al azar y se asomó sin ninguna educación. Tenía prisa por llegar el primero al bufete, antes que Sandoval y los clientes. Se llevó una muy grata sorpresa al reconocer los ojos rasgados que le recibieron.

—No estoy interesada en pañuelos de papel, paraguas o el que sea producto de su venta ambulante —sonrió ella, en lugar de saludar—. Pero gracias, señor.

Marc necesitó unos segundos para comprender el motivo de esa intervención. Así que esa era su «venganza» ante el numerito del primer día, cuando fingió haberla confundido.

Le costaba comprender cómo mordió el anzuelo con tanta facilidad. Su cuerpo hizo manifiesto de una forma muy desagradable que se acordaba de ella. De todos modos, Marc no lo hizo para molestarla, sino para bajarle unos humos que dio por hecho que tenía subidos.

No sería para menos. Le sobraban virtudes para creerse la reina de Saba, y talento para aplastarle con un dedo. Era una abogada demasiado joven para ser tan prolífera, demasiado inteligente para desgracia de algunos, y demasiado *sexy* para lo que le convenía a su concentración. Antes de permitir que le causara déficit de atención debía dejar en claro que ella bien podía ser el jodido Saúl Goodman que no le iba a lamer el culo.

O sí. La verdad es que la idea se presentaba de lo más tentadora. ¿Y qué pasa? A los abogados también les gustaban las series de abogados. *Better call Saul* era buenísima.

En fin. Ya se vería. Haría lo que requiriese el guion y, tal vez, los instintos.

—¿Tampoco está interesada en compañía? —preguntó, entrando y acomodándose a su izquierda.

—¿Lo está preguntando o lo afirma? —preguntó ella a su vez, manteniendo la sutil sonrisa cortés—. No necesitaba otra compañía. Rhett me estaba contando la experiencia del cumpleaños de su hija menor.

Marc dirigió su mirada y ceja arqueada al tal Rhett, que supuso que sería el propio taxista. Este asintió, complacido porque alguien le sacara conversación.

—Donde caben dos, caben tres. ¿No es eso lo que dicen? —contrató, mirándola fijamente—. ¿O no se ve capaz de complacer a dos hombres a la vez?

La reacción que ocasionó en ella fue tan deliciosa que la sonrisa que mantenía por aburrimiento le caló hondo. Se había ruborizado, al tanto del segundo sentido. Curioso que sus provocaciones la afectaran, cuando podía imaginarla pisando testículos con sus tacones. En cualquier caso, había ganado, porque ella se corrió a un lado —y esta vez sin connotaciones, por desgracia— con una mueca de consternación.

—A fin de cuentas, vamos al mismo sitio. —Le echó un vistazo de reojo—. Póngase el cinturón.

Marc no la escuchó. Se quedó prendado de la curvatura de sus pestañas maquilladas, de sus firmes labios pintados de rojo oscuro. Era una mujer peligrosa. Marc sabía distinguirlos, y de hecho los dividía en tres grupos. Las feas con encanto, las bellezas que la perdían con su soberbia y las que no se daban cuenta de su exuberancia. Aiko Sandoval o era demasiado humilde para actuar acorde con su aspecto físico, o es que fingía de maravilla sentirse impresionada por él, y Marc abogaría por lo segundo, aunque aún no supiera cuáles eran sus propósitos. Es decir... Marc era un tipo que impresionaba, pero en general, las mujeres llamativas no se comportaban como vírgenes en su presencia. Y no es que Aiko fuese muy vergonzosa o inocente. Más bien parecía introversa.

—¿Me ha oído? Póngase el cinturón —repitió. Marc frunció el ceño.

—¿Disculpa?

Aiko presionó los labios, entre irritada y agobiada, y le rodeó con un brazo para tirar del cinturón. Él observó cómo su impulso pasaba

de ser dudoso a muy decidido. Eso la acercó más, cautivando un nuevo sentido: el del olfato. No llevaba perfume, pero usaba un champú delicado con efecto relajante.

—Lo siento. Me pone muy nerviosa que no se tomen las medidas de seguridad.

—No aumentaría mi esperanza de vida tener un accidente en plena ciudad, aun llevando el cinturón puesto. Generalmente solo sirve para autovía.

—Lo dudo bastante. Mi prima tuvo uno muy difícil en pleno centro, y por no haber tomado medidas sufrió severas consecuencias.

Marc parpadeó una sola vez.

—Lo lamento.

—Espero que lamente que siga vivita y coleando, a veces puede resultar insoportable. —Soltó una risilla y volvió a su sitio tras haberse abrochado, como una madre preocupada—. Está sentado en el medio. Sin el cinturón saldría volando de un frenazo.

—Tendría una muerte rápida y sin dolor.

—Y yo sobreviviría para ver sus sesos en el parabrisas... No, gracias.

—Entonces solo velaba por su bienestar, no por mi seguridad.

—Usted ya tiene suficiente seguridad llevándola en sí mismo para que alguien vaya a preocuparse por ella.

Marc sonrió escueto.

—¿Eso la incomoda? —Aiko ladeó la cabeza en su dirección—. ¿Mi aplastante confianza la violenta de alguna forma?

—¿He dado muestra de ello en algún momento?

—¿Lo pregunta porque teme no haber sido lo bastante buena ocultando cómo se siente respecto a mí?

Ella se miró las puntas de los zapatos.

—Lo que yo decía, señor Miranda... Podría quitarse el cinturón ahora mismo, estrellarse contra el cristal de un simple frenazo, y salir con vida solo por su seguridad. Pero si quiere una respuesta, no tengo problema en darla. —Lo miró a los ojos—. He oído hablar sobre usted. Su nombre es el preferido en mi firma. Muchos le tienen como un reto personal. Quieren ser los que le derroten en los juzgados.

—¿Qué conclusiones ha extraído de mi popularidad?

—Intento no dejarme llevar por lo que se dice, sobre todo cuando los comentarios no son muy agradables. Aunque dudo que le importe lo que piensen de usted, ¿me equivoco?

Marc desvió la vista de sus ojos al punto del cuello que Sandoval se tocó con los dedos.

—Depende de la persona de la que hablemos. Me importa si figura en mi agenda, si me paga, si es una mujer bonita... Hay múltiples excepciones. Pero no, en general, no me preocupa.

—En ese caso podré seguir siendo sincera. He oído todo tipo de opiniones sobre usted, y ni las creo ni las desmiento, porque son solo eso, opiniones. No soy una persona juiciosa, señor Miranda. Creo que mi trabajo no me lo permite, y soy de las que se lo lleva a casa.

Marc se humedeció los labios, entretenido con su postura profesional, y cómo intentaba que sus hombros no se rozasen. Él distinguía la incomodidad nacida del desprecio y la que tenía su origen en el deseo, y le complacía saber que ella estaba en sintonía con sus pensamientos morbosos.

—Así que se lleva el trabajo a casa. ¿Y a quién se va a llevar cuando culmine el caso de los Campbell? ¿A su cliente o a mí?

Ella giró la cara hacia el espejo para ocultar el esperado rubor violento.

—No se preocupe, yo soy de los que evitan por todos los medios meter sus asuntos laborales en la cama. Claro que, si me invitan, dudo que lo rechazara. Ante todo, me considero educado y agradecido... tirando para aprovechado.

—¿Qué insinúa? —Lo miró por el rabillo del ojo—. ¿Mezcla el trabajo con el placer?

—El trabajo me produce placer, y no hay nada más placentero que trabajarse a una mujer. Son conceptos que no deberían ir separados.

—De ser así, espero de todo corazón que aguarde a la resolución del divorcio para trabajar con la señora Campbell en casa, o podría utilizarlo a favor de mi cliente.

—Oh, creo que todos hemos tenido nuestras fantasías con personajes mayores, pero no es mi tipo.

—¿Y cuál es?

—Últimamente me vuelven loco las asiáticas.

—Si está ligando conmigo, sepa que no soy asiática, solo tengo los ojos rasgados. Nací en Barcelona y estoy empadronada en Miami; tengo la doble nacionalidad española y americana. Pero mejor olvídalo, esta conversación es inapropiada. Ni siquiera sé cómo hemos pasado del cinturón a esto —añadió en voz baja.

Marc tiró del cinturón hacia delante, satisfecho con los resultados iniciales. Era muy probable que estuviese fingiendo ser la jovencita impresionable. Si había oído lo que decían de él, y le constaba que su reputación en Leighton Abogados no era tan buena como entre sus clientes, estaría al tanto de lo que era capaz de hacer para salirse con la suya. La imaginaba poniendo su linda cabecita a trabajar para manipularlo de la misma forma. O peor. La vida le había dado muchas y claves lecciones, y una de ellas era que no debía subestimar el poder de una mujer que supiera fingir una sonrisa sincera.

Pero no solo era la sonrisa, sino todo. Por lo que observó en el prólogo de su relación, aquel día en el que coincidieron por casualidad, ella era una de esas mujeres sencillas y crédulas que podían encontrarse en el metro, escondidas tras un libro, con la cabeza hundida en el pecho dando una cabezadita, o mirando la ventanilla con aire nostálgico. Pero quizá incluso entonces, al encontrar sus ojos a través del cristal, hubiese sabido que se trataba de Marc Miranda, y hubiera actuado en consecuencia. Los buenos abogados no tenían corazón. Eran manipuladores, retorcidos, y sabían meterse en la mente del enemigo. Si ella era la mejor, era porque sabía portarse mal y que no lo pareciese. Estaba seguro.

Entonces, ¿por qué parecía tan real su necesidad de salir del taxi, respirar aire limpio y alejarse un poco de él? ¿Pretendía convencerlo de que era un pobre animalito y luego despedazarlo?

Esa era otra lección que había aprendido muy joven. Por muy generoso que se presentara un individuo, no era tan bueno. No era tan dócil. No era tan altruista. Nadie lo era. Una mujer que cobraba cientos de dólares la hora y prácticamente invicta en sus casos específicos, menos aún.

No hablaron más durante el trayecto. Escuchó cómo se interesaba por la vida del conductor, quedándose con sus expresiones. A ella no pareció incomodarle demasiado su observación directa. Una vez aparcado, aprovechó que ella se entretenía cuando se despedía del caballero, Marc rodeó el vehículo y abrió la puerta.

Aiko lo sorprendió con una bonita y honesta sonrisa de agradecimiento.

Esa también debía ser mentira.

—*Ladies first.*

Ella contuvo una sonrisa.

—Pensaba que los hombres que sujetaban la puerta no existían —comentó con naturalidad, como si hubiera borrado sus insinuaciones de unos minutos antes.

—Lo explica todo. Hay quien todavía no se cree que Marc Miranda sea una persona de carne y hueso.

—¿Lo es? —le provocó, echando a andar.

Marc la siguió sin detenerse a pensar que parecía un borrego.

—Es una persona, pero de cuero y acero.

—¿Ahora debería imaginármelo con pantalones de cuero?

—Puede imaginarme con lo que quiera, o sin ello.

No le vio la cara al responder, pero sí apretó el paso.

En la entrada solo había un guardia pidiendo acreditaciones. A las seis y media de la mañana no había nadie por allí, salvo los propietarios que se tomaban su tiempo para abrir y desayunar. Por eso le gustaba llegar antes —siempre y cuando nadie le estuviera esperando—, aparte de porque le sobraban unos cuantos minutos que le gustaba invertir en planificaciones a corto plazo, un par de sorbos nerviosos al café y varias bromas con su secretaria. Y ahora porque así podía supervisar a Aiko Sandoval, quien de pie y esperando al ascensor, ofrecía una visión mucho más detallada de lo que llevaba puesto: una camisa de manga corta y con chorreras, del tipo camarera, y una falda plisada por la rodilla.

Muy poca carne expuesta.

—¿Qué vamos a hacer hasta que lleguen los Campbell? —preguntó ella, mirando el reloj de pulsera. Marc prestó especial interés a su diseño. Horror. Era uno de los Casio de falso oro que podían encontrarse por veinte dólares en rebajas—. Queda media hora para eso, y no me gustaría tratar el asunto sin ellos delante. El señor Campbell fue muy específico al pedirme que no hablara con usted.

Aquello captó la atención de Marc, que entró en el ascensor con un alto porcentaje de tensión bien camuflada.

—Ajá. Veo que no se fía de mí.

—¿Hace mal? —preguntó abiertamente.

—¿Usted qué cree?

—Creo que el señor Campbell sí cree a pie juntillas todo lo relacionado con su reputación.

«Estaría un poco feo que no estuviera al tanto de mi reputación, cuando fue el que hizo que me la crease, cariño». En el fondo le alegraba saber que Campbell era lo bastante prudente para no solo creer lo que se decía de sus métodos, sino temerlos. Eso podía significar que no le había olvidado. Ni a él, ni lo que le hizo.

—Entiendo. —Apoyó el hombro en la pared, metiendo la mano que le temblaba en el bolsillo con total normalidad. Ladeó la cabeza hacia ella, pero miró al suelo al decir—: ¿Cómo quiere que matemos las horas? Se me ocurren muchas formas, todo depende de si le gustaría hacerlo inolvidable.

Sandoval pulsó el botón correspondiente a *Miranda & Moore SLP*. Por la fragilidad de sus hombros, rígidos hasta que los suavizó de un suspiro, confirmó lo que causaba en ella. Nada bueno para su deseo de mantener la profesionalidad, y algo excelente para el de llevarla a su terreno.

—¿Procura que todo lo que dice tenga un segundo sentido, o le sale natural?

—¿Ha oído el dicho de que «uno ve lo que quiere ver»? Es su mente la que le juega malas pasadas asimilando otros significados, yo soy inocente.

Se cruzó de brazos y apoyó la espalda en la pared contraria, distanciándose de él todo lo posible.

—Oh, ¿de veras?

—Yo no le doy segundos sentidos. Doy hasta cuartos o quintos, solo que procuro que el otro no se dé cuenta.

—Entonces está manteniendo unas tres o cuatro conversaciones muy aburridas, porque no le pueden contestar a esas interpretaciones.

—No importa, las mantengo conmigo mismo.

—Si así es como se divierte, me alegra saber que no se sentirá solo ni desgraciado en una isla desierta.

—Me sentiría solo y desgraciado porque habría otras necesidades que no podría mantener al nivel que me gustan.

Aiko torció la boca.

—¿Ve? Ahí está otra vez...

El ascensor, que hasta el momento había estado subiendo en silencio, se detuvo de golpe. Un brusco zarandeo precipitó a Aiko hacia delante. Se agarró a tiempo a la barandilla adherida al espejo, justo al lado de Marc. La luz blanca de los fluorescentes parpadeó tres veces antes de consumirse por unos segundos. Regresó justo cuando Aiko tragaba saliva y miraba hacia el tablero de plantas.

—¿Qué pasa? —murmuró, observando que los números ya no aparecían iluminados. Tocó uno al azar. No ocurrió nada—. ¿Se ha averiado?

Marc frunció el ceño, molesto por el contratiempo. Se acercó y echó un vistazo él mismo. Pulsó varias veces la campanita amarilla.

—Eso parece —adujo entre dientes.

De todos los días en los que podría haber pasado, tuvo que ocurrir *ese*, en el que iba a avanzar con el divorcio y la destrucción de Campbell. Si creyera en el destino o en alguna fuerza superior, o ya puestos, en Dios, se habría planteado que aquello fuese un escarmiento por sus malas intenciones. Pero aunque pudiera tenerlas, ni era la primera vez, ni esta vez iba a arremeter contra alguien inocente. Campbell se merecía pasar por un infierno.

Una risilla nerviosa y melódica despejó sus pensamientos. Marc miró unos centímetros más abajo, encontrando la sonrisa calma de Aiko.

—¿Qué te hace gracia?

Ella lo miró como si le avergonzara lo que estaba pensando. No debía darle demasiado corte, porque lo soltó igualmente.

—Desde que me he despertado no han parado de suceder cosas que he leído en mis novelas románticas preferidas. Parece que estoy en un recopilatorio de los peores tópicos. El hombre que entra en mi taxi por accidente: *Calle Dublín*. El hombre que me sujeta la puerta: el «*ladies first*» de Hugo, de la trilogía *Mi elección*. Y ahora el ascensor... *Pídeme lo que quieras*, *Cincuenta sombras de Grey*, y quién sabe cuántos más.

Marc la vio tumbada en la cama mientras sostenía alguna de esas novelas eróticas y leyéndolas con las mejillas coloradas.

—Me ha dejado mudo con su audacia.

—¿Qué audacia?

—Confesarle sin más a un depredador sexual que se duerme leyendo porno cuando acaba de quedarse encerrada en un ascensor con él... Denota, cuanto menos, muy poca perspicacia. A no ser que pretenda que le ponga las manos encima.

Fue visible el desconcierto y el rubor en el rostro de la mujer, que se mordió los labios.

—No es porno, es literatura erótica. Y no me amenace. Solo por eso podría ir a prisión entre tres y doce meses o pagar una cuantiosa multa, eso sin contar lo que se le ocurriese hacer con las manos, en cuyo caso hablaríamos de otros delitos.

«Qué friki», pensó, divertido.

—¿Amenazar, dices? ¿Te parece un anticipo de daño pensar en mí recreando tus escenas de novela?

—Dudo que fueran tan agradables como en ellas —confesó. Marc se llevó una mano al pecho y recreó una expresión ofendida que la hizo suavizar el gesto—. En una de las que le he mencionado ni siquiera sucede nada pornográfico.

—Pensaba que hablábamos de erótica.

Ella lo miró con impaciencia y la cara como un tomate. Casi soltó una carcajada al verla así. *Casi*.

—Si no lees ese tipo de novela para alimentar tus esperanzas de que algún día te pasen a ti, ¿con qué objetivo lo haces? No pretendo ser soez, pero la otra opción que se me ocurre es que lo hagas porque estás llena de prejuicios hacia el porno y prefieres algo más femenino para excitarte.

Nunca había disfrutado tanto incomodando a alguien. Se sentía un auténtico matón de instituto, con las grandes diferencias de que nunca fue esa clase de persona, y que ella sabía responderle de forma tajante.

—Me gustan las historias de amor, sin más.

—Curioso cuando se encarga de liquidar divorcios.

—Por eso leo, para no perder la esperanza.

—¿En serio? ¿Cree que en los libros encontrará el amor verdadero? Entonces supongo que, siendo *El retrato de Dorian Gray* mi novela preferida, gracias a él creeré en la inmortalidad de la belleza. Desde mi punto de vista, debería dejar de alimentar sus expectativas con hombres de novela y bajar el listón. No va a encontrar a nadie como sugieren sus libros, y lo digo sin haberlos leído.

—¿Y cómo explica sus equivalencias con el prototípico héroe masculino al que recurren todas las autoras?

Marc sonrió, ladino. Apoyó la mano en la pared, a un lado de su cabeza.

—¿Está diciendo que soy el hombre de sus sueños? —Le dio unos segundos para responder, pero no pudo. Se quedó con la boca abierta—. No se preocupe, no hay nada de lo que avergonzarse. Llevo desde el estreno de *Los ángeles de Charlie* soñando con Lucy Liu, y me recuerda un poco a ella. Podría decirse que usted también tiene papeletas para atormentarme mientras duermo.

Aiko se rio sutilmente, aunque se percibía un deje nervioso de fondo, como si estuviera luchando contra algo más fuerte que ella. Podía hacerse una idea de qué era. No pretendía caer a sus pies por hacer el papel de inocente y, sin embargo, le estaba costando. Buenas noticias.

—Será mejor que no coquettee conmigo. No va a conseguir nada. Hace solo unos días me prometí a mí misma que no saldría con nadie.

—No estaría saliendo, ni con nadie ni de ninguna parte. Todo lo que haya aparecido en sus novelas puede suceder aquí y ahora.

—Oh, ¿sí? ¿Lleva en sus bolsillos todo lo que necesita?

Marc levantó las cejas y procedió a hacer una demostración. Metió las manos allí y hurgó, sacó las llaves de casa, la cartera, un envoltorio de caramelo de menta, el *ticket* de una apresurada compra en Walmart y, del interior de la chaqueta, un preservativo sin estrenar.

—Esto es lo que soy. —Y lo dejó todo en el suelo, a sus pies. Aiko lo observó con una sonrisa tranquila.

—Así que lleva condones a trabajar.

—Nunca se sabe con quién te vas a cruzar. No hace mucho acudí a una importante reunión con el gerente de una firma, y choqué por casualidad con una mujer que me dejó trastornado. Aprendí la lección entonces de llevarlo siempre encima.

—¿Y qué pasará si se le olvida? ¿Se contendrá?

—No me quedará otro remedio que dejarla embarazada. —Ella soltó una carcajada—. No irá a decirme que usted no va bien equipada. Es imposible que en un bolso de ese tamaño no lleve kit de emergencias.

—¿Quiere que haga un *unboxing*? Le sorprendería lo que puede haber aquí dentro.

Aiko se sentó junto a su montón de pertenencias, cruzó las piernas, procurando que la falda lo ocultara todo, y abrió el bolso. Sacó un monedero estampado, otro más pequeño azul, una cartera sin cremalleras y otra que parecía difícil de abrir; un empaque de pañuelos de papel con olor a miel, dos tampones de distinto tamaño, tres anillos, dos blocs de notas, alrededor de seis o siete tiras de papel adhesivo con pegatinas de colores y formas variadas, una especie de medallón, una novela tamaño bolsillo con una portada escueta, bálsamo perfumado para los labios, dos barras de labios, adhesivos para las ampollas, un bote pequeño de agua oxigenada, un disco compacto con garabatos escritos a mano, una flor de tela azul... Marc estiró la mano hacia el envoltorio tamaño preservativo que encontró con aire conspirador, pero al mirarlo de cerca se dio cuenta de que era un...

—¿Sobre de té? —preguntó, perplejo.

—Nunca se sabe —repitió ella, coqueta. A Marc no le quedó más remedio que ceder a una sola y lacónica risotada.

—No sé por dónde empezar a preguntar. ¿Por qué cuatro monederos?

—En el azul tengo las monedas pequeñas: uno, cinco y diez centavos. Con eso ahorro para la lotería. En el que se cierra con broche, veinticinco y cincuenta centavos. Es el que utilizo para desayunar. En el siguiente guardo billetes de uno y cinco dólares, que es el que utilizo para la compra, porque salgo a diario a Walmart a conseguir lo que vaya a comer en el día, y nunca gasto más de diez. Y el último es el que merecería la pena robar: los de veinte, cincuenta y cien. Uso el viejo y ligero para guardar los billetes de valor superior por pura psicología. Me han atracado varias veces y nunca se han llevado ese. Ah, y en otro tengo los euros. Viajo mucho a España y no me gusta mezclar las monedas.

«Y yo que pensaba que era organizado».

—¿Qué hay de la flor?

—Un regalo de mi abuelo paterno, que es andaluz. Se la ponen las bailarinas en el pelo. Y las que no lo son, también, pero durante las ferias. Es como un talismán que atrae la buena suerte, igual que el medallón. Lo gané al único deporte que he practicado en mi vida: voleibol.

—¿El disco compacto?

—Mi prima graba discos. Sí, sé que está muy desfasado, pero ella insiste en hacerlo. Mete canciones que le recuerdan a mí, o que sabe que me gustarán y aún no conozco. Y les pone títulos originales. —Apuntó con el dedo el garabato—. *I don't need a man, but where is he?*² Piensa que me representa.

—¿Y qué me dices de las pegatinas?

—Cuando era pequeña tenía problemas de aprendizaje. Lo único que nunca me costó fueron los colores, así que nada más empezar a estudiar establecí un método de asociación. Tardo horas en estudiarme unos apuntes, a no ser que estén subrayados con muchos colores o llenos de pegatinas también llamativas, en cuyo caso me toma minutos.

2 No necesito un hombre, pero ¿dónde está?

Marc asintió. Muy buena información. No parecía tener problemas para hablar de sí misma, de sus dificultades, de sus virtudes y defectos. Eso era un punto a su favor; tanto al de Sandoval como al suyo, que no tendría que andarse con cuidado a la hora de interrogarla. El problema que veía era que de todas esas historietas no podría sacar nada sórdido. Pero por el momento no importaba, porque curiosamente le interesaba lo que acumulaba en su bolso.

Cogió el libro que estaba leyendo y lo abrió por una página al azar.

—«De repente, mi pecho se vio aplastado contra una pesada puerta de cristal, mientras el cuerpo duro y fuerte de John dominaba el mío. La mano que tenía sobre mi cintura se deslizó hacia abajo y hurgó entre mi pantalón, en busca de las curvas de mi trasero expuesto bajo el tanga».

Aiko tardó en reaccionar, pero en cuanto se dio cuenta de que leía la novela, se puso en pie de un salto e intentó quitarle el libro de la mano. No fue más rápida que Marc, quien alardeó de sus reflejos mientras retrocedía y ponía el tomo en alto.

—«Atrajo mi cadera hacia la suya con actitud dominante, haciéndome sentir su excitación. Mi vagina se estremeció de deseo, dolorosamente vacía...». Dolorosamente vacía —repitió, levantando las cejas—. Esto es muy explícito, señorita Sandoval. ¿Es lo que le gusta llevar a una reunión importante?

—Habló el señor de los condones «por si acaso» —refunfuñó con los brazos en jarras—. Deme el libro.

—¿Por qué? Ni que lo hubiera escrito usted. Es de dominio público, todos tenemos derecho a disfrutar de la prosa de... Uma Howland. Vaya, ¿esta es ella? Refuerza mi teoría de que las escritoras de esta clase de novelas tienen como norma no ser atractivas. Por supuesto, es una opinión personal, y no es como si tuviera que ser un requerimiento, pero resulta sorprendente que las mejores tengan cara de no haberse acostado con nadie en su...

—¡Deme el libro!

—«Abandoné toda resistencia...» Justo lo que debería hacer usted —señaló él, malicioso—. «Dejé caer los brazos, rendida, y apreté las palmas de las manos contra el cristal. Sentí la vulnerable rigidez que

se emanaba de su cuerpo a medida que yo me entregaba, y cómo la presión de su boca se relajaba mientras sus besos se convertían en mimos apasionados». Si no me equivoco, la postura que describe es...

Avanzó llevándose a una muda Aiko por delante, que lo miraba con los ojos tan abiertos que parecía un muñeco *manga*. Marc supo que no hacía nada que ella no quisiera al notar la laxitud de su cuerpo, cediendo a que la pusiera de espaldas a él, de cara al espejo. El aliento que exhaló, sorprendida al acople de su pecho, dibujó una nube de vaho en el cristal que le impidió ver su cara por un instante.

Marc tomó su muñeca derecha y la apoyó sobre el este, tal y como decían aquellas líneas aleatorias. La sintió tensarse y destensarse al ritmo de una gloria sexual difusa. Quería estar ahí, porque cerraba los ojos y cedía a la caricia que él quiso darle a su cuello..., pero no debía. Y saber que ella lo prohibía de algún modo, que se lo quería negar, hizo que la intriga se transformase en un fuerte deseo de convencerla, hasta el punto que fuese quien lo buscara.

Acarició el lateral de su garganta con los labios. Inspiró hondo, seducido por las pocas gotas de perfume que allí habían dejado su rastro. Sí que llevaba colonia, al contrario de lo que pensó al principio, pero era tan imperceptible que solo quedaba a mano de los afortunados. Olía tan dulce, con un toque exótico también... La definía muy bien, a ella o a su máscara, aún estaba por ver.

—Marc... —musitó, entrecortada.

Él cerró los ojos para paladear su propio nombre. Cuánto lo odiaba, y qué poco lo había hecho las dos veces que ella lo había mencionado. Lo pronunciaba como si lo estuviera perdonando, alejándolo del significado que arrastraba de generaciones anteriores.

Dios, estaba excitado. Él, excitado, solo por poner a una mujer contra la pared y darle tres estúpidos besos en el cuello. Era tan ridículo que eso solo acrecentaba el poder de ella, y con esto, la necesidad de él de demostrar que no era para tanto. Fracasaba en cada orden que mandaba a su cerebro, suplicando un poco de coherencia.

—«Acarició su mejilla contra la mía, respirando fuerte y rápido sobre mi oreja» —siguió leyendo. Marc copió el gesto, contraponiendo la barba de dos días a su extrema suavidad. Inhaló profundamente al

acariciar el cartílago con la punta de su nariz—. «Sus dedos emigraron de mis bragas a mis pechos. La fricción de sus dedos lanzó una descarga de deseo al centro de mi cuerpo, derritiéndome...» ¿Estás preparada para derretirte?

Aiko jadeó y él se tomó la libertad de reproducir la escena, infiltrando unos dedos en el escote de la camisola veraniega. Su piel era tan suave, y ella tan dispuesta, que un golpe de deseo le dejó casi ciego.

—«¿Cómo iba a recuperarme nunca si seguía tocándome de esa forma? ¿Cómo iba a sobrevivir si se marchaba sin llenarme?»

Observó que sus dedos se encogían en un puño tembloroso y echaba la cabeza hacia atrás. Él aceptó esa sutil bienvenida, dejando caer el libro al suelo para apartar su melena con las dos manos. También suave. La conquista del tacto estaba hecha. Tuvo su gusto comprado al lamer superficialmente la línea de su mandíbula. La vista estuvo servida desde el principio, nada más verla, igual que el oído, al escucharla hablar. Estaba conquistado desde todos los puntos y era recíproco.

Y si bien debía considerarlo una rápida victoria, no lo vio de ese modo. Ella no se había rendido del todo, y aunque lo hubiese hecho... Sentía que debía comprender muchas cosas.

El ascensor dio una nueva sacudida. Aiko soltó un discreto grito de asombro, que él amortiguó abrazándola por detrás. Pronto notaron que se movía también a la vertical.

Marc echó un vistazo rápido a los botones encendidos. A la altura de la planta décima, se apartó de ella, metió sus cosas en el bolso y las suyas en los bolsillos. Todo con una rapidez sorprendente. Así, al abrirse las puertas, donde un grupo de técnicos esperaban preocupados, él pudo devolverle el Guess con gesto casi apático.

Aiko no se recuperó con esa facilidad. Se precipitó al exterior, temblorosa, murmurando que era tan tarde que los Campbell se habrían marchado. Marc no intentó detenerla, pero sí la siguió con la mirada hasta que salió de edificio.



Los libros nunca mienten

6

Marc echó un vistazo rápido y cansino a su reloj de pulsera, y luego devolvió los ojos al motivo de su tardanza. Había quedado hacía dos minutos y medio en la sala de reuniones para comenzar los preparativos del divorcio de su hermano. Dos minutos y medio que Verónica Duval llevaba riéndose en su cara.

Se limpió las lágrimas con los nudillos del índice y lo enfrentó con ojos brillantes. Aquella mujer sabía cómo armar un espectáculo, no en vano era su exagerada actriz secundaria cuando necesitaba que le validaran alguna mentira piadosa.

—¿Su amigo? ¿Tú, Marc Miranda, vas a ser amigo de una mujer?

Marc redujo su respuesta a un asentimiento seco. Entre que no se había despertado de buen humor aquel día, llevaba la corbata equivocada y debía presenciar cómo su hermano se deshacía en llanto, no se veía aguantando las carcajadas estridentes de Verónica por mucha razón de ser que hubiera encerrada en ellas. Él mismo lo admitía. Si generalmente se le daba mal hacer amigos, y los que tenía o estaban a su servicio, como Yasin, o los conocía por Jesse, como Wentworth, hacer buenas migas con mujeres ya era imposible. No porque las viese como pedazos de carne incapaces de aportar nada a su vida, sino porque sentía que para tratar con la mayoría de ellas por mucho tiempo había que poseer una sensibilidad especial y ser constante en el trato, y él no podía prometer ninguna de las dos cosas. Además de que, de ser posible prefería tirárselas.

De todos modos, y solo por llevar la contraria, se defendió del muy bien fundamentado ataque.

—No sé por qué te haces la sorprendida. Tú misma eres un ejemplo de amiga mía.

—Cariño, eso es porque te tomas muy a pecho tus códigos, y una de las reglas de los Miranda dice que te puedes follar a la mujer que te dé la gana... menos a una que se haya follado antes tu hermano.

Marc sonrió.

—Tú te acostaste con el hermano que no considero hermano, así que si no has caído en mi cama no es por códigos, sino porque eres pelirroja y no me apetece.

—¿Perdona? Si no he caído en tu cama es porque no me apetece a mí. ¿Qué te crees, que no podría convertirte en mi perro faldero si me diese la gana?

—Nena mía, no dudo que podrías convertir en un perro a cualquiera, pero los Miranda te dan miedo. No lo habrías intentado conmigo. Y, ¿qué hemos dicho de la palabra con efe en el trabajo? Hay que ser elegante, *My Fair Lady*¹.

—¿*My Fair Lady*, en serio? Ya ni te molestas en esconderte de tu labor social elitista hacia los marginados malhablados, o ya puestos, los feos obesos —añadió levantando las cejas—. ¿A qué ha venido esa elección de júniore? ¿Y cómo es que lo has ascendido a adjunto personal con una sola entrevista? No me digas que no es porque sientes el deseo de convertirlo en tu *miniyo*.

Marc contuvo una carcajada de incredulidad. ¿Convertir a alguien en él mismo? Desde luego sonaba a algo que le diría a cualquier inquieto y curioso que metiese las narices en sus elecciones, pero distaba mucho de ser la verdad. En Hugo había visto a un tipo auténtico, honesto y sin miedo a nada: era él quien pretendía empaparse de eso, no a la inversa. Necesitaba gente real en su vida, que no tuviese una segunda cara o intenciones ocultas.

—Tengo que recomponer el corazón de mi hermano y ya llego tarde, Nick. ¿Crees que podrías esperar a las doce para seguir pensando que quiero convertirme en un *role model*?

¹ *My Fair Lady*: película de Audrey Hepburn en la que encarna a una trabajadora corriente, que se transforma en una dama de alta sociedad gracias a un profesor de fonética.

—De acuerdo, de acuerdo, se nos ha desviado la conversación. —Levantó las palmas de las manos—. Solo dime a qué vino lo de la amistad repentina entre *miss* Japón y tú..., y qué vas a hacer ahora.

—Estaba todo calculado. Es una mujer que necesita confianza y sensibilidad para abrirse. Con mi amistad le demuestro que puedo ser su confesor y su compañero de crímenes, y en cuanto a lo otro... Un brote alérgico provocado, unos cuantos aspavientos fingiendo pánico, y ya estaba apiadándose de mi pobre alma mortal.

Una mentira tras otra. Primero, dudaba bastante que Aiko necesitara confianza y sensibilidad: había tenido unas cuantas salidas que denotaban que sabía defenderse de forma mezquina, dar en los puntos débiles de otros, y eso significaba que no era tan buena como pensaba. En segundo lugar, ser su amigo no era nada que tuviese en mente cuando la vio, básicamente porque esta se quedaba en blanco en esos casos: tenía que recurrir con las alarmas encendidas a cualquier frase estúpida para salvar el silencio en el que quería quedarse para admirarla. Sin embargo, la conversación fue conduciendo a la amistad... Y no le quedó otra que coger el guante, y ahora prepararse para ser su amiguito fiel. En cuanto al brote alérgico... Él se había plantado en el bufete de Leighton con el objetivo de hacerse ver irresistiblemente *sexy*, por Dios. Esa era su virtud y lo que debía potenciar; el atractivo físico. Si hubiera tenido una jodida idea de que se le iba a quedar la cara como el relleno de un chorizo, habría aparecido con máscara de gas y tres pares de guantes.

Aunque en su defensa debía decir que no le salió nada mal, salvo por el ataque de pánico que se le descontroló más de lo que le habría gustado al ver la aguja. Llevaba huyendo de esos instrumentos demoníacos desde la última vez que le inyectaron, y era lógico. Lo suyo no era una fobia normal, sino un temor justificado que arrastraba desde los diez años.

Pero nada de eso era de la incumbencia de Nick, a quien ya veía bastante involucrada en un tema que Marc se estaba tomando muy a pecho.

—Vaya... Sí que eres manipulador.

Y ahí estaba el secreto de su fama: que su correspondencia con la verdad fuese nula. Era mucho más fácil mentir para infundir respeto

en los demás que admitir que había estado soñando con la misma mujer durante seis noches seguidas. No era muy conveniente que eso se supiera.

—Ya me conoces. Ahora me interesaré por sus aficiones, sus miedos, su familia... Conocerla. Y entonces se enamorará.

—¿No hay riesgo de que te encaje en la «zona amigos»?

Marc suspiró muy aliviado para sus adentros. Gracias al cielo, no, no había ni el más remoto riesgo. No necesitaba poner en práctica sus pulidas tácticas de desciframiento para entender lo que pasaba por la mente de Aiko Sandoval, que esa mañana en urgencias quedó bastante claro: la decepcionaba la idea de ser su amiga.

Pues ya eran dos. Marc nunca había tenido tantas ganas de romper su «amistad» con alguien, y ya puestos, de inaugurar un nuevo estadio en su relación con un polvo tántrico. O seis. Que pagara en folladas por colarse en sus pesadillas.

—¿De verdad lo preguntas? Tú misma lo has dicho. Las mujeres no pueden ser mis amigas. —Y le guiñó un ojo, a modo de despedida.

Agarró los documentos del divorcio y cruzó el pasillo hacia la reunión. Pensaba todavía en la canallada de tener que fingir camaradería con una mujer que le ponía cachondo. Él no era uno de esos adeptos de Harry Burns² y su teoría básica sobre la imposibilidad de la amistad entre sexos. Sin embargo, creía en las dificultades de esa relación en algunos casos, como aquel al que se iba a enfrentar enseguida. Solo por la cara que le vio a su hermano antes de entrar en la sala, supo que volver a ser amigo de su ex le costaría años, si es que alguna vez lo lograba.

—Por fin llegas, Piolín. ¿Hay alguna razón secreta por la que siempre aparezcas tarde? Te da siempre el apretón por alguna dolencia endocrina, o te gusta hacerte el difícil, o sufres algún tipo de TOC que te obliga a hacer pausas para comprobar cerraduras...

Marc tomó asiento en el sillón que presidía la mesa. La mención al TOC no venía de la originalidad de Jesse a la hora de bromear o su amor por el imaginario colectivo, sino de su vocación frustrada como psicólogo.

2 Personaje de *Cuando Harry encontró a Sally*.

—Sabes muy bien qué es lo que sufro, y me parece desagradable que encima quieras añadirme trastornos obsesivos. Las tardanzas son pura vanidad. En un rato abriré recepción para insultos, si necesitas desahogarte.

Jesse se le quedó mirando. Más que guapo, era un tipo llamativo, con el pelo anaranjado peinado al estilo punk, los ojos a juego y la dilatación en la oreja. Porque se abrió el agujero después de entrar a trabajar como abogado y se lo podía cubrir con el pelo, que si no, lo habría tenido difícil en el bufete.

—¿Cómo estás de ese tema? —preguntó como siempre, antes interesado en él que en sus problemas—. ¿Te va bien con el nuevo loquero?

—Nos vemos una vez al mes por conferencia. Es profesora en la facultad, además de pelirroja y pasa de los cincuenta años. Perfecta para evitar tentaciones.

—Regla número tres: nunca acostarse con pelirrojas —anunció Jesse formando un letrero con las manos—. Ojalá algún día me dijeras qué problema tienes con ellas. Se supone que son criaturas celestiales, Piolín: dicho por algunos, y cito textualmente, «el precio que hay que pagar por los pelirrojos».

Marc rodó los ojos. Se le hacía difícil odiar ese apodo porque se lo puso la madre de Jesse, en referencia al tamaño de su cabeza cuando era un crío. Por lo visto, Camila Ocasio veía divertido bromear con la situación alimenticia de un crío desnutrido por depresión. Comparado con su cuerpo, claro que iba a ser un puñetero cabezón. Afortunadamente, quería a la mamá puertorriqueña lo suficiente para permitirle que se refiriese a aquellos tiempos como si no hubieran sido lamentables.

—No tiene por qué ser nada personal. Íbamos colocados cuando dijimos eso de las reglas. —Encogió un hombro—. Pero vayamos al grano... ¿Por qué tarda tanto Victoria?

—Sobre eso... Le he dicho que viniese un poco más tarde. Antes de que me echas un mal de ojo por jugar con tus importantes horarios, deja que me explique: he ponderado tu tardanza habitual y la conversación que quiero tener contigo, y me ha salido una media de cuarenta y cinco minutos. Los quince restantes son para comentarte que la universidad está organizando un reencuentro de los alumnos que

se graduaron antes del dos mil, y rogarte hasta que cedas para estar presente. Es una especie de homenaje a la moda de los noventa, y...

—¿Por qué demonios iba a ir yo a eso?

—Porque hay bebida gratis...

—Sabes que no puedo beber. Parece mentira que tú me jodas con eso.

—Me refería a refrescos, Marc, no hace falta que te pongas en lo peor. Igualmente, ese es el último punto a tratar. Antes quería ponerte al corriente de algo que he estado barajando en los últimos días.

Observó que se doblaba sobre un costado para levantar un maletín. Lo abrió sin muchas florituras ni tarareos musicales de fondo, lo que ya era bastante raro en él, y sacó una serie de folios grapados y firmados, que le entregó con expectación. Marc arqueó una ceja antes de echar un vistazo rápido a las palabras subrayadas. Una de ellas llamó su atención.

—¿Dimisión? —espetó mirándolo con el ceño fruncido—. ¿Bromeas? ¿Le has pedido a Moore una hoja de dimisión a mis espaldas y sin consultarme antes?

—Espero que lo digas porque quieres ser más que Moore y no porque tenga que pedirte permiso para dejar un trabajo.

—Claro que no me tienes que pedir permiso, pero fui yo el que te conseguí el trabajo e intercedió por ti las mil veces que has hecho estupideces. Yo fui quien dio la cara cuando te peleaste con aquel juez, y quien te ha cubierto la espalda al cagar varios casos que te obcecabas en coger. ¿Y ahora me entregas la ficha ya rellena y firmada por ambas partes? ¿Qué coño significa esto, Jesse? ¿Me avisas, o me pides aprobación?

—Sabía que te pondrías así.

—Claro que me pongo así —rugió—. Primero te estampas con el coche en la interestatal y pasas una noche inconsciente, después te pones a vivir en la cochera y ahora dejas tu trabajo. ¿Cuántas jodidas cosas más vas a hacer mal porque tu mujer te ha dejado? Estar soltero no te da la excusa de abandonar la vida responsable y convertirte en un miserable.

Jesse lo miró con seriedad.

—No lo hago porque quiera ser más miserable. Cambio de bufete para evitar cruzarme con ella.

—Es una forma de condicionar tu vida a lo que haya pasado con alguien externo.

—No es alguien externo. Es mi mujer.

Marc levantó los papeles del divorcio, calientes aún por la reciente impresión.

—No, Jesse. Ya no lo es.

—Aún no he firmado.

—Pero vas a hacerlo.

—Escucha —interrumpió alzando una mano—. No estoy huyendo de aquí, ni lo hago para hacer feliz a nadie, solo es una manera de facilitar las cosas. Yo no me muero por este sitio, ni siquiera me mata mi trabajo: no me importa a dónde ir. Pero ella adora su despacho, su gente, y fue primera de su promoción. Lo justo es que, para no afectar a nuestra carrera, y evitarnos el sufrimiento cada vez que nos crucemos... trasladé mi expediente laboral a otro bufete.

Marc plantó los folios sobre la mesa con un golpe seco y lo enfrentó, irritado.

—Ahora me vas a decir que te largas a Leighton Abogados.

—Sí.

Contuvo una risa amarga. Genial. Esa era una de las partes malas de tener amigos —porque con un hermano, al final, se mantenía una relación amistosa—: que se les daba el poder de hacerte daño, y te lo hacían. La mayoría de las veces sin querer, como era el caso. Jesse qué diablos iba a saber sobre la opinión que Marc tenía de aquel bufete concreto. O, más bien, del tipo que lo dirigía. Era una de las maldiciones de ser él mismo, que le irritaba todo lo que hacían los demás porque no le tenían en cuenta, y no lo tenían en cuenta porque nunca decía lo que le molestaba. Así era imposible evitarle las molestias. Pero ¿qué sentido tendría decir que Caleb Leighton y él se odiaban por una historia pasada, que les había afectado por igual? Tener a su hermano haciendo buenas migas con ese tipo —porque las haría, era algo que estaba en él— no le simpatizaba en absoluto, y era algo rotundamente egoísta. Por eso no se molestaba en decirlo, por muy humano que fuera.

Eso por no mencionar lo mucho que se notaría su ausencia allí. Marc necesitaba a su hermano. No se lo confesaba porque no hacía falta. Él lo sabía, era consciente de que su comprensión y su simpatía le rescataban a diario de su controlada tendencia a la agresividad. Otra razón altamente egoísta por la que deseaba retenerlo. Aquel asunto le había tocado en todos los aspectos en los que podía, porque, además, sabiendo él lo que era irse de un lugar por la ruptura con alguien, no quería que Jesse lo viviera. Victoria no era comparable a Sabina: en un divorcio no solía haber culpables, a diferencia de cuando se trataba una serie de infidelidades crueles y sistemáticas. Pero Jesse no tenía por qué renunciar a su grandeza y sus oportunidades por una mujer.

—Sé en lo que estás pensando —habló su hermano. «Lo dudo bastante»—, pero te aseguro que es lo mejor que podría hacer. No me sentiré cómodo aquí, ni ella tampoco. Tori quiere poner distancia para recuperarse y... Yo no quiero ni distanciarme ni recuperarme, lo admito, pero si es lo que necesita no puedo hacer otra cosa que dárselo. He tenido que hacer cosas mal si quiere divorciarse, y no es tarde para redimir esos errores, ¿no?

Marc ni se movió, se encontraba sumido en sus pensamientos. Era lamentable lo fácil que le resultaba a su cabeza dar un giro de tuercas y recuperar todo lo que le afectaba con el solo incentivo de su hermano despidiéndose. Lo fácil que era para su mente llevárselo a lo personal. Se pasaba la mayor parte del día irritado, harto, y también lleno de ideas creativas que le salvaban de los dos síntomas anteriores, pero bastaba un pequeño desbarajuste en su rutina, un cambio de planes desagradable, para que todo se disparase. Odiaba que las circunstancias le llevaran la contraria a su programa, y también odiaba que no le diesen la razón cuando decía algo, pero era irracional. Al final solo odiaba ese cúmulo de nervios impotentes que le dejaban mal cuerpo, y en el peor de los casos le incitaban a golpear cualquier cosa.

Gracias al cielo, llevaba unos cuantos años sabiendo cómo enfrentarse a sí mismo. Así que se controló hasta que pudiese desahogarse como era debido.

—Es tu vida. Tú decides lo que es mejor.

—Ya no estoy viviendo en la cochera. Me ofreciste la casa de tu madre, ¿recuerdas? Y hace días que no bebo. Solo fueron unos días

malos, te aseguro que con lo del choque aprendí la lección. Ahora cojo la bicicleta para ir a todas partes.

Marc no levantó la mirada de los documentos.

—Como sea.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. ¿Cuánto le queda a Victoria?

—Supongo que estará al caer, quedan unos diez minutos y ella suele llegar antes de la hora.

Marc asintió y se sumió en el silencio que le hacía falta para no armar una gorda. Prefería no discutir por algo que ya estaba decidido y que no era de su incumbencia. Si Jesse se hacía amigo de Leighton tampoco podría contar como traición. A fin de cuentas, Caleb solo fue otra víctima en aquel juego de tres, lo que no quitaba que le tuviese un poco de ojeriza. Era una emoción injusta, desde luego, pero no ayudaba a mejorar su forma de verlo el hecho de que este hablase pestes de él. Y, además, dudaba que ese tipo fuera a causarle problemas, así que mientras estuviera lejos de su mapa de acción, le daba igual su opinión.

Unos minutos después, Victoria aparecía sobre sus tacones de vértigo. Llevaba la melena recogida en una coleta que era como un látigo con flecos. Jesse y Marc supieron que cruzaba el pasillo solo por el andar apresurado, pero digno de modelo, que creó un eco rítmico en casi toda la planta. A Marc le iba toda clase de mujer exótica. No fue raro que se la quedara mirando durante todo su paseo.

Era la mujer más guapa del mundo. Una diosa de ébano, como la llamaba su amigo Wentworth: alta, estilizada, de boca grande y labios gruesos, melena densa y ojos expresivos. Un recuerdo de la Naomi Campbell de los noventa. Vestía de manera favorecedora y era educada, agradable y divertida. Marc aún no había conseguido verle un solo defecto, a no ser que la timidez y la inseguridad pudieran contar como tales. En su humilde opinión, que no se tuviera creído su encanto, se lo añadía el doble.

Oyó el suspiro de Jesse cuando Victoria ya había cruzado media pasarela. Para aquella mujer eran pasarelas, no pasillos.

—No la voy a superar nunca —murmuró Jesse—. Nunca.

—Es lo más razonable que te he oído decir en tu vida.

—Lo sé. Es que es imposible, ¿verdad? Ella es perfecta.

—Nick siempre dice que la perfección, como la belleza, está en los ojos de quien la mira. Y teniendo en cuenta que los hombres cambiamos mucho las perspectivas, quién sabe. Algún día podría parecerte desagradable a la vista.

Jesse lo miró como si hubiese dicho una gilipollez. La había dicho, no se iba a esconder.

—Pues ese día no es hoy. —Fue lo último que masculló, antes de que Victoria entrase con una sonrisa trémula.



Marc salió de la reunión cuarenta y cinco minutos después, tan psicológicamente exhausto que le entraron ganas de meterse en la cama y dormir durante días. No había sido, ni de lejos, el peor caso asignado; empezando porque sabía a lo que se enfrentaba, conocía a las dos personas involucradas y él mismo había decidido —condicionado por la lealtad filial— hacer de mediador. Sin embargo, y justo por esos motivos, había resultado terrible. Ver a su hermano, al que tenía como un ejemplo de buena persona y a quien siempre deseó parecerse, suplicándole a Victoria que se lo pensara dos veces... Fue desgarrador. Y más todavía cuando las lágrimas venían tanto de una parte como de la otra. Victoria no sabía ya cómo negarse sin que se notara que le estaba doliendo.

No se consideraba ningún sentimental. No buscaba emocionarse con nada y, cuando el corazón estaba cerrado a ese tipo de contactos, era difícil dejar una huella. Apenas veía películas, hacía años que no tocaba un libro por voluntad, jamás se había relacionado sentimentalmente con una mujer, y la única persona a la que quería tanto que no podía disimularlo falleció cuando entraba en la adolescencia. Partiendo de ahí, quedaba claro que no tenía mucha experiencia como ser emocional y era difícil arrancarle un atisbo de compasión. Pero lo que había ocurrido allí dentro fue devastador.

En el sentido práctico estuvo relajado desde el principio. Nada de peleas por quién se quedaba la casa, o quién se adueñaba del perro.

Pactaron la separación de bienes antes de casarse, no tenían hijos, apenas habían adquirido nada a nombre de los dos —salvo el animal— y ambos estaban dispuestos a ceder lo que el otro necesitara. Con la tontería, pareció una guerra de enamorados de «quédate tú»; «no, quédate tú» que en un determinado punto le puso bastante nervioso. Pero después de abandonar la cuestión material, y cuando hubieron quedado establecidas las características de la separación, fue cuando vino la charla cargada de sentimiento.

Jesse era un Miranda y eso significa que seguía una regla de oro principal, la que el padre de los tres les metió en la cabeza por activa y por pasiva. Prohibido llorar. Los hombres no lloraban. Pues bien... Se había cargado esa norma, y se había cargado también el humor de Marc. Él siempre lo decía. Muy pocas cosas podían frustrarlo. Solo determinados recuerdos y ver llorar a su hermano mediano.

Por esa razón, y porque se le había acabado la última estilográfica con tinta color cobalto —y debían ser de esa marca, de ese color—, salió del edificio cinco minutos después del cese para dar una vuelta por los pequeños negocios cercanos. Sabía que eso solo era contraproducente. Cuando algo le afectaba, necesitaba ponerse automáticamente a hacer otras cosas. Se llenaba de trabajo hasta olvidar qué le estuvo preocupando. Y servía, porque además de tener una voluntad de hierro y estar lleno de energía inacabable, era de pensamiento acelerado y las ideas no se le agotaban. Por eso pasaba el día trabajando, inventando y añorando el éxito.

Lamentablemente, ese era solo uno de sus dos estados. El segundo, el que no siempre era desencadenado por algún motivo, se contraponía a esa fuerte exaltación y ansia de superación personal. Estaba caracterizado por el ánimo irritable, las pocas ganas de comer y la continua sensación de ser inútil, odio a sí mismo y, sobre todo, de que nada de lo que estuviera haciendo tenía ningún sentido. Ese estado podía asaltarle en cualquier momento del día, sin que él pudiese prevenirlo. Al menos había aprendido a disimularlo.

En ese momento se sentía así. Inservible. Uno más. Alguien incapaz de conseguir algo tan sencillo como aliviar la tristeza de su hermano, o la de su cuñada, a la que también tenía aprecio. Era una suerte que no

hubiese decidido estudiar leyes para rescatar a los malamente acusados y castigar a los malos, o se sentiría más patético aún.

Se paró delante de la librería en la que solía comprar sus estilográficas específicas. Era un sitio enorme donde le gustaba pasar las horas, aunque luego no fuese a adquirir nada. Todo lo que tuviese que ver con libros o con herramientas de papelería le encantaba. Su madre adoraba todas las estupideces que estaban expuestas en la vitrina. Pequeñas libretas con portadas de colores brillantes, estuches de bolígrafos de gel, la tinta china... Se tomaba tan a pecho la tarea de escribir, que había decidido conservar todos los *blocs* emborronados con pentagramas y composiciones al azar. Marc se preguntaba si los que compraban esas libretas tan bonitas las rellenaban con contenido al nivel, justo como la última señora Miranda.

Estaba curioseando el escaparate, cuando una melena negra captó su atención, no muy lejos de donde tenía puestos los ojos. La reconoció enseguida gracias a la nitidez de la cristalera. Pudo quedarse mirándola hasta cerciorarse de que era ella. Estaba absorta en el contenido del libro que sujetaba.

Marc se acercó un poco más hasta pegar la nariz al cristal. No la había visto en la última semana porque su reunión más próxima era a finales de la siguiente, y no se le ocurrió ninguna excusa decente para molestarla. Tampoco se veía estable o preparado para hacerlo. Necesitaba estar de un humor concreto para impresionar a una mujer; no podía presentarse delante de ella, la más importante de todas por su relevancia frente al caso, con la melancolía que arrastraba o con un estado de ánimo irritable. O eso se había estado diciendo, cuando la verdad era que Aiko era un ejemplo de persona que no sabía cómo tratar, porque le rompía todos los esquemas. El abrazo que le dio, unido a la alabanza de su supuesta valentía, no pudieron estar calculados. Debió improvisarlos. Y la idea que tenía de ella no se correspondía con la de alguien capaz de componer en el acto una muestra de cariño. Menos una como esa...

Bah, podría no haber sido especial. Tal vez abrazaba a todo el mundo, pero él no podía recordar la última vez que alguien se había saltado su regla básica del espacio vital para confortarlo. Jesse era el único al que abrazaba, y porque se ponía tan pesado con sus repetitivos

«¿un abracito? ¿Sí? ¿Un abracito? *Veeeenga*» que no le quedaba otro remedio si no quería acabar con jaquecas.

Maldita fuera, ese gesto le había sacado de sus casillas en el momento, y aún una semana después le tenía pensando. Esas cosas se avisaban, joder. Necesitaba preparación física y psicológica para devolverle el abrazo a alguien y no parecer Robocop.

Sacó el móvil de los pantalones. Iba siendo hora de seguir haciéndose su amigo, ya que tenía un momento libre y ella estaba adorable con un vestido corto blanco. Le apetecía verlo de cerca, y si podía ser, tocarlo también. Pero como amigo, ¿eh?

Aprovechó que tenía su correo electrónico para teclear algo en un *e-mail* nuevo. Esperaba que siguiera las últimas tendencias y tuviera descargada la aplicación.

De: Marc Miranda

Para: Aiko Sandoval

Asunto: Correo muy formal

Buenas tardes. Tengo unas cuantas dudas pendientes de resolución respecto a un tema que le incumbe. ¿Podría dedicarme un momento y resolverlas? Muy formales despedidas.

Observó que, en cuestión de segundos, Aiko daba un respingo por la vibración y sacaba su *smartphone* del bolsillo de la chaqueta. Dobló el libro que leía a un lado y la portada quedó expuesta a su curiosidad. *Adicta a ti*, rezaba el título. Marc sonrió divertido. No le hacía falta ni *googlear* para saber de qué iba.

De: Aiko Sandoval

Para: Marc Miranda

Asunto: Respuesta más formal aún

Buenas tardes para usted también. Ahora mismo estoy muy ocupada trabajando, pero si se trata de algo breve, dispere.

¿Que estaba muy ocupada trabajando? Marc se frotó la mejilla, donde le llegaba la sonrisa divertida.

De: Marc Miranda
Para: Aiko Sandoval
Asunto: Formalísima réplica
¿Puedo saber qué ocupa su tiempo?

De: Aiko Sandoval
Para: Marc Miranda
Asunto: Esa pregunta no ha sonado muy formal
Cosas de abogada. ¿Esa era su duda?

Marc negó con la cabeza como si pudiera verlo. Esperó a mandar un último correo para estudiar su reacción antes de entrar en la librería.

De: Marc Miranda
Para: Aiko Sandoval
Asunto: La formalidad es muy subjetiva
No. Mi duda era más bien una petición de opinión. ¿Me recomienda «Adicta a ti» como lectura antes de dormir? Me suena que le gustan ese tipo de libros.

Aiko respondió tal y como había esperado. Cerró el libro de golpe, llegando a caérsele al suelo, y miró hacia todas partes esperando encontrarlo. Para ese momento, Marc ya estaba dentro, rodeándola en silencio para devolverle su lectura. Lo hizo acompañándolo de una sonrisa más o menos amistosa. Era imposible saberlo, no era la más usada de su repertorio.

—¿Estaba espíandome?

—¿A partir de cuánto rato mirando se considera espiar?

Su respuesta la dejó sin ideas, medio boqueando. Marc tuvo que mantener el semblante sereno, cuando la verdad era que quería sonreír. Mirarla le ayudaba a entrar en un raro pero muy bienvenido estado de serenidad absoluta, incluso cuando le reprochaba con los ojos que se hubiera infiltrado sin permiso en su remanso de paz. Le habría gustado, o *le gustaría*, en caso de que su fachada fuese cierta, que fuera lo bastante generosa para darle un lugar en su refugio de silencio.

Y en su cama, también. No le gustaban los *gloss* en las mujeres porque luego le dejaban la cara pringada, pero le hizo fantasear con comerse el brillo suave de sus labios.

—Espero no haberla molestado mientras *trabajaba*. —Señaló el libro.

—No sea mezquino, ya sabe que no estaba trabajando —bufó ella lo colocó en la estantería. Estaba colorada—. Tenía un rato libre y he venido a la librería porque estaba buscando un regalo. Dentro de poco es el cumpleaños de un amigo.

Un amigo. Su mente eligió llevarlo por el camino que le daría problemas, e imaginarse a un amigo un tanto especial.

—No sé qué regalarle porque sea lo que sea, le va a dar igual. Hasta ahora le regalaba cosas funcionales, como camisas. Pero no sé. Cal siempre se esfuerza mucho por darme algo que me haga ilusión, y acierta, así que...

Cal de Caleb. No había muchos nombres que derivasen de ese diminutivo, y le constaba que era muy amiga del tipo. Incluso se rumoreaba que tuvieron algo en el pasado y él estaba enamorado de ella.

Genial, por unas o por otras, todo le acababa llevando a Leighton.

Se la quedó mirando unos segundos de más. ¿Cuánta verdad tendrían las habladurías? Él era el primero que inventaba historias de sí mismo para difundirlas, o que no desmentía nada por aburrimiento... Pero dudaba que el barbudo y la princesa de Japón tuviesen su mismo funcionamiento. Necesitaría verlos juntos para determinar si era cierto que estuvieron juntos. La intuición ahí no solía fallarle.

—Entonces le regalas por inercia u obligación. Se supone que los regalos tienen que salir de uno, no hacerse porque el otro ya te ha entregado algo.

—Y por suponer, podríamos suponer que debería estar trabajando, señor.

Qué forma tan sutil de mandarlo a freír espárragos.

Lástima. Pensaba quedarse un ratito más.

—Sí, pero he aprovechado un cese para encargarme del regalo de mi cuñada. Yo también venía buscando un libro. Acaba de divorciarse

y se ha hecho adicta a la novela romántica, así que fue en lo primero que pensé.

—Oh, eso es más común de lo que parece. Romper con alguien y ponerse a leer romance. Es una especie de masoquismo interiorizado...

—¿Lo dice por experiencia?

Aiko le echó una mirada algo extraña.

—Eh..., no. Nunca he... Solo he tenido un novio, cuando era adolescente. Y no sé si podría denominarse así, él y yo éramos muy amigos y no llegué a sentir nada real. Confundí la amistad con el amor, un error de principiante. —Carraspeó, como si la avergonzase el tema—. ¿Qué clase de novela romántica está buscando? A lo mejor puedo ayudarle.

—Tutéame. Me has cogido de la mano mientras me pinchaban cortisona, creo que te has ganado el derecho.

La timidez asomó en su semblante, a la par que la duda y también la sensación de halago. La mezcla era adorable.

—Sobre eso... —Desvió la mirada a la estantería, en la que metió la mano—. ¿Te sientes mejor?

—Como si no hubiera pasado nada.

—Los médicos son magos, ¿verdad? O los medicamentos, en este caso.

«O las mujeres bonitas».

—No tengo mucha experiencia con ellos. He estado en el hospital una vez y fue suficiente. En general los odio. El olor, el ambiente, los motivos que te suelen llevar allí... Solo iría si de ello dependiera mi vida.

Aikoladeó la cabeza hacia él. Abrió la boca para decir algo, pero la acabó cerrando de nuevo, sacudiendo la cabeza con una sonrisa amarga. Le dejó intrigado.

—A mí tampoco me gustan mucho —respondió incómoda—. ¿Quieres que te eche una mano o no?

—Por supuesto, toda ayuda profesional de la que pueda disponer es poca.

—¿Profesional?

—Imagino que has leído todo lo que hay en esta parte de la librería. Y si no, lo tienes en una lista de «futuras novelas» en las notas del móvil. —Por cómo lo miró, abriendo mucho los ojos, supo que había acertado—. Tranquila, no leo mentes ni *hackeo* móviles. Soy bueno calando a la gente.

—La lista la tengo en una libretita tamaño bolsillo. Me gustan todas las tonterías de papelería. Y sí, la verdad es que tengo experiencia leyendo novela romántica. Te pones en muy buenas manos. Dime cómo es ella.

—¿En qué sentido?

—Personalidad. O cómo es su ex. No queremos que lea un libro que le recuerde a él, ¿verdad?

—Qué cuidadosa —rio. Apoyó el hombro en la estantería—. Ella es dulce y muy cariñosa. Tiene un humor un tanto... especial. No todo el mundo la entiende, incluso se lo suelen tomar mal. Le gusta ponerse guapa, pero no es vanidosa ni le importan las modas. Sus ídolos son Alicia Keys, Serena Williams y Amy Schumer. En cuanto a su ex, es un buen hombre. Muy divertido.

—¿Y físicamente?

—Pelirrojo.

—Entonces lo tenemos fácil, la mayoría de galanes son morenos.

—¿Morenos? ¿Cuándo han dejado de gustarles a las mujeres los príncipes azules de pelo rubio?

—A mí no han dejado de gustarme nunca.

«Bien».

—Supongo que habrá leído toda clase de libros románticos ya... Por lo menos los famosos. Tendría que pensar en escritoras menos típicas en este rincón del mundo. ¿Sabe hablar español a nivel nativo? —Marc asintió—. Entonces podría probar con la última que estoy leyendo yo...

Metió una mano en su bolso mágico y sacó un tomo bastante grueso.

—No escribe solo romance, también tiene fantasía, policíaco... Esta saga me gustó mucho hace años. Ahora ha perdido un poco, tal vez, pero... —Hizo una mueca al leer el título—. Jolín, este no. Es muy desagradable.

—¿Por qué no? —preguntó con curiosidad—. Parece interesante. Si tuviera tiempo lo leería antes de regalárselo. De hecho, pretendo hacerlo.

—¿Cómo? ¿Vas a leerte un libro de romance?

—¿Por qué no? Me gusta saber qué estoy regalando. Si es un libro, qué mínimo que enterarme de si es bueno y merece la pena.

—¿Y si no te gusta?

—Hay una diferencia entre la opinión personal y la calidad. Si es buena, es buena. Da igual si me gusta o no. Como Mozart. Puede no gustarte, pero no puedes negar que fue un genio y su música está muy por encima del nivel de su género.

Aiko sonrió.

—Te descuido y te pones a disertar, Marcus Enrico.

Marc rodó los ojos.

—Mi madre formaba parte de la Orquesta Sinfónica de Miami. Sentía la música tan dentro que me tuvo que poner Enrico por uno de los Crivelli.

—Entonces se pronuncia *Enrrricco* —resolvió ella, agitando una mano con los dedos juntos al estilo italiano.

Marc soltó una pequeña carcajada y ladeó la cabeza hacia ella, que se ruborizó enseguida.

—Sí, supongo que sí.

Aiko carraspeó.

—Puedes llevarte este, y si te gusta... lo compras. Pertenece a una saga. Yo la leí en un momento vulnerable y me animó, a lo mejor a ella le sirve. Toma.

Le entregó el libro. Marc lo cogió y echó un vistazo a la portada. Un enseñando los abdominales. Dudaba que pudiera interesarle a Victoria nada que tuviera que ver con eso. Le costó años admitir que el libro erótico de la biblioteca de su casa era de ella. Pero todo fuese por tener una excusa para comunicarse con Aiko fuera de lo laboral.

—Te diré qué me parece —decidió, agitando la novela—. Espero que no me decepcione.

—Toca un tema controvertido. A ver qué opina un abogado sin escrúpulos.

—Así que esa es la idea final que tienes de mí.

—No es la idea final, solo un boceto. —Le guiñó un ojo pizpireta, y se dirigió al mostrador con el libro que había elegido para «Cal». No en la misma sección, por lo que apreció a simple vista.

A Marc no se le ocurrió ninguna razón para seguir allí, o para acompañarla. Y era demasiado pronto para animarla a tomar un café con él. Aún tenían que asentarse muchos aspectos de su relación. Debía hacerse ver un poco más como el amigo *gay* y no el prototípico depredador sexual que solo sabía decir guarradas, aunque Marc se consideraba bastante por encima de ese modelo de macho heterosexual.

Tuvo que posponer su lectura y próximo contacto con Aiko para atender sus obligaciones. Por primera vez en la historia, se le hizo muy largo el día. Quería llegar a casa, una ratonera en la que no soportaba pasar ni veinte minutos, y sentarse con el libro «controvertido» entre las manos. Era lo más cerca que Aiko Sandoval estaría de su habitación en mucho tiempo.

—¿Eso que llevas ahí es *A pesar de todo*, de Lila Parton? —preguntó Nick cuando bajaron juntos en ascensor—. ¿Ahora te va la erótica?

—De alguna forma me tengo que entretener mientras Sandoval decide si acostarse conmigo —comentó sin mirarla. Aun así, capturó la sonrisa de Nick.

—¿Cuánto tiempo llevas sin sexo? ¿Desde que coincidisteis con lo de Campbell, tal vez?

La pregunta le pilló desprevenido.

Claro que no. No.

No, ¿verdad?

¿O sí? ¿Era posible...?

Ahora que lo pensaba, podía ser.

Joder, sí. Llevaba semanas sin una mujer. *Semanas*. Y eso en él era complicado por muchos motivos.

—Debe ser casualidad.

—Claro —aceptó Nick, sacando una barra de labios del bolso—. Casualidad o que solo se la quieres meter a ella.

Marc la miró de reojo mientras se pintaba los labios en el espejito de mano.

—¿No quedamos hace tiempo en que dejarías de consumir alucinógenos?

—Qué forma tan sutil de evitar admitir que, como siempre, digo verdades como soles. No me ataques porque no seas capaz de afrontar tus emociones, chico, porque tampoco pasa nada. Todos nos hemos encaprichado alguna vez de quien menos nos convenía.

—Y toda esta psicología viene del hecho de que no haya tenido tiempo para invitar a alguien a mi apartamento.

—Entre otras cosas, como que generalmente no puedes guardarte el rabo por mucho tiempo.

—Te pareces a mi hermano diciendo esa palabra todo el rato.

—¿De quién te crees que la aprendió? —Y sonrió con todos los dientes. Se pasó la lengua por los incisivos, donde había quedado una mancha de carmín.

Marc la ignoró aprovechando que el ascensor llegaba a la planta baja. Un hombre de casi dos metros y pelo castaño peinado hacia atrás recibió a Nick con una sonrisa de galán que Marc despreció en el acto. Sobre todo viendo que la cara de Verónica era la misma que cuando se limaba las uñas, salvo por una sonrisa de plástico. Ni siquiera le interesaba su cita.

—Hola, guapo. ¿Nos vamos?

Marc lanzó una mirada de «¿a dónde vas con ese pringado?», a lo que ella solo se encogió de hombros y aceptó el brazo que el hombre le tendía. Verónica se había obsesionado con los tíos con aspecto de caballeros, educados, bien puestos y que sujetaran la puerta al pasar. Marc lo celebraría si no supiera que los peores solían ser los que iban encorbatados, y si no le constara que buscaba indirecta o muy directamente —aún no estaba seguro— a su hermano mayor en todos los que hombres con los que salía.

—Buenas noches, Marcus —le espetó ella, ya de espaldas, como si supiera que le estaba dando vueltas.

Marc se mordió el interior de la mejilla y negó. Ella sabría lo que hacía. No podía pasarse el resto de su vida cuidándola, frustrándole las citas con payasos que días después volvían a dejarla tirada. Estaba en su derecho de buscar el amor donde quisiera y frustrarse por su cuenta si no resultaba como pretendía. No más sobreprotección. Al final era a él a quien afectaba más andar pendiente de cómo los hombres trataran a sus mujeres.

Solo esperaba que en las novelas de Aiko Sandoval no hubiera fantoches como ese, o como alguno de los quince anteriores. Como su hermano... O como su padre.



Iba a dar la una de la madrugada y Aiko aún seguía intentando meterle en la cabeza a su hermana menor una explicación sobre Derecho Civil. No es que Mio fuese obtusa, porque era toda una listilla cuando quería, pero empollar leyes de memoria no era su fuerte. ¿Y de quién lo era después de seis horas seguidas estudiando? Lo raro no era que no lo comprendiera, sino que no se le hubiera derretido el cerebro.

—Vamos a dejarlo aquí —decidió Aiko, empujando el borde de la mesa para separar la silla. Se levantó y estiró, crujiéndose hasta la última vértebra—. No das abasto, cariño. Descansa. Ya mañana será otro día.

Mio dejó caer la cabeza hacia delante, dando un golpe al grueso libro abierto con la frente. Fingió un lloriqueo infantil.

—Pero todavía me queda medio tema... Tengo que terminarlo antes de las siete de mañana, cuando me levante para seguir.

—Mio, es el BAR, no una oposición a notarías. Tampoco es *taaaaaan* difícil. Nadie te va a examinar semanalmente para ver si te lo sabes, y ya te he dicho todos los trucos...

—Pues no me sirven. ¿Por qué soy tan tonta? —preguntó haciendo un puchero. Ladeó la cabeza y la miró con sus ojitos de ardilla—. No es justo. Estoy estudiando el triple que tú y al día siguiente se me va. Se desvanece. Hace *magia borrás*. ¡*Chas!*, y desaparece de mi lado... Si suspendo...

—No vas a suspender. Pero si ves que se acerca el día y no estás preparada, espera al año que viene y...

—¡No! ¡Ni de lejos! Ya lo he atrasado suficiente perdiendo años en carreras universitarias que no iban conmigo. Tengo que conseguirlo ahora, Kiko —insistió, mirándola con seriedad. Se estiró de nuevo, mostrando su bonito camisón morado—. Quiero ser abogada ya, y salir de la casa de papá y mamá.

Aiko hizo una mueca. Ni que le molestaran mucho sus padres como para querer salir huyendo. Entendía su deseo de independencia porque la gente de su edad la sentía, pero Mio en concreto vivía como una reina. No se enteraba de las peleas que había entre Raúl y Aiko I, y no era ella a la que llamaban cuando estaban a punto de cogerse del pescuezo, ni la que debía hacerse cargo de los platos rotos. Mio estaba encerrada en su habitación estudiando. Lo demás ni le rozaba. Nada ni nadie se interponía en las decisiones que tomaba, ella hacía y deshacía y lo único que la molestaba era la opinión externa. Aiko la envidiaba por eso: nadie le decía «eso será perjudicial para tu salud», ni «eres muy delicada, no puedes permitirte tal cosa», ni la obligaban a mediar entre una pareja que vivía en crisis.

Sin ir más lejos, esa noche, en la cena —que Mio había tomado en su cuarto, mientras repasaba el tema anterior—, Raúl y Aiko I habían discutido hasta el extremo. Su madre había agarrado el vaso de agua y se lo había tirado por encima a su padre, cuya reacción fue ponerse en pie con actitud belicosa. Aiko tenía tan normalizada la situación que no pasaba miedo como antaño, pero sí acababa exhausta.

Se sentía como en *Vicky Cristina Barcelona*, esa película de Woody Allen en la que Scarlett Johansson hacía de elemento unificador y pacificador entre María Elena y Juan Antonio. Y ni mudándose había conseguido librarse de ese peso sobre sus hombros, porque su madre aún llamaba llorando de vez en cuando para que la socorriera o dijera algo a su padre. Como críos de guardería, solo que estos constituían una amenaza real el uno para el otro.

Pero no querían divorciarse, porque igual que en el caso de Penélope Cruz y Javier Bardem en la película, su relación era pasional en el sentido positivo y negativo de la palabra. Cuando estaban bien, estaban *malditamente bien*.

Como si eso pudiera justificar de alguna forma el comportamiento promiscuo de su padre, las rabietas de su madre o lo mal que se lo hacían pasar.

—Bueno, pues si quieres presentarte al próximo examen ponte las pilas. Pero estudiar dos horas más hoy no va a marcar ninguna diferencia. Vete a dormir y mañana sigues.

Mio la miró avergonzada.

—No puedo. Me he bebido siete cafés hoy. Y cuando se ha gastado he empezado con las bebidas energéticas. Ahora mismo podría ganar los mil metros lisos.

Aiko se echó a reír sin muchas ganas. Ella llevaba todo el día yendo de arriba para abajo. Lo último que le apetecía era seguir despierta un solo segundo más, pero se notaba que Mio tenía planes que la incluían. Hizo de tripas corazón y se sentó a su lado.

—¿Y qué propones?

—Llamar a Otto por Skype. Me dijo ayer que me iba a contar lo que le va a regalar a Caleb por su cumpleaños, y ahora dice que mejor me lo enseña en directo. Es que estoy nerviosa con eso —confesó, poniendo morritos—. Necesito saber qué le van a regalar los demás para saber si mi regalo es penoso, o... si le va a gustar.

Aiko le estrechó la mano.

—Claro que le va a gustar, tonta. Se hará el difícil, porque ya sabes cómo es, pero al final seguro que le encanta. ¿Qué le has comprado?

Mio se mordió el labio, nerviosa.

—Dímelo tú primero.

—Los éxitos de Estopa, un libro de cocina mexicana y un álbum de fotos. Lleno, claro. Pensé en adoptar un perrito para que no se sienta tan solo, pero al final el que se sentiría solo es el perro. Se pasa el día trabajando...

—¿Cómo va a sentirse solo si te tiene a ti?

—Bueno, ya, sí. Yo tampoco es que me pase el día en su despacho, los dos tenemos cosas que hacer. ¿Y tú? ¿Qué le has regalado?

—Ya lo verás. Al final vamos a hacer la merienda aquí, ¿no?
—Mio la miró con los ojos tan abiertos que parecía que se le iban

a caer—. *Porfi*, hazla aquí y así puedo ir yo sin que quede raro. Ya sabes, si estoy en mi casa... No puede decir que me he acoplado sin permiso.

—¿Cómo va a pensar eso? Mio...

—Hazla aquí por si acaso. —Y juntó las manos en un ruego.

Aiko chasqueó la lengua. Merendar en casa con Aiko I sin duda le haría ilusión. Caleb había crecido con ellas y adoraba a su madre como el que más, se alegraría muchísimo de verla fuera de fechas de reunión familiar. Pero Aiko no lo tenía tan claro. Sus padres sentados en una mesa en un día importante podían hacer de la tarde un auténtico infierno. Y necesitaba que el cumpleaños de Caleb fuese muy especial; era la fiesta en la que más se esforzaba, porque sabía que todos los cumpleaños de su infancia fueron horribles, pasados en su mayoría con familias de acogida que no lo trataban bien.

No podía decirles a sus padres que se fueran, tampoco. Estaban en su casa, y el amor que Caleb les tenía era recíproco. Querrían celebrarlo. Pero...

—Vale. Organizaré algo para que papá y mamá estén ocupados, y no den la tabarra —decidió, suspirando—. ¿Qué hora es en España? ¿Estás segura de que le viene bien a Otto hacer Skype un viernes por la noche? Estará...

Dio un respingo cuando el móvil vibró en el bolsillo trasero de su *short*. Se llevaba unos sustos que le aceleraban el pulso, pero siempre se olvidaba de ponerlo en silencio. O en sonido.

¿Quién habría enviado un mensaje a esas horas?

Sacó el teléfono temiéndose lo peor. Se quedó más tranquila cuando vio que era un correo electrónico.

De: Marc Miranda

Para: Aiko Sandoval

Asunto: Estoy enfadado

Acabo de terminar la novela que me has prestado y no me puedo creer que esto haya sido lo mejor que podrías haber conseguido.

P.D: Siento el horario, pero ya no puedo dormir, y es por tu culpa.

Aiko alzó las cejas de golpe. ¿Ya se la había acabado? ¿Le había dado tiempo material? Era larga, y él tenía que trabajar... ¿no?

De: Aiko Sandoval

Para: Marc Miranda

Asunto: ¿Cómo de enfadado?

¿Qué es lo que te ha desvelado exactamente?

Aiko esperó su respuesta mordiéndose la uña del dedo mientras Mio conectaba la cámara del ordenador.

De: Marc Miranda

Para: Aiko Sandoval

Asunto: ENFADADO en mayúsculas

No sé. Tal vez la parte en la que el tipo la viola y luego se cree con el derecho de perseguirla gritándole que le pertenece.

Un final muy romántico, por cierto, aunque se me escapa cómo pasan de un hecho traumático a la felicidad. ¿Se preguntaba qué opina un abogado? Se lo diré: CÁRCEL.

De: Aiko Sandoval

Para: Marc Miranda

Asunto: Respira

Te dije que era un libro controvertido y que ha envejecido muy mal para mí. Pero he leído libros peores. En este, al ser fantasía, haber un castigo divino y estar en riesgo su existencia si ella no lo salva...

Aiko le dio a enviar, sospechando que solo lo iba a cabrear más. Justamente por eso le había provocado. Desde su nuevo punto de vista, no era perdonable. Más bien condenable. Pero sintió curiosidad por la opinión que se formaría un hombre al respecto, y ahora le sorprendía que le hubiese hablado solo para expresar su disconformidad. Se lo imaginaba sentado en el sofá, o en la cama, o de pie en el comedor, en pijama y con el ceño fruncido, y sonreía sin querer.

—¿Con quién hablas? —preguntó Mio—. ¿Es Caleb? Solo Caleb te hace sonreír así.

—No, no es...

La interrumpió su propio *politono*: *Come Dance With Me*, de Michael Bublé. Una llamada.

Aiko miró la pantalla con cara de póker. Era un número que no tenía agendado, pero sabía quién podía ser. ¿La estaba llamando en serio...? ¿De dónde habría sacado su contacto? Pulsó el botón verde, mirando a su hermana con cara de «no sé qué está pasando».

—Eh... ¿Sí?

—*Así que ahora defiende a los violadores* —fue lo primero que dijo.

—Claro que no, Marc.

Mio descolgó la mandíbula. «¿Marc? ¿Marc Miranda?», deletreó con los labios. Ella asintió. «Qué fuerte».

—Solo te recordaba el contexto —continuó ella—. El tipo la viola porque mató a su hermano.

—*La ley del talión dejó de llevarse hace unos cuantos siglos* —repuso mosqueado—. *Ya un rey bíblico la hacía quedar obsoleta. Imagina. Y si no he entendido mal, no lo mató.*

—Pero eso él no lo sabía.

—*Pues para tener el poder de leer mentes, es un poco gilipollas.*

Aiko se cubrió la boca con la mano, ocultando una carcajada. A Mio le pudo la curiosidad y pegó la oreja al teléfono.

—No podía leérsela... ¿Es que no has entendido la historia?

—*Claro. Violador y víctima, felices por siempre jamás.*

—¿Por qué has seguido leyendo si te parecía tan despreciable?

—*Tenía la esperanza de que al final todo fuera un sueño y se repitiese el tópico de secretaria que sueña con su jefe sobre el escritorio. Quién sabe, a lo mejor la chica tenía una parafilia extraña con hombres lobo que la forzaban. Odio los clichés, pero me habría cabreado menos.*

—En las novelas de romance no se suele recurrir a eso del «todo fue un sueño».

—Insisto en que lo habría preferido. Evidentemente, no pienso regalarle esto a mi excuñada. No quiero que termine más desencantada con los hombres aún. ¿Cómo podéis fantasear con tipos como ese?

—Se arrepiente, ¿no?

—Ajá, se arrepiente. Entonces yo te violo, te digo que lo siento y todo bien. Mañana nos casamos.

«Si yo accedo no es violación, y, cariño... Accedería».

—¿Marc Miranda te acaba de pedir matrimonio? —preguntó Mio, flipando.

Aiko sacudió la cabeza y se dirigió a la puerta, donde nadie pudiera curiosear. Cerró tras de sí y se metió en su habitación de adolescente.

—Quiero que sepas que no estoy de acuerdo con nada de lo que ocurre, solo hago de abogada del diablo. Mi trabajo consiste en defender a la gente, aunque me parezca despreciable.

—No estamos en los juzgados, Aiko. Somos tú y yo. —Lo dijo de forma que su cuerpo se estremeció—. ¿Por qué me has dado esto? ¿Querías darme una lección por meterme en materia de mujeres?

—Lecciones como esa hay en toda la literatura romántica. Es un tópico muy manido y que sigue gustando, lo de la violación. Así son algunas mujeres. Te lo he prestado porque lo tenía a mano, pero puedo decirte otros títulos que sí me han gustado.

—Ahora mismo estoy cabreado. No quiero saber nada de autoras de novela rosa.

—Venga ya... ¿Por qué te ha molestado tanto? Es una novela.

—Porque hay muchas mujeres sufriendo eso en la maldita vida real, y la mayoría se acaba suicidando o dependiendo de un psicólogo para no hacerlo. ¿En qué estaba pensando esa escritora? He visto que es de Jacksonville. A lo mejor voy a hacerle una visita, y de paso le recuerdo el código civil.

—Marc, por favor —rio.

—Ni Marc, ni Morc. No te puedes imaginar lo que... —Su voz se apagó. Hubo un breve silencio—. Lo siento. Estoy muy alterado.

—Ya veo. Espero que por lo menos hayas disfrutado las escenas de acción.

—¿Te refieres a los polvos donde conectaban a un nivel astral? —Se burló—. *Lo he pasado peor aún. Además de que no me gusta leer esas cosas, sino hacerlas realidad. ¿No te pasa?*

Ahí estaba la provocación que ya tardaba en llegar. ¿Que si le pasaba...? No, la verdad era que no. Ella leía, raras veces se excitaba, y cuando pasaba... No le hacía un llama-cuelga a nadie, ni se metía la mano en los pantalones. Claro que la habían tocado por ahí alguna vez, y le gustó lo suficiente para recrearlo para sus adentros cuando leía una escena erótica. Pero no, ella desde luego no sabía lo que era pasar a la acción con todo el detalle que narraban sus autoras preferidas.

—¿Aiko?

—No... No suelo querer hacerlas realidad. Dudo que la mayoría de las cosas que leo puedan trasladarse al formato físico.

Hubo un pequeño silencio al otro lado que a ella le hizo tragar saliva. A lo mejor no era la mejor conversación que tener a la una y media de la madrugada, y menos con un hombre que le ponía el vello de punta solo con hablarle al oído a través de un teléfono.

—*Nada de lo que he leído en este libro me ha parecido imposible de recrear.*

—Imagino que no, pero hay novelas sobre sadomasoquismo o prácticas más... originales y extremas, que... bueno, en realidad, me sorprende siempre todo lo que leo. Lo describen como... no lo sé, yo nunca me he sentido como lo dicen en los libros. Será porque no he hecho la mayoría de las cosas que salen.

Un silencio aún más prolongado. Madre mía, se había pasado de sincera.

—¿Nunca te has sentido como dicen en los libros? ¿Te refieres al orgasmo?

Aiko se frotó un pecho, incómoda por el efecto que había tenido esa palabra pronunciada sobre sus pezones. Orgasmo. En general no le gustaba ser tan explícita cuando hablaba de sexo... No hablaba de sexo, en realidad, pero al hacerlo evitaba mencionar los términos exactos, aunque no fuesen malsonantes. Era un tema del que no le gustaba hablar demasiado porque la hacía sentir menos, como el de su enfermedad o el de las tortugas muriendo por la contaminación.

—Supongo —respondió en voz baja. No esperaba que Marc contes-
tase más que un «buenas noches» a su escueto intento de acabar la
conversación, pero lo hizo.

—¿Nunca te has corrido?

«Joder».

—Marc, es muy tarde para hablar de esto.

—*Si quieres te lo pregunto el lunes delante de los Campbell.*

Aiko se puso colorada.

—No lo sé. Imagino que sí lo habré hecho... alguna vez.

—*No puedes decir que «lo imaginas». Si te has corrido, lo sabes, ya te lo
digo yo. Sabes perfectamente cuánto lo has hecho.*

—Soy muy despistada, a lo mejor no me doy cuenta.

Oyó una graciosa risilla entre dientes. ¿Se estaba riendo a su costa?

—*Aiko* —empezó muy despacio, como si le hablara a una cría—.
¿Cómo no vas a darte cuenta de que te has corrido?

—Pues no lo sé, ¿es que suena, o huele?

Marc se volvió a reír, esta vez de verdad, en voz alta y sin miedo. Fue
la primera vez que escuchó su risa, y la experiencia fue para atesorarla
en el corazón.

—Tú te estás quedando conmigo —dijo muy seguro.

Aiko ya estaba abriendo la boca para decir que sí y quitarse de proble-
mas... Pero la palabra no salió de ella, no quiso decirla. En el fondo,
o no tan en el fondo, sentía curiosidad por lo que pudiese responder.

¿Qué más daba si admitía que no había tenido un orgasmo? No era
como confesar que jamás se había acostado con alguien. Y aunque lo
dijese, ¿qué? ¿Lo diría en el juicio? ¿Se lo contaría a Brian Campbell
para que contratase a otra? Ni que pudiese hacer algo con esa informa-
ción, o debiera reservarla como si debiera avergonzarse.

—Lo digo de verdad. Pensaba que correrse era solo..., sentir placer.
Pero en los libros lo ponen como algo distinto, y no sé si eso del esta-
llido de colores es un recurso estilístico para que quede romántico o...
o es verdad.

—*Lo es. Es verdad.*

Aiko parpadeó dos veces.

—Ah. Pues vaya. Tendré que esforzarme más.

No sabía por qué, pero se lo imaginó sonriendo mientras pensaba su respuesta, que demoró unos largos segundos.

—*Me pone tan triste pensar en la cantidad de mujeres que no han tenido un orgasmo* —confesó—. *Y me entristece el doble que seas una de ellas.*

—Ya, bueno, ¿qué le hago?

—*Pues se me ocurre una idea. ¿Harías algo por mí?*

—Depende de qué.

—*Solo quiero que vayas a tu gran biblioteca de porno escrito...*

—Literatura erótica.

—*...saques un libro explícito, y me leas cómo se describe el orgasmo.*

Aiko fue a preguntar por qué, pero algo le dijo que se arrepentiría si lo hacía. En su lugar, echó un vistazo alrededor. En su habitación antigua no tenía sus libros, solo unos pocos que Mio le pedía para leerse y siempre acababa dejando a medias.

Uno de esos podría servir.

Se acercó a la mesa de escritorio y cogió el primero que vio de una pila de tres.

—Tardaré un poco en encontrar el capítulo.

—*No hay prisa. Nunca tengo sueño.*

—¿Y eso? —preguntó, por darle conversación mientras pasaba las páginas.

—*Morfeo me tiene manía* —contestó sin darle más importancia—. ¿Tienes ya la novela en la mano?

—Ajá.

—*Entonces vete a la cama y túmbate.*

—¿Por qué?

—*Quiero que estés cómoda.*

—¿Para qué?

—¿No te fías de mí?

—No mucho.

Marc se rio entre dientes. Era la tercera vez que lo hacía esa noche. Para estar enfadado, parecía especialmente risueño.

—*Haces bien, geisha.*

Dejó de buscar y levantó la mirada, sorprendida.

—¿Cómo me...? —Carraspeó—. Da igual. Me tumbaré y seguiré buscando esto.

—*Buena chica.*

Aiko entornó los ojos.

—¿Y tú es que no tienes nada mejor que hacer?

—*No. Nada.*

Se fue tendiendo sobre la cama. No sabía qué problema tenía su maldita imaginación, que con Marc se encendía como nunca antes, pero no podía no visualizarlo tendido en una cama igual que ella. Quizá sin la parte de arriba del pijama... Picando algo mientras miraba la tele aburrido.

Dios mío, ¿por qué le parecía tan erótico algo así?

—Vale, eh... Creo que ya lo tengo. Es de una novela de Gina Dreyfuss. Tal vez debiera haberte dejado un libro de ella... Es muy romántica.

—*En otra ocasión. Léeme el fragmento.*

Se le ocurrían muchas razones por las que describirle el orgasmo según San Dreyfus al abogado de la parte contraria, y para colmo de madrugada, no era una buena idea. Pero ¿qué más daba? ¿Qué era lo peor que podía pasar?

Se aclaró la garganta de nuevo.

—«Iba a perder la cabeza, arrastrada por una fuerza poderosa y tentadora. Cuanto más trataba de contener ese remolino brutal, de reprimirlo, más fuerte era, hasta que unos violentos espasmos de placer la sacudieron de arriba abajo. Se puso rígida. Todos los músculos tensos, preparados para acoger el clímax, en medio de una serie de estremecimientos en cadena que le recorrían todo el cuerpo. Al final, las sensaciones fueron deteniéndose y se quedó exhausta, con la sensación de que esa noche, dormiría en el paraíso».

Hizo una breve pausa.

—Pues eso sería todo. Suena a buen plan.

Le pareció que Marc separaba el móvil un momento para reírse a lo lejos y luego regresar, respondiendo con una voz más seria.

—*Voy a proponerte un experimento como amigo tuyo que se preocupa. Haré que te corras, tú sola... Y me digas si los libros exageran con sus descripciones o no.*

Aiko, que se estaba quedando medio dormida, abrió los ojos de golpe.

—¿Qué?

—*Las instrucciones son sencillas hasta aquí, ¿qué es lo que necesitas que repita?*

—B-bueno, para empezar n-no entiendo cómo vas a hacer que yo... ¿Para eso no tendrías que...? N-no sé, a lo mejor estoy fuera de onda con estas cosas p-pero creo que deberías estar presente.

—¿Me estás invitando?

—¡No!

—*Qué negativa tan entusiasta... No hacía falta que me rompieras el corazón* —se rio, ronco, y ella tuvo que cerrar las piernas—. *Lo vas a hacer tú sola. ¿Nunca has hecho nada por tu cuenta?*

—Claro que sí. Ir al baño, al banco, votar en las elecciones... Pero supongo que no es eso lo que te interesa.

—*Me has confesado que nunca has tenido un orgasmo, y se me ha ocurrido ayudarte con eso. ¿Me llamarás criminal por abrir una ventana en tu vida?*

—No es una ventana esencial...

—*Eso siempre lo dice el que no lo ha probado. A no ser que seas asexual, en cuyo caso te respetaré, te aseguro que no te arrepentirás de la sensación. Y esta supera con mucho lo que me has leído, aunque esa es mi opinión personal, claro* —añadió, bajando la voz—. *Habrás que ver la tuya.*

Aiko tragó saliva. No estaba usando su tonito seductor, lo que sin duda le quitaba hierro al asunto, pero no se tragaba el rollo de la amistad. Correrse por orden suya no era nada que Caleb o Ivonne hubiesen hecho por ella cuando les mencionaba que no tenía sexo.

No obstante, a Aiko le podía casi siempre la curiosidad ante lo desconocido. Ella, que se jactaba de querer abarcarlo y conocerlo todo, se ponía modosa a la primera de cambio y usaba excusas para huir. Esa vez, las excusas eran válidas. Marc era su compañero. Pero a la vez, no tenían mucho sentido. Ya habían flirteado, conversado, reído... Y él la tocó. Dos veces. Por mucho que intentase mantener la distancia ya no iba a ser posible, así que, ¿por qué no rendirse ya?

Se mordisqueó el labio inferior, algo nerviosa. El silencio en la línea era tal que podía escuchar su acompasada respiración. Él estaba relajado.

—¿Qué tengo que hacer?

Casi lo pudo oír sonriendo como el gato que se comió al canario. Cuando habló, su voz reverberó en el interior de Aiko.

—*Dime algo que te excite.*

Lo primero que le vino a la cabeza fue su entrada en el bufete. El paseo de Marc Miranda sin corbata, quitándose las gafas de sol, hasta llegar al mostrador de Ivonne. Después aparecieron sus manos buscándola en el baño, y sus labios en el cuello en el ascensor.

—M-me da vergüenza decírtelo.

—*No importa. Basta con que pienses en ello. ¿Te excita de verdad?*

—Aiko dijo que sí—. ¿Es una persona, o una cosa?

—Es... una persona.

Marc no habló por unos segundos. Le dio la impresión de que vacilaba, como si se lo estuviese pensando mejor. No tardó en retomar el hilo.

—*Así va a ser más fácil. Tendrás que imaginarlo tocándote. Ahora, quiero que me digas partes del cuerpo que te gusta que te acaricien.*

—¿Esto va de correrme, o de ti haciéndome un *test* de personalidad?

—*Sabes que me gusta hacer dos cosas a la vez, pero no, te aseguro que todo esto es exclusivamente por tu orgasmo.*

Aiko suspiró, muerta de la vergüenza y también de curiosidad.

—Me gusta que me toquen el cuello —admitió, de mala gana.

Cerró los ojos y pensó en los episodios sucesivos del ascensor y el baño. Había vivido experiencias algo más concretas: hombres metiendo

sus manos en su ropa interior, o besándola entre las piernas, pero la que involucraba a Marc había anulado a casi todas las demás. Aun así, se basó en una colección de todos esos momentos para hacer una descripción.

—Me gusta que me... Cuando me besan en... Dios mío, qué vergüenza. No sé cómo te miraré a la cara luego si seguimos haciendo esto.

—*Ahora mismo no tienes que mirarme. Aprovechalo, y ya luego veremos cómo lo hacemos.*

Podía servirle. A lo mejor, si mantenía los ojos cerrados...

—Me gusta cuando me agarran muy fuerte... un poco agresivos. Solo me han azotado en el culo una vez, y en el momento me enfadé, pero... Me gustó. M-me excitó. Los mordiscos también, sobre todo en... —Lanzó una mirada al techo. «¿Qué estoy haciendo?»—. En los pechos. Y me gusta... Cuando me acarician ahí abajo. Ya sabes dónde.

—¿Dónde? ¿En los pies?

—No, más arriba.

—¿Rodillas?

—Más.

—*Ah, el ombligo.*

Aiko se mordió el labio con fuerza, conteniendo una maldición. La iba a obligar a decirlo.

—No me gusta demasiado cuando meten los dedos dentro, sino cuando me tocan por encima...

—*Perdona, me he perdido. ¿Dónde van los dedos?*

—En el coño —espetó. Marc soltó una carcajada nasal. Aquello la enfadó—. Ya veo que te lo estás pasando muy bien, desgraciado. Voy a colgar.

—*No, no, no. Por favor, no cuelgues. Ya lo capto: superficialmente. Tenemos suficiente para empezar.*

—No me vale. Estoy haciendo el ridículo porque tú quieres.

—¿Te parece hacer el ridículo hablar de tu cuerpo, o de lo que te gusta en la cama? Hay mucho tabú con eso, pero habiendo leído tantos libros ya deberías tenerte estudiadas las zonas erógenas. Y no hay nada de malo en hablar de los gustos de cada uno en la cama.

—Ah, ¿no? Pues venga, dime tú los tuyos, si eres tan valiente.

—*De acuerdo, nena. A mí me gustan las mamadas que dejan la cara sucia y ponen a las mujeres a llorar. Me gustan los besos guarros, que pueda seguir saboreando su saliva durante el resto del mes. Me gusta que me bailen arrimándome el culo. Y esto no lo hago a menudo, pero me enloquece dormir con la polla dentro de la mujer en cuestión.* —No habló por unos segundos, dándole tiempo para asimilarlo—. ¿Estamos en paz?

«Tú lo habías querido, guapa. Ahora apechuga».

Le iba a costar. Se había quedado de una sola pieza. No supo qué decir. ¿Las mamadas? Había hecho alguna... Un par de veces, a lo mejor, pero no le parecía que se le dieran bien, ni recordaba haber quedado *sucia*. Tampoco bailar, y mejor ni mencionar lo de la... polla.

Aunque decían que besaba bien. Tenía uno de cuatro.

«Aiko, que esto no es un examen».

—Muy explícito. ¿Qué pasa cuando no cumplen alguno de esos requisitos?

—*No son requisitos, sino preferencias. Me gustan las mujeres con iniciativa y ganas de mojarse enteras, pero tampoco me quebraré si tengo que ser yo el que lo haga. Hay veces que prefiero tomarme mi tiempo.*

»*Te recuerdo que no estábamos hablando de mí* —continuó—. *Volviendo a tu orgasmo... Quiero que hagas lo que yo te diga, ¿vale?*

—¿Lo que tú me digas?

—Sí.

—Va... le.

—*Quiero que pongas el móvil en manos libres.* —Una pausa de varios segundos—. *¿Lo has hecho?*

—Sí.

—*Ahora vas a usar tus manos. Primero solo una.*

—La tengo.

Marc soltó una carcajada.

—Úsala para acariciarte desde detrás del lóbulo de la oreja hasta el interior de tus bragas. Quiero que lo hagas muy despacio, Aiko —determinó, en tono íntimo—. *Acaríciate el cuello con los dedos, pasa la mano abierta por encima de tus pechos, y desde ahí desciende hasta*

donde te he dicho. No es tu mano —añadió—. Es la de él. O la de ella. La de la persona que has visualizado al principio.

—Es él.

—*Muy bien. Cierra los ojos si te ayuda.*

Aiko obedeció. El móvil quedó a un lado de su cabeza mientras se concienciaba para meterse en el cuerpo de Marc y así hacer vibrar el suyo. Cerró los ojos e inspiró profundamente.

Lo imaginó allí, a su lado, con su traje azul marino... Se sentaba a su lado y la miraba con aquellos vibrantes ojos celestes, cargados de intenciones que no le gustaba disimular; intenciones de las que se sentía muy orgulloso. Entonces sus dedos la tocaron cerca de la oreja, sin cambiar la cara. Todo lo contrario. Su semblante lujurioso se acentuó, pasando de ser más o menos tolerable a ponerle el vello de punta.

Bajó la mano abierta y grande por encima de su ropa. Lo vio hacer una mueca; sabía que la haría, y buscaría por debajo. Aiko se desabrochó la camisa. Su piel fue mucho más deslizante, y agradeció cada lugar por el que viajó su palma. Marc seguía el recorrido de su mano con los ojos, como si no quisiera perderla de vista.

Aiko se humedeció los labios al llegar al interior de sus pantalones. Dudó un momento antes de colar la mano temblorosa bajo la fina tela de las braguitas.

—¿Ya? —preguntó él. Su voz hizo más real la fantasía.

—Sí.

—*Ahora quiero que separes las piernas hasta que ninguno de los pliegues se toque. Totalmente abiertas.*

Aiko lo hizo sin abrir los ojos.

—¿Y a... ahora?

—*Quiero que te tapes con la mano entera y te reconozcas a ti misma, desde el punto más bajo al más alto. Acaríciate. Frótate con suavidad. Y dime qué notas.*

—Es... Suave —murmuró entrecortada—. Un poco húmedo. Tiene muchas... formas. M-me gusta cómo se siente. Es agradable. Sobre todo... arriba. Me hace cosquillas.

—*Para ahí, en el clítoris. Dibújalo varias veces con los dedos, como tú lo sientas. Más o menos rápido... Piensa en lo que te piden esas cosquillas y obedécelas. Usa tu mano libre para cubrirte un pecho. ¿Tienes frío allí?*

—Un... poco.

—¿Tienes los pezones duros?

—Mm... Sí.

—*Pellízcalos con cuidado. Y no dejes de tocarlo con la otra.*

Aiko murmuró un «no» sin vocalizar que se perdió. Se agarró uno de los pechos y lo estrujó y amasó como él iba ordenando. Los sentía muy sensibles, señal de que se acercaba la menstruación, pero de alguna forma retorcida y masoquista... Eso hacía que le gustara más frotarse. Imaginó que Marc la estaba mirando, a su lado, mientras ella encontraba el placer.

—Me duelen... —musitó—, pero me gusta.

—¿El qué?

—Los pezones. Me pican... —suspiró—. Noto algo abajo, como... Más humedad. Ah...

Aiko movió las caderas en el mismo sentido que su mano presionaba y frotaba el clítoris. No era consciente en ese momento de lo que significaba, pero estaba haciendo algo que no había hecho antes, que creía que no le iba a gustar..., y que le estaba saliendo bien. No solo su torso semidesnudo entraba en calor, sino su cuerpo entero. La sensibilidad en sus pechos lanzaba pequeñas descargas placenteras al estómago, donde se recogía la potencia del fuego que iba creando su mano en movimiento. La fricción era un querer más y más. Necesitaba hacerlo más y más rápido, y más fuerte. A veces se le cansaba la mano, y lo que hacía era cerrar las piernas y apretarlas contra la muñeca quieta. Entonces contenía allí un segundo ese ardor entre insoportable y bienvenido, para luego volver a repartirse por toda ella.

Se le escapó un gemido al echar la cabeza hacia atrás.

—*Eso es, nena... Quiero oírte.*

Aiko se incorporó un poco para mirar qué estaba tocando y cómo con los ojos entornados. Respiraba de forma irregular. El «nena» de Marc rizó el rizo; solo al oírlo, su estómago dio un vuelco. Se dejó caer

de nuevo sobre la almohada culebreando, como si quisiera escapar de su propia tortura. Jadeó en voz alta y dejó salir el aire entre los dientes apretados.

—Háblame —balbuceó, estirando el cuello hacia el teléfono—. Dame algo más.

—*Te lo diría y daría todo si pudiera, pero estás muy lejos* —respondió él, con voz ronca y nerviosa—. ¿Estás caliente? ¿Lo suficiente para follarte bien?

Dios mío, la palabra con efe de nuevo, que él hacía sonar lírica y preciosa. La mano resbalaba por su humedad con toda facilidad. Dijo que sí y regresó a su fantasía, donde Marc la animaba con sus ojos llenos de lujuria a agarrarse a ese halo de luz que aún no llegaba.

—*Hazlo entonces. Descúbrete, geisha. Averigua si eres tan caliente por dentro como por fuera.*

Aiko apartó los pliegues empapados con los dedos, haciendo una lenta y profunda tentativa para saber por dónde iba a conocer esa parte de ella. Entreabrió los labios resecos, la garganta también árida, y no respiró cuando introducía el dedo corazón en el interior. Encajó con tal facilidad que se animó con el segundo. Dios, ¿por qué no había sido así otras veces...?

Quizá porque no contaba con un animador personal.

Gimoteó y ronroneó al comprobar que ardía por dentro, y que los músculos internos se acoplaban a sus dedos como si quisieran absorberlos. Aiko presionó los párpados cerrados y separó más las piernas, lo suficiente para que un hombre rubio y perfecto pudiera caber entre ellas, de rodillas y desnudo. No veía nada en su desnudez, solo su mirada potente y orgullosa... Sentía su mano recorriéndole el vientre y los pechos, y su miembro pulsando dentro como ella empujaba sus dedos estirados.

—Háblame, por favor... —pidió otra vez.

—*Sé que puedes correrte ahora* —musitó él. Su voz inyectada en deseo la encendió más aún—. *Hazlo. Siéntelo. El orgasmo es solo tuyo.*

No necesitó mucho más. Las contracciones en el estómago, la necesidad de arquear la espalda porque algo la estaba destrozando por dentro; la fuerte fiebre en su cuello y sus mejillas coloradas...

Todo mermó gradualmente después de una liberación que nunca antes había sentido. Aiko lanzó un grito moderado que terminó en hiperventilación, y culminó con un ronroneo.

No se soltó sin más. Dejó sus dedos allí dentro, custodiando el calor, apretando los muslos para contener lo que podría ser Marc Miranda. Esa fantasía la hizo suspirar, y quiso seguir moviéndose, pero estaba tan cansada que no pudo ni siquiera echar el peso en el costado. Iba a quedarse dormida allí, sin poder ir a lavarse, sin taparse... Con los dedos encajados entre las piernas. Su respiración fue haciéndose pesada.

—Ha sido... —balbuceó, con los ojos cerrados—, c-como en los libros.

—*Y lo has hecho sola. Imagina lo que puede hacerse con la ayuda adecuada.*

Se humedeció los labios despacio. Perdía poco a poco la noción de sí misma.

—No, sola no... Lo he hecho contigo.

Y se quedó dormida.

